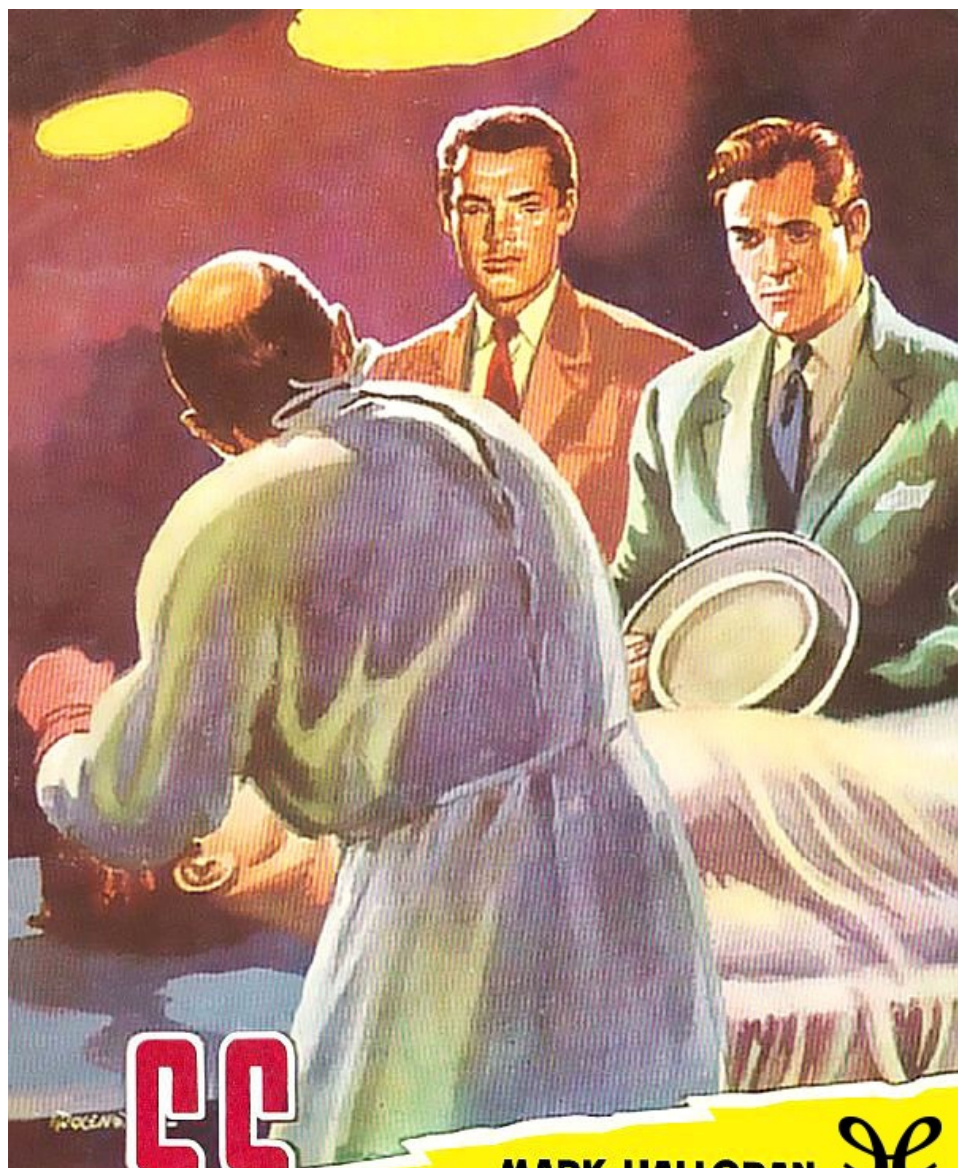




SS

SERVICIO
SECRETO

MARK HALLORAN

se

ESLABON DE SANGRE

Johnny tuvo que cerrar los ojos para verle. Cuando una persona está lejos en el tiempo y en el espacio, es cerrando los ojos como mejor se la ve. Hay que apelar a la memoria, y a veces incluso a la fantasía.

Apelando a la fantasía y manteniendo bien apretados los párpados, Johnny consiguió representarse la imagen de Howard Shelley tendido en la mesa de un depósito de cadáveres. Se necesitaba bastante fantasía para representarse a Shelley muerto, pues había sido uno de los hombres más vivos del mundo. Todo vivía en él: las manos, gráficas, gesticulantes; los inquietos ojos, brillantes como faros detrás de las gafas, despiertos para nunca perder un detalle; la mente, tan aguda, y al propio tiempo tan amplia; el cuerpo, la cabeza, los pies.



Mark Halloran

Eslabón de sangre

Bolsilibros: Servicio Secreto - 410

ePub r1.0

jala y xico_weno 09.12.17

Título original: *Eslabón de sangre*
Mark Halloran, 1958

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Mark Halloran

Eslabón de Sangre

1ª. EDICIÓN

JUNIO -1958

EDITORIAL

Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

ESLABON DE SANGRE

POR MARK HALLORAN



CAPÍTULO PRIMERO

Johnny tuvo que cerrar los ojos para verle. Cuando una persona está lejos en el tiempo y en el espacio, es cerrando los ojos como mejor se la ve. Hay que apelar a la memoria, y a veces incluso a la fantasía.

Apelando a la fantasía y manteniendo bien apretados los párpados, Johnny consiguió representarse la imagen de Howard Shelley tendido en la mesa de un depósito de cadáveres. Se necesitaba bastante fantasía para representarse a Shelley muerto, pues había sido uno de los hombres más vivos del mundo. Todo vivía en él: las manos, gráficas, gesticulantes; los inquietos ojos, brillantes como faros detrás de las gafas, despiertos para nunca perder un detalle; la mente, tan aguda, y al propio tiempo tan amplia; el cuerpo, la cabeza, los pies... Cuando Shelley estaba sentado, uno u otro de sus pies marcaba incesantemente el compás de un «swing» inaudible.

Johnny le conoció en París, hacía de ello diez años. En una ocasión muy parecida a la presente: el cóctel de una embajada. Howard Shelley empezaba a ganar fama por aquel entonces, pero todavía no ganaba dinero. Su libro «Mediterráneo en llamas» daba mucho que hablar. Sirviéndose de fuentes de información tan veraces como misteriosas, Shelley había escrito la historia secreta, el intríngulis oculto de muchas de las operaciones, las incidencias, los vaivenes y los altibajos de la guerra recién terminada. Se rumoreaba que obtuvo el material para su libro comprándolo a un exagente del espionaje alemán, mano derecha del almirante Canaris en el Norte de África. Otros afirmaban que dicho material lo obtuvo de un partisano comunista traidor al coronel Valerio, el cual partisano lo había sustraído del botín de documentos capturado

junto con la persona de Mussolini. Circulaba la leyenda de que Shelley pagó a su informador facilitándole los papeles falsos necesarios para que, con nombre supuesto, se convirtiera en ciudadano de los Estados Unidos. Johnny tuvo siempre la impresión de que tanto una versión como la otra eran falsas, y mucho menos novelesco el origen de los extraordinarios conocimientos que Shelley, sin embargo, no corroboraba ni desmentía nunca nada. Se encogía de hombros, pestañeaba nerviosamente o respondía con una sonrisa a las preguntas más embarazosas. Su figura, así, rodeábase rápidamente de romántico prestigio.

Ahora estaba muerto. En los diez años transcurridos había escrito dos libros más, vendido millones de ejemplares y ganado tres famosos premios. Johnny no había vuelto a verle, ni volvería a verle nunca. En aquellos momentos yacía, tieso como un rábano, en el depósito de cadáveres del Palacio de Justicia de Viena.

—Me gustaría saber —dijo Rosanna, ahogando un bostezo— por qué razón me has traído aquí.

Johnny volvió bruscamente a la realidad. Miró en torno. El salón refulgía de luces, mármoles, dorados y tapices. Había un par de zánganos hinchándose en el bufete. El resto de los concurrentes formaba grupos donde se hablaba con animación. El grupo mayor tenía en su centro a un señor calvo, flaco, menudo, vivaz, de nariz ganchuda y ojillos perspicaces. Era el señor calvo quien había dado aquella recepción a la Prensa. Hasta diez minutos antes, y por espacio de media hora, estuvo hablando él solo: un recital completo sobre los últimos proyectos del Gobierno italiano en cuestión de energía atómica, sobre la última pila instalada, sobre las aplicaciones prácticas de dicha energía, sobre las consecuencias que tales aplicaciones tendrían en la elevación del nivel de vida del Mediodía peninsular y sobre una larga serie de temas semejantes.

Durante todo el tiempo que el señor calvo habló, Johnny, con Rosanna a su lado, no dejó de pensar en Howard Shelley. Había leído la noticia en el periódico, momentos antes. Escueta: Shelley hallado muerto en su departamento de Viena; circunstancias misteriosas; investigación policíaca; relación de obras y méritos del escritor difunto.

Noticia escueta, pero significativa.

¿Por qué habría muerto Howard Shelley, si su muerte no fue

natural? ¿Y por qué en Viena?

—Me gustaría saberlo —repitió la muchacha.

—¿Qué te gustaría saber?

—Por qué razón me has traído aquí. Esto no parece interesarte, y a mí menos. En lugar de prestar atención a lo que decía ese vejestorio, te has dedicado a comer y beber. Ahora te has quedado mudo. ¡Una recepción! Yo creí que por lo menos habría baile. ¿Cómo vamos a bailar, si las mujeres somos solamente tres?

—Solamente una —rectificó Johnny—. Solamente tú. Greta Larsen es un camello. Nancy Bruce acaso fuera una mujer si anduviese desnuda; vestida, es un espantapájaros.

Rosanna examinó con complacencia a las dos aludidas. La sueca, cargada de espaldas, caídas hacia la cara las greñas entre grises y rubias, tomaba ansiosamente nota de lo que le decía un caballero ventrudo de aspecto importante a quien había acorralado en un rincón. La inglesa fumaba con desenvoltura, sentada en el brazo de una butaca. El juicio de Johnny había sido exacto: las ropas de Nancy, la inglesa, adquiridas en la tienda de algún prendero de Limehouse, pero debajo de ellas había un cuerpo evidentemente femenino.

Johnny añadió:

—Te he traído aquí por tus ojos, por tus labios, por tu cabello, por tu talle, por tus caderas, por tus piernas y por tu modo de vestir. Te he traído porque eres vistosa y bonita. Porque soy un hombre que cuida su cartel. El ochenta por ciento de mi personalidad es simple cartel.

—Me has traído por vanidad —concretó la muchacha.

—Exacto. Johnny Rogers, el viejo y sempiterno Johnny, va siempre por ahí con una chica bonita al lado y un vaso de *whisky* en la mano. Defraudaría a todos si no lo hiciera.

Ella señaló el vaso con un movimiento del mentón.

—Está vacío.

—Conviene que lo esté. —Johnny miraba, por encima del hombro de la joven, al fondo de la sala—. Tengo hebras grises en las sienes, querida. Es hora de que empiece a cuidar mis arterias, mi hígado, mi estómago... ¿Quieres disculparme un momento?

Rosanna se volvió.

—¿A quién has visto?

—No conoces a nadie aquí —rió él—. ¿Qué importa el nombre?

Echó a andar a lo largo de la pared, cuyos ventanales se abrían de par en par a la tibia y electrizante noche romana, rebasó los primeros grupos, devolvió algunas saludos con una sonrisa y se dirigió a un hombre que en aquel momento le daba a medias la espalda. El hombre estaba solo. Contemplaba con gran atención un Gobelinos colgado de la pared. Era insignificante, hubiera pasado inadvertido fácilmente. Su traje azul se ajustaba a las normas de la moda italiana. Su cabello negro se le rizaba ligeramente en la nuca. Debía de medir un poco menos de un metro setenta y pesar alrededor de sesenta y cinco kilos.

—Dunn —dijo Johnny.

El hombre giró sobre sus talones. Tenía unos cuarenta y cinco años, un rostro de facciones borrosas y unos ojos negros cubiertos por pesados párpados.

—Le vi antes, Rogers —saludó con indiferencia—. ¿Quién es la chica que está con usted?

—Una modelo de Ada Marchino.

—¿Nueva?

—Novísima. La conocí anoche. —Johnny sonrió—. Gracias por interesarte por ella, Dunn: halaga mi vanidad.

—Yo siempre procuro dar coba a los periodistas —dijo Dunn, mirando en dirección a Rosanna—, a la expectativa del día en que necesite que ustedes me la den a mí. ¿Cómo se llama?

—Rosanna algo más. No es el apellido lo que me interesa de ella. Atiéndame, Dunn.

—Italia es una mina para usted, ¿no? —siguió diciendo Dunn—. Bellezas por docenas, pasiones ardientes, amoríos sentimentales...

—No escurra el bulto.

Dunn alzó una fracción de segundo sus párpados y reveló el brillo como de metal bruñido de sus pupilas.

—¿A qué bulto se refiere?

—Howard Shelley ha muerto en Viena —dijo lentamente Johnny.

—La literatura y yo...

—Shelley no era solamente un literato. Ni usted, Dunn, es solamente el secretario del Servicio de Prensa de nuestra Embajada.

Dunn miró cautelosamente en torno.

—Mida sus palabras, Rogers. Como vuelva a hacer esas insinuaciones en un lugar público, se arrepentirá.

—¿No se molesta en negarlo?

—Lárguese. Vuelva junto a su modelo.

Johnny no se movió.

—Hace muchos años que tengo fichado a Shelley. Jamás he creído una palabra de cuanto se dijo acerca de los materiales de su libro «Mediterráneo en llamas». Aquellos materiales procedían de los archivos secretos del Pentágono, y él fue autorizado a publicarlos en gracia a sus servicios que prestó durante la guerra. Era el mejor agente que tuvimos en esta parte del mundo. Iván Gryuko, el hombre que burló a los alemanes en el Cáucaso, era él. Hastings, que organizó en Turquía la llamada Red Ipsala, era igualmente él. No olvide que entre los años cuarenta y uno y cuarenta y cuatro ya trabajé muy cerca de ustedes.

—Está loco —dijo secamente Dunn.

—Loco no: informado. —Johnny alzó el vaso vacío y lo miró al trasluz—. Constituye mi obligación profesional. Y quizá algún día, como Shelley, me decida a contar todo lo que sé, toda la información que he reunido en diecisiete años de periodismo... A veces echo de menos el dinero, ¿comprende? Me gustaría tener el riñón cubierto cuando llegue a la vejez.

Los ojos de Dunn eran dos ranuras. Con perfecta flema, empero, sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Siga por ese camino y no llegará a la vejez, Rogers.

—¿Quién pronuncia esa amenaza? ¿El secretario del Servicio de Prensa, o el jefe de nuestra red secreta en el Mediterráneo occidental?

—Sabe usted demasiado, es todo lo que le digo.

—No basta. ¿Qué perseguía Shelley en Viena? ¿Por qué ha muerto? ¿Qué hay detrás de su muerte?

Dunn, impasible, expelió dos chorros de humo por la nariz.

—Siga preguntando.

—Desde que acabó la guerra, Shelley no ha hecho más que subir, de modo que ahora debía de estar muy arriba. Se había especializado en asuntos balcánicos. ¿Acaso dirigía desde Viena nuestra red en Europa Oriental?

—Siga —repitió Dunn.

—Trato únicamente de percatarme de si el golpe que ustedes han sufrido con su muerte ha sido grave o no.

Dunn guardó un momento de silencio. Luego dijo:

—No se sorprenda si un día recibe aviso de que ha sido cancelado su pasaporte, Rogers. Comprendo que sería ingenuo fingir ante usted, vista su franqueza ante mí. No nos conviene que tipos como usted anden sueltos por el mundo, pero será usted mismo quien nos habrá obligado a tomar una decisión al respecto.

—Magnífico —sonrió Johnny—. Retirado en la tranquilidad de mi pueblo natal, habrá entonces llegado la hora de poner por escrito lo que la ética profesional me ha impedido escribir hasta hoy.

—¿Ignora que el Gobierno federal puede prohibir determinadas publicaciones?

—¿Ignora usted que también hay editores fuera de los Estados Unidos?

Dunn se volvió y arrojó por una ventana el cigarrillo recién encendido. Fue el único gesto que traicionó su cólera.

—Muy bien, Rogers. No pretendo discutir con usted. Me limitaré a advertirle que no intente ir a Viena, porque no lo conseguirá. Esto puede prohibírselo un simple cónsul.

Johnny se echó a reír.

—La idea de ir a Viena ni siquiera me había pasado por la imaginación, pero, puesto que usted me la sugiere, pensaré en ella. No suponía que me tuvieran ustedes tanto miedo: ¡le hace a uno sentirse tan importante!

—Procuro siempre dar coba a los periodistas —repitió Dunn.

La recepción terminaba. Greta Larsen había soltado al caballero ventrudo y calmaba su sed de camello en el bar. Nancy Bruce, sin otra precaución que colocarse parcialmente detrás de la butaca, se arreglaba una media. El señor calvo estrechaba manos y hacía pequeñas reverencias.

Johnny regresó junto a Rosanna.

—¿No querías bailar? —pregunto.

Ella asintió con hastío:

—Me gusta bailar.

—Pues vámonos. Cenaremos y bailaremos en Ostia. Será el principio.

—¿De qué?

Johnny no dijo de qué.

CAPÍTULO II

El agente mascullo:

—Por favor, señor Fowler.

Mantuvo la puerta abierta. Tommy Fowler, primer secretario de Asuntos Civiles de la Embajada de los Estados Unidos en Viena —treinta años, rubio, bien nutrido, ágil de gestos y palabras—, pasó ante él y entró en el despacho. La puerta se cerró a su espalda.

El inspector jefe Schultz, de la Brigada Criminal, estaba en pie tras su mesa. Tendía la mano.

—Lamento haberle hecho esperar unos minutos, señor Fowler. Precisamente recibía el último informe... Siéntese, se lo ruego.

Fowler se sentó. Parecía disgustado, y lo estaba. La cortesía vienesa del inspector jefe hacía poca mella en él.

—El señor embajador —anunció— me ha delegado para que mantenga contacto con ustedes. Este asunto es de lo más desagradable.

Schultz le dedicó una sonrisa de simpatía. Era un hombre rubicundo, fuerte, pesado como un camión, de ojos muy azules y cara ancha. A primera vista tenía cierto aire infantil. Luego se advertía que el azul de sus ojos era frío como el hielo, y que raramente sonreían cuando lo hacían los labios.

—Muy desagradable —convino—; para nosotros tanto o más que para ustedes, señor Fowler, se lo aseguro. El señor Shelley era una personalidad mundialmente célebre y una de las mentes más notables de nuestro tiempo, aparte la afabilidad que sin duda usted...

—He visto a Shelley cuatro o cinco veces en la Embajada. Jamás hablé con él.

—Ya. Bien, yo he leído dos de sus libros y le fui presentado hace

un par de semanas en el Club de la Prensa. Me pareció una persona sumamente equilibrada.

Tommy Fowler elevó en arco una ceja.

—¿Equilibrada? Si por equilibrada entiende usted escéptica, quizá sí. Shelley era un destructor. El propósito común de sus tres famosos libros no fue otro que ponerles pies de barro a todos los ídolos creados por la guerra.

—¿Y acaso no era cierto que tenían pies de barro?

—¿Qué importa los pies que tuviesen? La gente necesita ídolos, y hay que dárselos. Vive con ellos más feliz: se siente acompañada, respaldada, protegida. Hace un triste favor a la Humanidad quien se dedica a destruir los pocos mitos en que el hombre de la calle puede todavía creer y confiar.

Schultz se echó hacia atrás en su sillón y rió ahogadamente.

—No deseo enzarzarme en una discusión de ética social, señor Fowler. Al emplear la palabra equilibrado aludía, no a las ideas, sino a las emociones de Howard Shelley. Millones de personas tienen hoy los ojos fijos en Viena, y estarán preguntándose por qué un personaje como el señor Shelley ha venido a suicidarse aquí. Como ciudadano vienés, yo considero esto lo más desagradable del asunto.

El rostro serio y saludable del americano adquirió una expresión dura.

—¿Suicidado?

—Salvada la posibilidad muy poco probable de un accidente, de una fatal distracción, el señor Shelley, en efecto, se ha suicidado.

Fowler no replicó.

Mirándole fijamente con sus azules ojos, el inspector jefe abrió una carpeta que tenía sobre la mesa y extrajo un folio mecanografiado. Ofreció al americano una pluma estilográfica, y añadió:

—El cadáver ha sido, como usted sabe, identificado sin lugar a dudas, pero los formulismos son los formulismos. ¿Sería usted tan amable de firmar el acta de identificación en nombre de la Embajada?

Fowler extendió la mano hacia la pluma, pero la detuvo a medio camino. Titubeó.

—Quisiera verlo.

—¿El cadáver?

—Sí.

—No faltaría más, señor Fowler.

Momentos después, en la fría sala del depósito, un empleado retiraba en obsequio de los dos hombres la sábana que cubría el cuerpo de Howard Shelley. Fowler disimuló una mueca de repugnancia. En lugar del amarillo mustio típico de la muerte, la cara del difunto escritor mostraba un tinte violáceo, casi negro. Esta particularidad lo mismo podía resultar de una intoxicación o envenenamiento que de la asfixia por estrangulación. En el cuello, empero, no se advertía ni la más leve traza de violencia.

Tommy Fowler, pálido y consternado, permaneció junto a la mesa algún tiempo, examinando con el entrecejo fruncido la máscara petrificada de su compatriota. Luego se volvió bruscamente hacia Schultz y preguntó:

—¿Ha hablado usted antes de suicidio?

—Ciertamente. Acababa de recibir la noticia cuando usted ha llegado. El dictamen médico es que se trata de una intoxicación debida al abuso de barbitúricos.

—Pero ¿cómo puede haber ocurrido eso?

—La hipótesis no es descabellada, señor Fowler —dijo Schultz, con tono conciliador—. En el dormitorio de Shelley se encontraron varios recipientes de medicamentos a base de barbitúricos. Alguno estaba vacío, y faltaban muchos comprimidos en los demás; podrá usted verlos en mi despacho... Naturalmente, nada indica de una manera categórica que Howard Shelley no cometiera una imprudencia, pero cuesta admitir que la cometa un hombre inteligente y en la plenitud de sus facultades... En todo caso, nadie se introdujo subrepticamente o por la fuerza en su domicilio. Shelley estaba solo. Y probablemente sufría de insomnio, como la mayoría de los intelectuales.

El americano se humedeció los labios con la lengua.

—¿Había señales de robo? Howard Shelley era rico. Quizá guardaba dinero en casa.

—Una importante suma —asintió el inspector jefe—, que nadie tocó. Se hallaba en el último cajón de su escritorio, conforme leerá usted en nuestro inventario. Por lo demás, era hombre prudente: tenía en los cajones del mueble un dispositivo de alarma, y dormía

con una automática de grueso calibre debajo de la almohada... Rasgo sorprendente, ¿no le parece?, en un escritor.

Fowler escrutó las glaciales pupilas del policía. Había creído captar en su última frase un cierto retintín, pero no alcanzó a confirmar su impresión. Las autoridades de Viena, y preciso era admitir que no sin motivo, tendían a considerar como agente secreto a cualquier extranjero que pisaba Austria. Encrucijada de dos mundos, limitado por seis fronteras con otras tantas naciones, tres de las cuales se encontraban al otro lado del telón de acero, vecino de la Yugoslavia de Tito, de la Hungría agitada por sangrientas rebeliones y de la Checoslovaquia donde las antiguas industrias Skoda fabricaban las mejores armas de Europa Oriental, el país austríaco era un hervidero de intrigas y el escenario por excelencia de secuestros, asesinatos, desapariciones y reapariciones inexplicables.

Una insinuación velada por parte de Schultz no hubiera sido de extrañar. Pero sus ojos miraban de frente, claros, sin sombras.

El americano dijo:

—Howard Shelley había llevado una vida bastante agitada, y la misma índole de sus libros debió de crearle muchas enemistades —esto pretendía justificar el descubrimiento de la pistola—. ¿El servicio doméstico no notó nada de particular durante la noche? ¿Ni siquiera que Shelley tuviera el ánimo alterado?

—No hay tal servicio doméstico. La criada de Shelley no dormía en la casa: se limitaba a ir unas horas cada día, excepto los domingos. Él hacía sus comidas fuera, salvo raras ocasiones. La señora Bluber solía dejarle, para la noche, una tetera preparada.

—Pudo ocurrir...

—No. Sé lo que piensa: el té envenenado. Han sido analizados los restos, y no. El interrogatorio de la señora Bluber no ha arrojado el menor rayo de luz. La mujer, por otra parte, está fuera de toda sospecha. La investigación que le hemos dedicado ha sido exhaustiva.

Fowler se encogió de hombros. Sentía frío. El depósito de cadáveres olía mal.

—Bien, comunicaré todo eso al embajador. Regresemos a su despacho.

El policía asintió con una cortés inclinación de cabeza.

De nuevo en el despacho, Fowler firmó el acta de identificación, el inventario y otros dos documentos que tenía preparados Schultz.

—La Embajada se hará hoy mismo cargo del cuerpo —anunció—. Ha sido reclamado por los familiares.

—¿Embalsamado?

—Tal como está. Será enviado por avión especial.

Schultz pestañeó.

—Agradecería que la Embajada se hiciera también cargo de los efectos personales del señor Shelley.

—Me ocuparé inmediatamente de ello. Y si hubiera todavía alguna formalidad que cumplir, alguna cuenta que pagar a nombre de Shelley, cualquier cosa, avíseme usted sin reparo.

—Le avisaré, señor Fowler. —Schultz juntó los talones y extendió la mano—. En su calidad de representante de los Estados Unidos, permítame expresarle, antes de que nos separemos, nuestro pésame por la sensible pérdida...

El diplomático americano se retiró con la vaga, pero incómoda sensación de que las azules pupilas del inspector jefe se habían burlado de él. A fin de cuentas, no hubiera sido raro que Schultz supiera o sospechase lo que se ocultaba detrás de la personalidad del Howard Shelley escritor. Otros lo habían sabido, puesto que estaba muerto.

Fowler montó en su coche y se dirigió a la Embajada. ¿Accidente? ¿Suicidio? ¿Asesinato? Fuera lo que fuese, la muerte de Shelley había ocasionado en el Pentágono un terremoto. Era Howard Shelley quien, desde hacía más de dos años, aseguraba el enlace ultrasecreto entre Washington y la red de agentes del sudeste de Europa.

En cuanto a la versión «abuso de barbitúricos», podía fácilmente preverse la clase de amargas carcajadas que en Washington provocaría. A Tommy Fowler le parecía ya estar oyéndolas.

El inspector jefe Schultz presenció desde la ventana de su despacho cómo se alejaba el automóvil del diplomático americano. Cuando lo hubo perdido de vista atravesó el despacho a largas zancadas y salió al pasillo.

—Vuelvo enseguida —dijo al agente de guardia.

Cogió su sombrero y bajó a la calle.

Había un bar dos manzanas más allá. Schultz entró, ocupó una

banqueta en el mostrador y pidió cerveza.

—Llevo esperando veinte minutos —dijo, con voz apenas audible, el hombre que ocupaba la banqueta contigua.

Schultz aguardó a que el camarero le sirviera.

—Me ha demorado la visita del enviado de la Embajada americana.

—¿Y qué?

—Nada. Pero van a llevarse el cadáver.

—Era de suponer —aun siendo un susurro, la voz del hombre tenía una fuerza y una autoridad que intimidaban—. Maldito inepto, ¿por qué lo hiciste? ¿Cómo pudiste ser tan torpe?

El inspector jefe se estremeció.

—No deberíamos hablar aquí, Sissek. Los camareros me conocen. Mis compañeros de Jefatura vienen con frecuencia.

—Hablaremos donde sea. Ya no me era posible esperar más tiempo una explicación. ¿Qué es exactamente lo que ha pasado?

—Había un segundo dispositivo de alarma..., otro dispositivo, además del que tú me indicaste. Abrí el cajón de la cómoda sin inconveniente, pero al echar mano a la cartera se disparó el segundo dispositivo. Shelley despertó...

—Increíble. Yo había echado un anestésico en la tetera, precisamente para evitar eso. ¿A qué hora apagó Shelley la luz?

—El anestésico resultó inútil: Shelley no bebió el té. Encontré intacto el contenido de la tetera cuando la limpié para borrar las trazas.

—Hum —murmuró Sissek.

Tenía cara de comadreja, con un bigote hitleriano bajo la prominente nariz, grasiento cabello negro y una cicatriz en forma de media luna en la mejilla. Vestía sin la menor elegancia, y su enclenque y pobretona figura quedaba borrada por la prestancia y corpulencia del rubicundo policía; pero sus ojos como brasas y el magnético timbre de su voz le infundían, si se reparaba en ellos, una personalidad irresistible.

Schultz siguió diciendo:

—Shelley despertó y vino hacia mí con una pistola. Estaba alerta, ¡vaya si lo estaba! Tuve que matarle. No podía elegir.

—Podías. Te hubiera bastado neutralizarle durante unos minutos, el tiempo preciso para escapar. ¿Acaso te reconoció?

—No. Me había visto una sola vez, y yo iba de uniforme. Sin embargo, mencionó que le parecía recordar mi cara.

—Lo que pasa es que te faltó sangre fría.

—La posición estaba perdida de todos modos, Sissek.

—Pero no hasta el punto en que lo está ahora... ¡Condenación! Llegar a interceptar el sistema secreto norteamericano costó casi un año de esfuerzos, ¿y para qué, Schultz? ¡Para que tú pierdas los nervios y lo echas todo a rodar en una noche! Shelley era una ganga: nada menos que el enlace con Washington de la red de agentes de Europa Oriental. Bastaba fotografiar los informes que él reunía para tener el control del espionaje americano en Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Yugoslavia, Albania y Bulgaria. ¿Te das cuenta, estúpido, de lo que representa eso? ¡Todo perdido! Habrá que volver a empezar, reconstruir el edificio desde la base —la ronca y ahogada voz de Sissek tembló de cólera—. Gustoso te rompería el cuello, Schultz.

El policía apuró su cerveza.

—Basta. Haberme prevenido de la existencia de una segunda señal de alarma si querías tanta precisión. Yo actué según tus instrucciones.

—La señal habrá sido instalada después de mi inspección del departamento.

Schultz depositó un billete sobre el mostrador y abandonó la banqueta.

—¿Sabes lo que pienso, Sissek? Que la posición, como te he dicho, estaba perdida de todos modos, y que e3 mejor para nosotros que las cosas hayan ocurrido así. El segundo dispositivo de alarma y el hecho de que Shelley no probara el té indican que nos había tendido una trampa. Las tornas cambiaban. Estábamos descubiertos. Howard Shelley ha muerto en el momento oportuno.

Sissek evitó contestar, porque sabía que el policía tenía razón. Dijo:

—Volveré a avisarte cuando te necesite.

Y el inspector jefe Schultz se marchó.

CAPÍTULO III

Se llamaba Peter Heuss. Era moreno, de mediana estatura y mediana corpulencia. Tenía el cabello negro, con la incipiente tonsura de una ligera calvicie; la cara impasible, aunque llevara grabada en las comisuras de los labios una arruga de amargura; los ojos sombríos, profundos y graves.

Un agente de selección, que había obtenido en su carrera éxitos sensacionales. Llegado hacía diez días de Berlín, esperaba nuevo destino. Su hoja de servicios consignaba que había operado eficazmente en Viena hasta 1850, durante los agitados tiempos de la ocupación, y el general Parker concedía a este dato la mayor importancia.

—Necesito de usted, Heuss —dijo el general, estrechando la mano de su subordinado cuando éste fue introducido en su despacho de la Agencia Central de Inteligencia—. ¿Le gustaría volver a Viena?

Heuss sonrió. Sonreír siempre parecía en él una operación dificultosa.

—Me gustaría volver, pero de vacaciones.

—Su ficha expresa que habla correctamente alemán. ¿Qué tal pega su alemán en Austria?

—Mi padre nació en Viena; mi madre, en Korneuburg, a pocos kilómetros. Yo nací en Nueva York, en el mismo Bronx, pero en mi casa no hablé otro idioma que alemán de Austria.

—¿Podría pasar allí por austríaco?

—He pasado ya.

—¿Sin ser descubierto?

—Nunca.

—Siéntese, entonces. Usted es mi hombre. Tengo algo que

contarle.

Heuss se acomodó en un sillón de cuero, frente a la mesa del general. Éste preguntó inmediatamente:

—¿Conoció a Harry Lamotte?

—Sí. Antes de que lo enviasen a Budapest.

—Lamotte murió hace tres meses en Budapest: su cadáver fue extraído del Danubio acribillado a balazos. Cuarenta y ocho horas más tarde, Joe Cardiff, nuestro agente clave en Albania, desapareció misteriosamente sin dejar mensaje o aviso de ninguna especie. A pesar de nuestras minuciosas pesquisas, no hemos logrado averiguar quién mató a Lamotte ni qué fue de Cardiff, pero hemos adquirido la convicción de que, así en Hungría como en Albania, ni la policía ni los servicios oficiales de contraespionaje intervinieron en el asunto. Nos costó varias semanas de trabajo agotador reorganizar la red y, por fortuna, durante los dos meses siguientes las comunicaciones funcionaron con normalidad. Luego, empero, un informe procedente de Ankara nos señaló que estaban siendo sistemáticamente interceptados nuestros conductos regulares en Europa Oriental. Una red enemiga, o quizá simplemente, rival, había logrado interferir de manera permanente nuestras transmisiones. Avisé enseguida a Viena. Howard Shelley, pivote de nuestra red, me acusó recibo de la consigna de alerta y me anunció que interrumpía sus tareas habituales para dedicarse a la investigación. Poco después me hacía saber que sus sospechas, todavía vagas, se precisarían en cuanto hubiese verificado las dos o tres pistas que consideraba plausibles tras un primer examen de la situación. Transcurrieron doce días más. La siguiente noticia que he recibido de Viena es que Shelley ha muerto.

—¿Sí? —preguntó Heuss. La muerte era un accidente profesional que raramente lograba impresionarle—. ¿Qué le ha pasado?

—Según la versión de la policía vienesa, ha sido víctima de una intoxicación por abuso de somníferos. Suicidio, con toda probabilidad. Un intelectual mentalmente excitado, demasiado nervioso, inclinado a la neurosis... Ya sabe usted la clase de hombre que Shelley parecía ser.

—Sé que no lo era.

—Ni se ha suicidado tampoco. Ni se ha envenenado por imprudencia. Howard Shelley ha muerto asesinado.

—Los periódicos no dicen eso.

—Los periódicos publican la versión de las autoridades vienesas. Quiero creer que allí se ha cometido un error. De no ser así, o bien las autoridades han dado una versión falsa porque sospechan la verdadera personalidad de Shelley y quieren protegerse contra el escándalo y evitar incidentes internacionales, o bien alguien ha escamoteado con propósitos turbios la verdad. El caso es que hemos traído en avión el cadáver. Shelley murió a consecuencia de un síncope provocado por una presa de ji-jitsu en un centro vital. Trabajo de especialista... El Departamento de Estado prepara una enérgica nota de protesta.

—¿Enérgica? —repitió Heuss—. Si es demasiado enérgica, inducirá a creer que Shelley era realmente un agente secreto.

—No importa ya. La nota se justifica por el hecho de ser Shelley un prominente ciudadano norteamericano y uno de nuestros intelectuales más notorios, pero si induce a creer otra cosa, tanto mejor. Los asesinos sabrán que no nos chupamos el dedo. En cuanto a la policía austríaca, concluirá de todos modos por archivar el caso.

Heuss no replicó. Hubo un silencio.

El general prosiguió:

—Esta vez, el daño que se nos ha causado es más grave que en las anteriores ocasiones. Nuestra red de Europa Oriental se encuentra totalmente desarticulada por la destrucción de su engranaje clave, de la malla central a la que todas estaban unidas. Hay que empezar de nuevo, y es usted, Heuss, la persona en quien he pensado para que asuma esa función. Usted tiene experiencia, inteligencia, oficio; es usted un especialista en asuntos germanos y conoce los asuntos balcánicos y rusos suficientemente bien... Solamente usted, entre la gente disponible, posee talla bastante para operar con éxito en un terreno tan peligroso. No hay que decir que las bajas sufridas en aquel sector entrañan para el presente y el inmediato futuro la amenaza de un riesgo personal enorme.

Heuss se limitó a preguntar:

—¿Cuáles serán mis objetivos precisos?

—Reemplazar a Shelley.

—O sea —concretó por su cuenta el agente—, triunfar donde ha fracasado el mejor hombre da que usted disponía. Lo considero un

honor. ¿Alguien me cubrirá las espaldas?

El general vaciló unos segundos.

—Francamente, no estoy en condiciones de hacerle proteger — miró a Heuss al fondo de los ojos—. Lamento confesarlo, pero ignoro completamente si el peligro amenaza desde el exterior de mi dispositivo... o desde el interior. Un aviso a la red entera podría volverse contra usted. Prefiero enviarle solo y sin garantías.

Heuss no se inmutó.

—¿Cuándo partiré?

—Lo antes posible. Entrará usted clandestinamente desde Alemania y se pondrá en contacto con Charlie Hobbes. Ahora mismo le entregaré, para que la examine, toda la documentación que poseo sobre este asunto, sobre nuestra organización en Europa Oriental y sobre la tarea llevada a cabo por Shelley. Supervisaré personalmente su hoja de ruta y sus instrucciones. Tendrá horarios calculados con la máxima precisión, se lo advierto. De usted depende observarlos, y de que los observe minuciosamente depende en gran parte el éxito de la empresa.

—Cuenta conmigo —dijo Heuss.

* * *

Nueve días después se hallaba alojado en un hotel vienés de ínfimo orden. Su aspecto era el de un provinciano escaso de dinero y corto de alcances. El feo traje que vestía lo había adquirido en un bazar de confecciones de Linz durante su viaje desde Munich.

En la fecha y hora convenidas estableció contacto con Charlie Hobbes, responsable del enlace entre los diversos sectores austríacos. Hobbes trabajaba en una imprenta de la parte oriental de la ciudad. Heuss le conocía: un hombre de cuarenta y cinco años, alto, huesudo, de ojos grises y cejas velludas.

—Me alegra verte, Peter —dijo—. Espero que tú aguantes. Shelley la palmó, pero ello no significa que tú hayas de seguir su camino; eso sí, si abres bien los ojos... Te he encontrado empleo: vigilante en un edificio comercial. El administrador es un amigo, y nadie se ocupará de tus idas y venidas, ni de tus posibles ausencias.

—Entendido.

—Pasado mañana recibirás una emisora de radio, modelo

«Vanguard», que puedes ocultar en los sótanos del edificio: hay lugares adecuados de sobra. Estarás seguro, completamente seguro; a condición de que respetes las consignas y los horarios establecidos en coordinación con las demás ramas, naturalmente.

—Ya sé, el general Parker me recitó con detalle esa lección.

Heuss permaneció en la imprenta el menos tiempo posible. A la mañana siguiente se presentó al administrador del edificio que Charlie Hobbes le había indicado.

—Ah, es usted —dijo el administrador. Hablaba con aire distraído, absorto, pero afable—. Viene de Linz, ¿no es así?

—Sí.

—Y quiere vivir en la capital.

—Sí.

—Un deseo muy común, pero que no atino a explicarme... En fin, su trabajo será fácil. Alojamiento, y un salario decente. Venga conmigo, le mostraré la casa.

Guiado por su futuro patrono, Heuss efectuó un recorrido por todo el edificio. Tomó posesión del que sería su cuarto: una pieza interior, muy poco confortable, situada en la parte trasera de los bajos. Sus posibles incomodidades, empero, perdían importancia ante el hecho de su completa independencia.

—A la hora de cierre de los comercios y las oficinas —explicó el administrador— hará usted una inspección para comprobar si todo está en orden, y la repetirá durante la noche, a la hora que más le convenga. Salvo esto, quedará usted libre de servicio hasta la mañana siguiente.

A las siete abrirá las puertas para que entren los empleados.

—Comprendido —dijo el agente, con satisfacción.

Su primera misión efectiva había sido fijada para un miércoles, más de una semana después, de manera que tuvo tiempo sobrado de adaptarse a la situación y organizar la pequeña rutina de su vida. El oscuro y limitado provinciano que fingía ser iba echando raíces en la populosa y alegre Viena.

El miércoles en cuestión, a primera hora de la noche, abandonó el edificio y se dirigió a pie hacia la ribera del Danubio. La primavera, ya muy avanzada, perfumaba el aire. La gente deambulaba por las aceras, deteniéndose a contemplar los escaparates iluminados. Las calles bullían de vehículos. La ciudad

producía una impresión de dinamismo y animada confianza que a Heuss se le deslizó hasta el fondo del corazón.

A las nueve en punto entró en una antigua cervecería. Se instaló en un ángulo de la sala, pidió una jarra, sacó del bolsillo un paquete de tabaco y lo dejó sobre la mesa con un cigarrillo colocado en diagonal encima de él.

Había en el local bastante gente, la mayor parte reunida en tertulias. Cierta número de parroquianos entraba, echaba un trago y volvía a salir. Uno de los que entraron, a las nueve y diez, fue un individuo grande y rubio vestido con un mono de mecánico. Pidió un vaso en el mostrador y empezó a beberlo a sorbos lentos y espaciados, mientras su cara adoptaba una expresión pensativa. En esta actitud ausente sacó del bolsillo un encendedor y se entretuvo encendiéndolo tres veces consecutivas, como si quisiera comprobar que funcionaba perfectamente. Bebió otro trago de cerveza, repitió la operación y se guardó el encendedor.

Era la señal convenida.

Heuss pagó su jarra y salió. El mecánico rubio se le unió cuando no había dado más que unos pasos calle arriba. Caminando uno junto a otro, cambiaron las palabras de contraseña. Del bolsillo superior de su mono, con el pulgar y el índice, el mecánico extrajo entonces un cigarrillo emboquillado y lo tendió a su acompañante.

—Cuídelo como las niñas de sus ojos, compañero. Es mercancía de primera calidad.

—¿Microfilms?

—En película soluble.

Heuss frunció el entrecejo.

—¿Tan importante?

—Tanto. Tenemos a un muchacho introducido en los laboratorios secretos de Schemnitz, donde los científicos checos experimentan un modelo revolucionario de turborreactor.

—Conforme —murmuró Heuss a media voz.

A la una menos doce minutos de aquella madrugada, después de haber regresado a su alojamiento con las máximas precauciones para asegurarse de que no le seguían —tomar el relevo de un agente caído era siempre una operación arriesgada—, Heuss descendió a lo más profundo del sótano del edificio y sacó el emisor-receptor «Vanguard» de entre los cajones y bidones vacíos donde lo tenía

camuflado. Se iluminaba con una antorcha eléctrica y llevaba colocado en la oreja, con aparente descuido, el cigarrillo emboquillado. Era, sin embargo, el cigarrillo lo que absorbía todos sus pensamientos. Microfilms en película soluble. En caso de apuro, si había peligro de que la mercancía cayese en manos del adversario, al agente le bastaba con engullir los minúsculos fragmentos de película, que se disolvían en la saliva de su boca o en los jugos gástricos de su estómago. Podía hacerlo, simplemente, poniéndose el cigarrillo en la boca y mascando la boquilla que los ocultaba. Los clichés se perdían así para el Pentágono, pero esto constituía solamente un mal menor.

Cuando su reloj marcó la una, Heuss manipuló el aparato de radio y emitió su señal de llamada. Obtuvo respuesta inmediatamente. No sabía de dónde procedía, ni le interesaba saberlo. Lo único que le interesaba, porque iba en ello su seguridad, era comprobar que las consignas del general Parker se cumplían con precisión matemática y que los camaradas desconocidos que contribuían al funcionamiento de la red estaban en sus puestos correspondientes.

La comunicación duró poco más de dos minutos: el tiempo justo de anunciar la recepción de la mercancía y de confirmar su entrega según lo previsto. Dicha entrega tuvo lugar al día siguiente, cuando Heuss abandonó la conserjería del edificio para salir a almorzar. Pasó un momento por la oficina de Telégrafos del distrito antes de dirigirse al restaurante económico que frecuentaba. Colocando un periódico de la mañana doblado en seis sobre uno de los pupitres públicos de la oficina, el agente procedió a llenar un impreso de telegrama. Un extranjero, un norteamericano de rostro bobalicón, le interrumpió para consultarle algo en pésimo alemán. Heuss le aconsejó que preguntase al empleado de la ventanilla, número dos.

—He preguntado —dijo el americano, compungido—, pero no consigo hacerme entender.

Heuss se encogió de hombros y continuó llenando el impreso. Cuando se marchó, el americano ocupó su puesto en el pupitre y recogió el cigarrillo emboquillado que el agente acababa de olvidar allí sin encender. El telegrama que redactó anunciaba a su esposa que aquella misma tarde, a las tres y media, emprendía en avión el regreso a Chicago.

Por precaución rutinaria esperó Heuss, en la calle, la salida del extranjero y se aseguró de que nadie le vigilaba ni le seguía. Luego se fue a almorzar.

A la una de la madrugada del sábado fue acusada por radio la recepción. El incógnito y lejano operador preguntó:

—¿Algo especial a señalar?

—Nada —dijo Heuss—. Corto. Buenas noches.

CAPÍTULO IV

Cuatro días después, otro miércoles, Wladimir Sissek, profesor de idiomas, solitario habitante de un desvencijado piso en el casco antiguo de Viena, recibió una nota anónima que le anunciaba lacónicamente:

«La expedición de la Agencia Levante procedente de Belgrado llegará al Hotel Dos Águilas a las 18:15 de hoy».

La lectura de este texto hizo asomar una sonrisa al rostro de comadreja del profesor Sissek. Inmediatamente quemó el mensaje, dispersó las cenizas, tomó el sombrero, abandonó su modesta residencia y se dirigió a un Banco de la vecindad. No realizó, empero, ninguna operación bancaria. No pasó del vestíbulo del establecimiento, donde estaban las cabinas telefónicas. Encerrado en una de ellas y observando disimuladamente los alrededores, marcó un número.

—¿Inspector jefe Schultz? —preguntó, cuando una voz vibró en el auricular.

—Yo mismo, al habla.

—El agua del Danubio es la sangre de Viena.

La voz de Schultz respondió con tono neutro:

—Y Viena, el corazón de Austria.

Sissek rió ahogadamente. Intercambiada la contraseña, las presentaciones estaban de más.

—Te espero en mi casa, lo más tarde a las cinco —dijo—. Te necesitare a partir de las seis y cuarto.

—De acuerdo —respondió el policía.

El profesor cortó la comunicación, abandonó el Banco y se internó por las viejas callejas del distrito, en muchas de las cuales las ruinosas huellas de la guerra no habían sido, y acaso no serían nunca, completamente borradas. Las gestiones que realizó le ocuparon bastante tiempo. No regresó a su piso hasta las cuatro menos cuarto de la tarde. Aproximadamente una hora después abrió la puerta para recibir al rubicundo y corpulento Schultz.

—Trabajo a la vista, supongo —dijo el inspector, a modo de saludo.

Sin replicar más que con un movimiento de cabeza, Sissek condujo al visitante a su polvoriento y anticuado despacho. Le invitó a tomar asiento con un ademán. Entonces, sin preámbulos, anunció:

—Una nueva expedición de la Agencia Levante está a punto de llegar al Hotel Dos Águilas. La hora señalada son las seis y cuarto. Cuento contigo. Seremos cinco para la operación.

Schultz guardó un instante de silencio. Luego demostró su escepticismo con una mueca.

—¿No será tiempo perdido? ¿Tú crees que intentarán renovar el contacto con el mismo agente y por la misma vía?

—¿Por qué no?

—Porque están alerta. He recibido una nota de protesta de la Embajada americana. Saben que Shelley fue asesinado. Habrán tomado precauciones.

—No tengo noticia de tales precauciones —dijo Sissek incisivamente—. Por otra parte, tus deducciones no me parecen acertadas, Schultz. Pecas de pesimismo... o de otra cosa. Si los americanos hubieran adivinado cuál era el punto débil de su dispositivo, Howard Shelley habría sido retirado, y no lo fue.

—Pero nos tendió una trampa, Y quizá lo de hoy sea una nueva trampa.

—No excluyo esa posibilidad. Precisamente por ello quiero estar allí y comprobar si el contacto se efectúa.

El inspector jefe reflexionó un instante. Hubiera querido hacer nuevas objeciones, pero no se atrevió. Y quizá Sissek no se equivocara, a fin de cuentas. La Agencia Levante era una organización de viajes yugoslava que con cierta regularidad conducía a Viena un cargamento de turistas y, acompañando a los

turistas, un guía-intérprete. Sería interesante observar si el guía-intérprete seguía siendo el mismo y si continuaba haciendo lo que hacía en vida de Howard Shelley.

Schultz suspiró.

—De acuerdo en que conviene que estemos allí para saber a qué atenernos —concedió—. ¿Cuáles son tus planes?

Los planes de Wladimir Sissek se basaban en el supuesto de que la expedición yugoslava rendiría viaje a las seis y cuarto. No fue a las seis y cuarto, pero sí a las seis veintidós: un insignificante retraso de siete minutos. A esta hora, Peter Heuss se encontraba en el bar del Hotel Dos Águilas saboreando una copa de vermut francés y podía ver a través de la puerta que comunicaba el bar con el vestíbulo cómo hacía su entrada el batallón de turistas y cómo el personal del hotel se movilizaba para conducirlos a sus habitaciones. Pero no fue sino veinte minutos después cuando un muchacho obeso, de rostro sonrosado y sudoroso, ataviado con un traje gris de chaqueta cruzada y tocado con una gorra de plato, pasó del vestíbulo del hotel al bar. En la solapa y la gorra del muchacho se veía un distintivo circular con la inscripción «Agencia Levante-Belgrado».

En aquel momento habían sido ya acomodados en sus habitaciones los turistas y reinaba en el vestíbulo la tranquilidad. Había en el bar quince personas. Una de ellas, Heuss, acababa de pedir su tercer vermut, y tenía junto a sí un paquete de tabaco con un cigarrillo colocado diagonalmente encima.

El muchacho obeso avanzó a lo largo del bar y vio el paquete y el cigarrillo, pero no dio muestras de haber reparado en ellos. Cambió con el barman un saludo de antiguo conocido y, en respuesta a una pregunta suya, dijo que el viaje había sido bueno. Pidió un vaso de agua mineral, lo apuró de un trago y volvió a marcharse.



El único movimiento de Heuss fue para consultar su reloj. Si el muchacho no reaparecía antes de media hora, no se produciría el contacto.

Pero el muchacho, con la gorra bajo el brazo, reapareció diez minutos más tarde y pidió otro vaso de agua. Esta vez comenzó a beberlo a pequeños sorbos. Sus dedos gordezuelos jugaban con un encendedor plateado. Lo hizo chasquear tres veces. Bebió un sorbo. Repitió los tres chasquidos.

Heuss pagó sus vermouths y abandonó el bar por la puerta que conducía directamente a la calle. El muchacho se le unió a los pocos instantes, y ambos caminaron uno junto a otro.

—Así que es usted quien ocupa el puesto del pobre Shelley —dijo el guía-intérprete, después de murmurar la contraseña—. Cochina historia. Sentí su muerte de verdad.

—¿Le conocía mucho?

—Trabajé dos años con él cuando daba mis primeros pasos en el oficio, antes de que me confiaran el enlace con Belgrado. Luego he seguido viéndole. Shelley ha sido mi maestro. El mejor maestro del mundo. Nunca le olvidaré.

—Entiendo —gruñó Heuss—. A propósito, ¿por qué esa maniobra en el bar? ¿Por qué entrar dos veces? ¿Había observado algo sospechoso?

El muchacho dibujó con la mano un gesto en el aire.

—Una idea. Tuve la impresión de que un sujeto..., un hombrecillo con cara de comadreja me observaba con mucha atención cuando bajamos del autocar ante el hotel. Quise asegurarme de que no había moro3 en la costa. Bien, y a usted, ¿cómo le va?

—Resignado —sonrió Heuss—. Me había acostumbrado a correr de un lado para otro, hasta que le tomé gusto a los viajes. La posición de agente colector me aburre.

—Uno no elige en este oficio, amigo: le eligen —el muchacho sacó del bolsillo interior de su chaqueta una pitillera y la abrió—. En fin, aquí está la mercancía.

La pitillera contenía un único cigarrillo emboquillado. Heuss lo cogió y se lo guardó.

Los dos agentes continuaron andando unos minutos al azar. Doblaron un par de esquinas a la derecha para aproximarse nuevamente al hotel. Casi nadie transitaba por aquellas calles residenciales de aire típicamente ochocentista.

Heuss dijo:

—En el próximo cruce nos separaremos. Buena suerte, amigo.

—Hasta la vista.

Llegaron al cruce. Pero, en el momento en que iban a separarse, un individuo de aspecto pobretón, cara de comadreja y bigote hitleriano dobló la esquina.

—Cuerno —gruñó el guía-intérprete.

Había comprendido instantáneamente que la presencia de aquel hombre en aquel lugar no podía ser una coincidencia. Heuss,

alarmado por su actitud, se había parado en seco.

A cuatro metros de ellos, el profesor Wladimir Sissek, inmóvil, tensos todos los músculos, maldecía el caprichoso destino que, por un error de táctica, le colocaba frente a los dos agentes a quienes hasta entonces había logrado seguir sin ser descubierto.

El muchacho fue el primero en reaccionar; sacó una pequeña automática y le quitó el seguro. Sissek, hasta que le vio hacer este gesto, esperaba pasar inadvertido, puesto que ignoraba que el guía había reparado especialmente en su presencia a la llegada, del autocar; pero en cuanto vislumbró el arma giró sobre sus talones, dobló nuevamente la esquina y echó a correr.

Heuss y el muchacho se lanzaron en su persecución.

Sin haber cambiado una palabra sabían ambos que capturar a aquel hombre era, no ya necesario, sino imprescindible. Su incógnito dependía de ello. El funcionamiento de la vasta red de agentes norteamericanos en Europa Oriental dependía de ello. Sus vidas dependían de ello.

Más ágil que su obeso acompañante, Heuss tomó pronto la delantera, aunque no consiguió disminuir la distancia que le separaba del fugitivo, el cual deslizábase como una rata a lo largo de la pared, rehuyendo las manchas de luz del alumbrado público. De los tres corredores, empero, era únicamente Sissek quien tenía iniciativa propia. No escapaba al buen tuntún, sin rumbo fijo. Todo lo contrario.

Momentos después había introducido a sus perseguidores en un dédalo de callejuelas estrechas y sombrías, prácticamente desiertas. Por ellas llegó a un mercado, que no era a aquella hora sino otro dédalo de puestos cerrados, bultos, fardos, sacos y cajas. Conocía el lugar perfectamente y sabía muy bien a donde iba, mientras salvaba los obstáculos en vertiginoso zigzag y aparentemente a ciegas. Dos de sus secuaces se hallaban apostados al otro lado del mercado. Así, cuando tuvo la certeza de que estaban muy próximos, se arrojó detrás de un montón de sacos y permaneció agazapado en las tinieblas, conteniendo su agitado aliento. Su mano derecha empuñaba nerviosamente una cachiporra.

El guía-intérprete, que resollaba como una máquina de vapor, había, pese a sus esfuerzos, perdido terreno con relación a Heuss, y fue éste el primero que pasó a todo correr junto al montón de sacos.

La cachiporra de Sissek le golpeó en plena cara. El profesor no era hombre vigoroso, pero su impulso se sumó al que llevaba Heuss. El agente salió despedido, rodó por tierra y se derrumbó sin sentido a lo menos cinco metros de distancia.

El jadeante guía, desde lejos, adivinó más que vio lo sucedido, y comprendió que una trampa mortal estaba abierta ante él. Se echó a un lado. Su automática disparó contra la confusa silueta de Sissek.

Pero el profesor había ya previsto aquella forma de ataque y el montón de sacos le protegía cuando sonó el disparo. El muchacho tropezó en la obscuridad con un cajón de embalaje y cayó dolorosamente de rodillas. Enderezando el busto, volvió a disparar hacia dos nuevas siluetas que creyó ver perfiladas contra una lejana luz. Pero se había precipitado, acuciado por el cansancio y el dolor de la caída. Sus~ balas se perdieron. En respuesta se oyó un doble estampido. El guía-intérprete, perforados su frente y su obeso pecho por dos balas de grueso calibre, se hundió entre los cajones, muerto en el acto.

El desenlace de la lucha se produjo en un abrir y cerrar de ojos. Heuss, inconsciente, fue recogido por dos hombres que obedecían las secas órdenes de Sissek, y luego conducido a un coche que esperaba en la más ancha de las calles próximas. El muchacho obeso, registrado por unas manos expertas que lo despojaron de sus documentos y objetos personales, quedó abandonado donde yacía. El coche partió a toda velocidad.

El vigilante nocturno del mercado, asustado por los tiros, hizo sonar su silbato frenéticamente. Acudieron los policías de ronda. Y, tras los policías, un enjambre de curiosos.

El cadáver ensangrentado del guía-intérprete fue todo lo que pudieron ver.

CAPÍTULO V

Hacía veinte minutos que el inspector jefe Schultz se había reintegrado a su despacho de Jefatura cuando una llamada telefónica de la comisaría del Sexto Distrito le informó de que un misterioso tiroteo se había producido en el Mercado Bochwald, donde un hombre había sido hallado muerto por el vigilante nocturno.

—¿Cómo se llama la víctima? —inquirió Schultz.

—Josip Mostar, súbdito yugoeslavo. Pero hemos obtenido su nombre por referencia indirecta, pues el cadáver no tenía rigurosamente nada en los bolsillos.

—¿Quién les dio la referencia?

—Mostar llevaba los distintivos de una organización turística de Belgrado, la Agencia Levante, de la que era guía-intérprete. Las expediciones de esa agencia suelen parar en el Hotel Dos Águilas, que cae dentro de nuestra demarcación. Hemos investigado en el hotel. Hoy, a las seis y pico, ha llegado una de dichas expediciones.

—Comprendo. Pero ¿qué hacía ese yugoeslavo en el Mercado Bochwald? ¿Se trata de un atraco? ¿De un robo?

—Pudiera ser —dijo el comunicante de Schultz—, aunque no lo creemos probable. Mostar tenía consigo una pistola, con la que efectuó cuatro disparos antes de morir. Más bien parece un asunto de contrabando... o de espionaje...

—Plausible. Ténganme ustedes al corriente, como de costumbre.

—Por supuesto. ¿Envía usted a alguien?

Schultz titubeó.

—Si los hechos son como usted los presenta, no parece un caso propio de la Brigada Criminal. Consultaré con el Ministerio del Interior. Mientras tanto, háganse ustedes cargo de las primeras

pesquisas.

—Perfectamente —asintió el hombre del Sexto Distrito.

El inspector jefe permaneció en su despacho casi hasta medianoche. Llamó al Ministerio del Interior, sostuvo tres importantes conversaciones y, por último, fue liberado de la responsabilidad de la investigación. Al ceder el puesto a su ayudante hízole a grandes rasgos un relato de lo sucedido.

—El Servicio de Seguridad toma cartas en el asunto —añadió—, pero nos tendrá al corriente de lo que haya. Si se recibe alguna información, sea del Servicio, sea de la comisaría del Sexto, consígnela en una nota y déjela sobre mi mesa. Presumo que el caso carece de interés, que se trata de una simple querella entre contrabandistas en pequeña escala; y sin embargo, ¿quién sabe?

Schultz sacó su «Mercedes» particular del parque de Jefatura, encendió parsimoniosamente un cigarrillo y emprendió la marcha a través de la ciudad. No iba en dirección a su domicilio, sino exactamente en dirección contraria. Penetró en la avenida Wilhelm Kessel y la recorrió hasta el flamante edificio del Teatro Capitol. Allí, en un lugar tranquilo, dejó el coche, y se internó a pie en el barrio antiguo que comenzaba inmediatamente detrás. Su meta parecía ser el domicilio del profesor Sissek, pero doscientos metros antes de llegar dobló por un callejón, siguió a lo largo de la tapia que cerraba el solar de una vieja casa arruinada durante la guerra por los bombardeos y no reconstruida aún, y finalmente, asegurándose de que nadie le veía, se introdujo por una brecha abierta en la tapia. En un ángulo del solar se alzaba una garita semicubierta por un montículo de tierra sembrado de hierbajos. La garita tenía una herrumbrosa y tiznada puerta de hierro, sobre la cual podían descifrarse apenas los restos de un rótulo que rezaba: «Refugio».

Aunque no tenía aspecto de haber sido abierta en muchos años, la puerta giró silenciosamente sobre sus goznes momentos después de haberla golpeado el policía con el puño. Una linterna iluminó por un instante el rostro de Schultz, y luego, cuando este hubo entrado y la puerta estuvo nuevamente cerrada, volvió a encenderse para iluminar un angosto corredor de cemento.

—¿Le acompaño? —dijo el hombre que la empuñaba.

—Alúmbrame hasta la escalera.

Parado en lo alto de la escalera que se hundía en el subsuelo, el hombre enfocó hacia abajo su linterna. Schultz descendió cuidando de no dar un traspie. Encontró un nuevo tramo de pasillo y una nueva puerta. Llamó.

Al abrirse la puerta llegó a sus oídos un gemido jadeante, sostenido y entrecortado a la vez; un sonido infrahumano que ponía los pelos de punta.

El lagar era un amplio espacio circular, abovedado y forrado de cemento. El forro debía de haberse deteriorado con el tiempo, pues el agua se había infiltrado y formaba grandes charcos en el suelo y manchas de humedad, colonias de musgo y hongos blanquecinos en las paredes. Una lámpara de petróleo colocada en el suelo lo iluminaba todo muy bien, pero proyectaba hacia arriba y agigantaba las sombras de los hombres que estaban en pie cerca de ella. También en el suelo, pues no había un solo mueble, yacía acostado otro hombre, y no lejos se veían un hornillo igualmente de petróleo, encendido, un pequeño bidón de este combustible y un estuche abierto que contenía diversas ampollas, jeringas e instrumentos médicos y quirúrgicos.

Los hombres en pie eran tres, incluido el que a Schultz le franqueaba el paso; uro de ellos, Sissek.

El inspector se adelantó para examinar al que yacía en tierra, y su único signo de emoción fue una rápida crispación de la boca. No había visto a Peter Heuss más que un momento, cuando le capturaron en el Mercado Bochwald, pero aunque le hubiese estado viendo toda la vida a duras penas le hubiera reconocido entonces. Era del pecho de Heuss de donde escapaba el espeluznante gemido. El agente tenía el cabello hecho una pasta de agua, sangre y sudor, que cubrían también su cara descompuesta, desfigurada por una mueca horrible. Sus ojos enormes, desorbitados, eran como ventanas del infierno. Su cuerpo, completamente desnudo, mostraba infinidad de heridas y cauterizaciones, localizadas, con visible método, precisamente en las zonas más sensibles. Schultz volvió la mirada al hornillo de petróleo donde dos instrumentos se calentaban al rojo blanco. Instintivamente se humedeció los labios con la lengua.

—Procedimientos medievales —dijo desdeñosamente—. ¿Era necesario esto, Sissek? Esperaba algo más inteligente de ti.

Una cólera sorda hacía temblar al profesor.

—Era necesario —replicó—. Esos tipos han sido entrenados para resistir los habituales métodos psicológicos y, en cambio, la brutalidad los desarma. Hemos fracasado con el suero de la verdad.

—¿En unas horas? El tratamiento requiere días, y aun semanas. Sissek juró.

—¡No estoy dispuesto a esperar semanas! Este hombre hablará. Le hemos inyectado un estimulante. No tardará en despejártele el cerebro.

—El optimismo es muy cómodo. —Schultz se encogió de hombros—. Tu falsa maniobra nos ha metido en un buen atolladero, Sissek. La ocasión era inmejorable para restablecer la interferencia del dispositivo americano...

—¡Cállate ya! Todos cometemos errores: tú cometiste el primero matando a Shelley, y aquello no tuvo remedio. Esto se remediará en cuanto el prisionero hable.

—Si habla.

Una variación en el estertor de Heuss indicó que éste recobraba el conocimiento. Pero lo que le habían inyectado era un estimulante, no un calmante, de modo que recobró además la sensación del dolor agudísimo de sus heridas. Lanzó un largo grito, que duró hasta que tuvo suficiente dominio de voluntad para imponerse silencio. Luego quedó con todo el cuerpo en tensión, recorrido por continuos estremecimientos, echando espumarajos sanguinolentos por la boca.

—No parece muy feliz —dijo Sissek entre dientes. Avanzó, se inclinó sobre él y le contempló con los brazos en jarras—. Muy bien, amigo —añadió—. Como ve, la primera parte de la sesión ha terminado. Hasta ahora ha corrido a cargo nuestro, pero en adelante correrá a cargo de usted. Su suerte, por decirlo así, depende de su locuacidad. Para evitarle mal entendidos me permitiré señalarle que sabemos que es usted un espía norteamericano. Sabemos igualmente cuál es su misión en este país. No hemos encontrado en su poder documentos de identidad, pero ello no nos impide conocer el hecho de que usted está cubriendo la vacante que dejó el malogrado Howard Shelley.

A través del océano de su angustia captó Heuss las palabras. De haber tenido todavía alguna ilusión, entonces se le hubiera

frustrado. Si sus verdugos mencionaban el nombre de Shelley era porque no pensaban devolverle la libertad, o ni siquiera conservarle la vida después del interrogatorio.

Articuló:

—¿Qué... quiere usted saber, si dice saberlo todo?

—Dos cosas: el esquema del conjunto de las conexiones americanas y el objeto de su contacto de esta noche.

Heuss cerró los ojos.

—El esquema de las conexiones lo desconozco por completo. Recibo aviso cada vez que un contacto ha de producirse.

—¿Cómo lo recibe?

—Por un mensaje.

—Bien, ¿qué clase de mensaje y de dónde procede?

—Yo no soy más que un agente colector —explicó Heuss débilmente, y además acabo de iniciar mis funciones. Alguien en Viena dirige y supervisa mi actividad. No le conozco. Ustedes saben lo que es este trabajo... Si no hubieran sido tan torpes, podrían haber averiguado mucho más de lo que yo averiguaré nunca.

Schultz carraspeó significativamente. La última observación del prisionero era cierta, y a él le complacía subrayar el error cometido por Sissek, cuya autoridad le irritaba los nervios.

El profesor le lanzó una rápida mirada. Prosiguió:

—Volveremos sobre ese punto. Dígame, ¿qué informes le ha transmitido el intérprete yugoeslavo y de qué manera se ha efectuado la transmisión?

—Mi colega —respondió Heuss, con voz velada por el esfuerzo de contener el dolor hincado en sus carnes— quería simplemente comprobar mi llegada a Viena. Debido a que la muerte de Shelley desorganizó el dispositivo, las conexiones no son efectivas aún. Por el momento, nos limitamos a comprobar que no están rotas las mallas de la red.

La respuesta, a él, le sonó verosímil, y pensó con esperanza que no había razón para que el hombrecillo de cara de comadreja la rechazase. Todas las potencias de su ser se concentraban en el intento de dar a sus adversarios una determinada... imagen de sí mismo, imagen hacia la que convergían sus palabras y su actitud: el agente que, abrumado por la tortura, renunciaba a correr nuevos riesgos y buscaba a toda costa salvar la piel.

Pero fue el inspector Schultz quien no cayó en la trampa.

—Usted se contradice —advirtió—. Si realmente hay alguien en Viena supervisando su trabajo, la verificación de las conexiones está de más. O bien es usted el pivote del dispositivo y, en consecuencia, lo conoce al detalle, o sobran los contactos de ensayo, o su presunto jefe no le permitiría efectuarlos sin protección. Le aconsejo que no siga por ese camino.

Sissek, como si la intervención del policía le hubiera molestado, preguntó inmediatamente:

—¿Cómo se llama usted? ¿Dónde vive?

—Permítame —dijo de nuevo Schultz—. Creo preferible...

El profesor le interrumpió en seco:

—¡Cállate! ¡Esto es asunto mío!

Al inspector se le encendió la rubicunda cara. Estuvo a punto de replicar violentamente, pero se dominó. Apretó los puños, suspiró resignadamente y retrocedió unos pasos. Fue a encender un cigarrillo apoyándose en una porción de la pared libre de humedad.

Estaba seguro de que, en manos de Sissek, el interrogatorio fracasaría. Muy bien, él se alegraría del fracaso: la estúpida vanidad del profesor lo necesitaba. Era una ridiculez colocar en situación sin salida a un hombre tan curtido como los agentes norteamericanos solían serlo.

Más hubiera valido infundirle confianza, hacerle hablar, emplear circunloquios. Las mentiras de un espía son a veces muy instructivas para quien es capaz de interpretarlas. Decididamente, Sissek estaba anticuado. Continuaba practicando los métodos que veinte años antes aprendió de los nazis; métodos simplistas, brutales, ineficaces desde que el interrogatorio se había convertido en una técnica casi de juego espiritual.

Heuss, mientras tanto, no había contestado las dos preguntas. Sabía que revelando su identidad y sus señas ofrecería una base demasiado sólida a las investigaciones de sus enemigos y anularía toda posibilidad de salvarse de la muerte.

—¿Cómo se llama? —insistió ferozmente el profesor—. ¡Hable! ¿Cómo se llama y dónde vive?

Schultz chupaba indiferente su cigarrillo. Había perdido todo interés en la cuestión. Desde que entró en el refugio y se halló ante la tremebunda escena, desde que vio al prisionero sumido en el

coma, agotado, hechas sus carne

3 un

pingajo sangriento, comprendió que la captura del agente no serviría absolutamente para nada.

Durante la siguiente media hora, en efecto —treinta minutos interminables—, Sissek se esforzó obstinada e inútilmente en romper el silencio de su víctima. Poco a poco fue desvaneciéndose en Heuss la acción del estimulante. La pérdida de sangre le debilitó a ojos, vistas. Su mente se nubló. Pero estaba todavía consciente cuando el profesor le dijo:

—Ha experimentado ya una vez la índole de mis procedimientos, y no creo que el recuerdo le resulte agradable. Me oye, ¿no? Voy a dar orden de que empiece de nuevo el trabajo. Es su última oportunidad: ¿cómo se llama y dónde vive?

El agente no contestó.

Sissek masculló un juramento y se volvió a sus ayudantes:

—Dadle otra sesión.

El inspector jefe Schultz no era un timorato, pero hubiera preferido no presenciar lo que siguió. Siempre le habían atraído más la cortesía, la diplomacia, la limpieza, el ji-jitsu o las higiénicas armas de fuego que los derramamientos espectaculares de sangre, los gritos de horror, las convulsiones y el melodrama en general. Hizo una mueca cuando la primera vaharada de hedor a carne quemada y el primer alarido de Heuss le llegaron. Cada uno provisto del correspondiente instrumento, hasta entonces calentado en el hornillo, los dos ayudantes del profesor habían iniciado sus tareas.

Pero éstas no duraron. El dolor había alcanzado para el agente americano un grado de concentración tal que, súbitamente, no pudo resistirlo. Una violenta sacudida nerviosa semejó devolver la vida a su cuerpo destrozado. De un salto se puso en pie, esquivó los hierros que le torturaban y se lanzó contra Sissek. Éste ladró una orden a sus secuaces, uno de los cuales soltó el ardiente instrumento para extraer de una funda axilar una pistola.

Heuss vio la pistola. Giró en redondo y se precipitó hacia el hombre, moviéndose como si se hallara poseído de locura. Estaba maniatado, pero ello no le impidió aferrarse a su verdugo, estrecharlo contra la pared y morder la muñeca de su mano

armada. Hubo un breve y jadeante forcejeo. Luego, atronando el ámbito del cerrado sótano, sonó un tiro. El desnudo y lacerado cuerpo del agente se derrumbó.

Disparándose dentro de su boca, la pistola le había destrozado atrozmente la cabeza. Estaba ya muerto cuando quedó tendido en uno de los charcos de agua.

La voz de Sissek se alzó frenéticamente para cubrir de improperios a su ayudante.

—¿Quién te ha dicho que le mataras? ¿Quién te ha dicho semejante cosa? ¿Por qué lo has hecho?

El hombre se excusó:

—Yo no he sido. Lo juro. No sé cómo lo conseguiría, pero se metió el cañón en la boca y ha apretado el gatillo... Yo no he disparado, profesor. Yo no...

El inspector Schultz les volvió la espalda y se dirigió a la salida. Todo había terminado allí. Perdida de antemano la partida, estaba en el fondo satisfecho de que el americano se hubiera burlado de Wladimir Sissek con la más sarcástica e insultante de las burlas: su propia muerte.

CAPÍTULO VI

Johnny se inclinó. Los húmedos y rojos labios se le ofrecían tentadores. Los besó. Notó cómo los dedos de la mujer acariciaban su nuca y jugaban con sus cabellos. La estrechó contra sí, embriagado por su tibieza, por su exquisito perfume. Un escalofrío de placer corrió a lo largo de su espina dorsal. Su pulso comenzó a batir con la familiar violencia que era como el compás de lo mejor de la vida.

La música llegaba dulcemente a la terraza, filtrándose entre las frondas de madreSelva. Más allá, la luna arrancaba destellos de plata a las aguas del lago.

La mujer apoyó las manos en el pecho del hombre y se apartó con suavidad de él. Le miró a los ojos.

—Estamos locos, Johnny —susurró.

Johnny sostuvo su mirada. El encanto persistía.

—Si esto es locura —replicó—, me gustaría estar loco siempre. Hertha, mañana salgo para París. Vente conmigo. Es absolutamente preciso que vengas conmigo...

—Con un desconocido —rió ella a media voz—. La condesa Von Goritz se fuga con un desconocido después del baile de la Embajada noruega. Veo los titulares en los periódicos.

—¿Quién es el desconocido? Hemos sido formalmente presentados hace una hora. Yo soy Johnny Rogers, de Nueva York, Estados Unidos de América. Tú eres Hertha Von Goritz, la mujer más bella del baile de la Embajada. Algo nos une: con el tiempo descubriremos que algo nos empuja recíprocamente uno hacia otro. No hemos tenido más remedio que besarnos. El resto es consecuencia natural.

—Yo sí sé lo que nos empuja uno hacia otro.

—¿Qué?

—Tu frescura. —Hertha echó la cabeza hacia atrás y volvió a reír a su manera susurrante—. Bien, Johnny, quizá la loca sea solamente yo, pero no hasta el punto de marcharme mañana contigo a París. Una cosa es una loca, y otra muy diferente una ingenua. Vamos —su cálida y fina mano se introdujo en la de él—. Debemos regresar a la sala. Hans nos echará de menos.

Johnny permaneció inmóvil, dejando que ella tirase inútilmente de su brazo.

—¿Quién es Hans?

—Hans Klamburg. El hombre con quien me casaré el próximo otoño.

—¿Sí?

—¿Te sorprende?

—No. Tiene que haber un obstáculo importante para que te niegues a venir conmigo. He oído hablar de Hans Klamburg y de sus fábricas de colorantes. El obstáculo suma nada menos que sesenta millones de marcos.

La mujer se encogió de hombros.

—Una se cansa un día u otro de ser pobre. ¿Vamos?

Johnny la siguió hacia los grandes ventanales que comunicaban la terraza con el salón. Ella le detuvo antes de llegar, ante una luz. Sacó de su bolso de mano un pañuelo y, sonriendo, lo pasó por los labios de él.

—Hans no es celoso —añadió—, pero no quiero correr riesgos. Ya está —comprobó en un espejito los posibles desperfectos de su maquillaje y retocó rápidamente con un lápiz rojo la línea de su boca—. Borradas las huellas, borrado el delito, ¿no es así, Johnny?

—El día que me pase por la mente que besar a una mujer es un delito —replicó gravemente él—, será que he perdido el sentido de la proporción de las cosas. Este sentido, afortunadamente, lo conservo aún.

Hertha comprendió que la frase no le había gustado.

—Era un modo de hablar —se excusó.

—O una expresión del miedo a echar por la borda sesenta millones.

Volvieron a detenerse bajo el dintel del primer ventanal, con el salón principal del palacio ante sus ojos. Trajes de etiqueta,

condecoraciones, deslumbrantes uniformes en los hombres; auténticos modelos de París en las mujeres. Champaña por doquier. Mármoles, dorados, tapices. Una orquesta que tocaba lenta y sosegadamente.

Hertha dijo:

—He procurado ser sincera contigo, Johnny. Me habría dolido que me tomaras por lo que no soy. Por alguien mejor de lo que soy.

—¿Sincera siempre?

—Incluso cuando he correspondido a tu beso, si es eso lo que piensas.

Él la miró con detenimiento. La recorrió de pies a cabeza con la mirada. Sólo diez generaciones de condes bávaros apasionados por la belleza femenina podían haber producido aquel refinamiento de selección. Hertha Von Goritz era acaso la mujer más bella que viera jamás: una exquisita belleza germana quintaesenciada en París. Sabía ser blanca y rubia, que es una de las cosas más peligrosas, más próximas al pastel de natillas coronado de hilachas de huevo que una mujer moderna puede ser. Ella lo era sin perder una milésima de temperamento, de fuego, de atractivo. Su cuerpo tenía la gracia y la ligereza de un corzo de los bosques del Jura, pero también el punto de humanidad de las alegres matronas de la ribera del Inn. Su cuello y la actitud de su cabeza eran una maravilla. En su rostro se confundían la serenidad clásica de sus puras facciones, la sensualidad que parecía temblar en sus llenos labios y la audacia, la inteligencia y el humor que chisporroteaban en sus azules pupilas.

El blanco vestido de noche, llevado por ella, semejaba el hermoso vestido del mundo.

Johnny suspiró. El batir de su pulso se había apagado.

—A veces —dijo— cometo el error de pensar que lo mejor de la vida es vivirla. Me olvido de que, para otras personas, lo mejor de la vida es venderla.

—Johnny, por favor. No quiero que... —Hertha se interrumpió¹—. Bien, ahí viene Hans. En mi busca.

Un individuo apoplético, de ojos saltones y prominente nariz, que se peinaba de través para disimular su calvicie, se aproximaba apresuradamente a ellos. Su piel herpética y de color violáceo rezumaba sudor.

—¡Hertha, querida! —Cloqueó—. ¿Dónde demonio estabas?

Ella dijo fríamente:

—Éste es el señor Rogers, un periodista norteamericano. Se interesa por nuestra boda. Le presento a mi prometido, señor Rogers.

Johnny saludó con la cabeza.

—Una boda que une la antigua y la moderna Alemania —articuló—. La vieja aristocracia sin industria y la nueva industria sin aristocracia. Estoy seguro de que la noticia apasionará a mis lectores.

—Mucho gusto —replicó Hans—. Mucho gusto. Pase mañana por mi hotel y le daré detalles. Es el Central Palace. Mucho gusto. Vamos, Hertha, querida.

El periodista les vio alejarse con las manos en los bolsillos y una leve mueca en las comisuras de sus labios. Luego echó a andar en dirección al bar, rodeando lentamente la sala.

Pidió un *whisky* doble.

—Ha sido un buen beso —dijo alguien a su lado—. Bueno de verdad.

Se volvió. El hombre que había hablado vestía un *smoking* blanco; era rubio, de mediana estatura, fuerte, curtido por el sol, de ojos grises y firmes mandíbulas, Johnny preguntó con suavidad:

—¿Busca usted que le parta los morros?

El hombre sonrió.

—No lo tome a mal, Rogers. Yo estaba en la terraza. Llevo más de media hora siguiéndole, esperando una ocasión de hablarle a solas. La dama me lo ha impedido. La más deslumbrante de las damas presentes, eso se lo reconozco a usted; y completamente trastornada por su atractivo varonil. Rogers, le felicito.

Johnny bebió calmamente un sorbo de *whisky*.

—No me interesa demasiado, pero ¿quién es usted?

—Suponga que me llamo Collins. Le ruego que termine su *whisky*. Hemos de marcharnos enseguida.

—¿Sí? ¿Lo dice en plural?

Collins se encogió de hombros.

—Márchese solo, si lo prefiere. Pero a la persona que está esperándole no conviene hacerla esperar más.

—Me fastidian los misterios.

—Lo siento, no es culpa mía: también me fastidian a mí. Tengo órdenes concretas de conducirlo a usted al Hotel Beaulieu.

—¿Qué más?

—Nada más.

—¿Sin explicaciones?

—Sin explicaciones.

Johnny continuó bebiendo su *whisky*, pensativo.

—También en otra ocasión me condujeron a un hotel sin explicaciones. El pretexto era una información sensacional. El verdadero motivo era que una vieja histérica demasiado rica...

—Esta vez no hay información sensacional —le interrumpió Collins.

—Pero yo soy un periodista.

—¿Y qué? Ni información sensacional ni vieja histérica, eso puedo anticipárselo. Y otra cosa le anticiparé: le aguarda la mayor sorpresa de su vida.

Johnny apuró el *whisky*.

—Estoy dispuesto a acompañarle.

Collins asintió.

—Sabía que estaría dispuesto. En marcha.

Abandonaron el bar y caminaron hacia el vestíbulo. Johnny había llevado una vida demasiado compleja y agitada, si no para sorprenderle aquel extraño encuentro, por lo menos para mostrarse sorprendido. Después del primer examen, no dedicaba ya a su acompañante la menor atención.

Entraban en el vestíbulo cuando Collins dijo rápidamente:

—No se vuelva.

—¿Por qué?

—La dama anda buscándole... ¡Mil diablos! Bien, no importa. Le ha visto.

Johnny se volvió. Hertha salía en aquel momento del salón, caminando con su inimitable elegancia. Sonreía, pero el periodista descubrió en sus ojos una expresión que no correspondía a su sonrisa.

Collins tuvo la discreción de apartarse unos pasos.

—¿Te marchas, Johnny? —preguntó la mujer.

Él replicó:

—¿Ocurre algo?

—No... Es decir, sí. —Hertha entornó los párpados para velar el húmedo brillo de sus pupilas—. Si continuas pensando que es preciso que te acompañe a París, llámame al hotel después de las dos. Central Palace. Y perdóname, Johnny.

—¿Perdonarte, por qué?

—Por no haberte dicho esto antes. En el momento en que lo he sentido.

Johnny la miró fijamente.

—Hasta las dos hay tiempo de sobra para que reflexiones. Uno puede arrepentirse de las decisiones tomadas en un momento de arrebato.

—Una no puede arrepentirse nunca de vivir.

Hertha giró sobre sus talones y, sin volver la cabeza, regresó al salón.

—Vamos —dijo Collins, hermético—. ¿Tiene aquí su coche?

Johnny contemplaba aún cómo se alejaba la condesa.

—Sí.

—Yo tengo el mío. Tome usted el suyo y reúnase conmigo en el vestíbulo del Beaulieu.

Fue el periodista quien llegó primero al punto señalado, si bien Collins entró pisándole los talones. Sin cambiar palabra, a una señal del segundo, ambos hombres tomaron el ascensor hasta el tercer piso. El Beaulieu era un hotel tranquilo, discretamente lujoso, generalmente frecuentado por turistas ingleses de cierta edad.

Pero el hombre ante quien Johnny sé encontró al franquear el umbral de la *suite* 312, aunque de cierta edad, no era un turista inglés. Su cabello, completamente blanco y muy abundante, enmarcaba un rostro enérgico, de ojos de acero y estrechos labios. Pese a las canas, lo mismo su rostro que su robusto cuerpo se conservaban jóvenes y contribuían a la impresión de vigor, potencia y autoridad que emanaba de su persona.

Johnny frunció el entrecejo. Collins no había mentido al hablar de la mayor sorpresa de su vida. Él conocía a aquel hombre, aunque era el último hombre a quien quince minutos antes hubiera esperado ver; le conocía, y sabía a qué trascendentales actividades estaba dedicado.

Dijo:

—Es usted el general Parker, de la Agencia Central de

Inteligencia.

Y el hombre, en pie junto a una mesa cubierta de papeles, asintió y le invitó a sentarse con un ademán.

CAPÍTULO VII

Collins se había retirado. A solas con el general, Johnny Rogers miraba a éste escrutadoramente, desconcertado por primera vez en mucho tiempo.

—¿Está usted seguro de que es a mí a quien desea ver?

—A John Knox Rogers, corresponsal de la

A. F. P.

y de la revista «Monthly Mercure», de Nueva York. Es usted, si no me equivoco.

—No comprendo. —Johnny sacudió la cabeza—. Empiezo por no comprender qué hace usted aquí, en Ginebra, tan lejos de Washington y de su normal base de operaciones.

—Me ha traído a Europa la gravedad de las circunstancias —dijo fríamente el general—. A Ginebra, el propósito de entrevistarme con usted. Esta misma tarde he conferenciado en París con Harry Dunn, a quien, según creo, conoce usted perfectamente. Ha sido Dunn quien me ha dado su nombre y me ha informado de dónde estaba.

Johnny se echó atrás en su sillón. Súbitamente acudió a su memoria la conversación que, hacía unas semanas, sostuvo con Dunn en los salones del Ministerio de Industria italiano. Fue el mismo día en que los periódicos anunciaron la muerte en Viena de Howard Shelley. Dunn, secretario de Prensa de la Embajada Americana en Roma y jefe de la red de agentes secretos del Mediterráneo occidental, le había amenazado, veladamente, con la muerte, y francamente con la cancelación de su pasaporte.

—¿Va a decirme —inquirió, asombrado— que ha hecho usted expresamente el viaje a Ginebra para darme una reprimenda porque me muestro excesivamente curioso con relación al Servicio Secreto?

—¡Diablo, no! —exclamó secamente el general—. ¡Nada de eso!
¿De dónde ha sacado semejante idea?

—De lo que hablé con Dunn la última vez que le vi.

—Nada de eso, Rogers. He venido... a pedirle un favor.

—¿Qué favor?

El general Parker se puso en pie, enlazó las manos a la espalda y dio unos pasos.

—Durante la guerra —dijo—, cuando los supremos intereses de nuestro país estaban en juego, usted, un joven y brillante periodista, supo en varias ocasiones decisivas sacrificar a la causa común su ambición e incluso su ética profesional. Ha pasado el tiempo. La guerra terminó hace años. Usted ya no es tan joven, aunque sigue siendo brillante. Probablemente se han enfriado sus ideales, se han marchitado sus ilusiones, se ha vuelto más práctico y más cínico. Sin embargo, ¿no es cierto que, si mereciese la pena, volvería a hacer ahora los sacrificios que hizo entonces?

—Por la índole de las misiones que desempeñé durante la guerra, me enteré de cosas que habrían centuplicado la tirada del periódico que las hubiese publicado —asintió Johnny—; pero las callé, y he seguido callándolas. Si el favor que me pide es que conserve secreto lo que sé de sus agentes y del funcionamiento de su red de espionaje, no era necesario que viniese usted de París. ¿Por quién me toma? ¿Por un reportero de baratillo? Nunca diré una palabra, descuide, Y me insulta usted si ere lo contrario.

—No se trata de eso.

—¿De qué, entonces?

El general interrumpió su paseo y se plantó frente al periodista.

—¿Cuánto tiempo ha vivido usted en Viena?

—Hasta el cuarenta y nueve, tres años y medio seguidos. Luego, cortas temporadas.

—¿Estaría dispuesto a volver y desempeñar para mí una misión confidencial?

Johnny contuvo el aliento. Despacio, tomándose margen suficiente para meditar, sacó y encendió un cigarrillo.

En Viena había muerto Howard Shelley. Pero ¡una misión confidencial! ¿Por qué el general habría de encomendársela precisamente a él?

—Debo salir mañana para París —replicó—. La conferencia

extraordinaria de...

—Sus deberes profesionales carecen en este momento de importancia. Eso puede arreglarse.

—Debo salir con una mujer. La más hermosa de mi vida.

—La mujer más hermosa de su vida es siempre la última que usted conoce, lo sé; y también sé que ninguna sigue siéndolo más de una semana.

—Esta vez es distinto.

—¡Rogers, no me responda con pretextos estúpidos! ¡Diga sí o no!

Johnny, repentinamente, se echó a reír.

—Sí, general.

—¿A sabiendas de que nada de lo que usted haga, diga, vea u oiga por mi cuenta en Viena es ni será nunca publicable?

—Sí.

El general Parker respiró profundamente.

—Muy bien. No quiero dorarle la píldora, Rogers. La apelación a usted es, como puede suponer, un recurso desesperado. Una docena de nombres se han barajado en la reunión que esta tarde he celebrado en París con los jefes de mi dispositivo europeo, y por fin nos hemos decidido por el suyo. Conozco de pe a pa sus antecedentes. Estuvimos, como recordará, en contacto indirecto durante la guerra y los años de la inmediata postguerra. No es usted un profesional, no ha recibido la instrucción y el adiestramiento que poseen mis hombres, quizá está desentrenado, ha perdido el hábito de esta clase de trabajos. No importa. En primer lugar, es tan grave el atolladero en que me encuentro que he llegado a creer que una persona ajena al Servicio puede serme más útil que mis propios agentes. En segundo, no tengo disponible a nadie de suficiente categoría para encargarle esta misión: todos mis efectivos para Europa Oriental están ya en la brecha... Cinco de mis mejores colaboradores han caído en ese maldito sector y en el espacio de unos meses. Enviar a un principiante sería un crimen. La envío a usted. Y no niego que es también una especie de crimen.

—¿Ha dicho usted cinco colaboradores? Uno era Howard Shelley, por supuesto; pero ¿ha perdido usted en Viena cuatro hombres más?

El general se dirigió a la mesa, despejó de papeles una porción

de ella y desplegó un mapa.

—No únicamente en Viena... Venga acá, Rogers.

Johnny se le unió, y no pudo impedir que su orgullo se sintiera halagado. El mapa estaba surcado por una trama de líneas rojas interrumpidas por puntos y completadas por otros varios signos: números, flechas, cruces y aspas. Todas aquellas líneas convergían en Viena. De inmediato comprendió el periodista que se hallaba ante un documento supersecreto: ¡la red completa del espionaje norteamericano en Europa Oriental! Parker confiaba en él lo suficiente para mostrársela sin la menor reticencia. Esto era un honor. Pero era también la indicación de que ya a ningún precio podía volverse atrás de la decisión adoptada. No después de haber visto aquello.

El general seguía, con el dedo las líneas rojas.

—Como observará —añadió—, Viena es la encrucijada de nuestras comunicaciones, el punto clave del sistema, la articulación fundamental. Debido a que el telón de acero e

3 un

obstáculo para la normal información diplomática, en su día nos vanos obligados a crearnos un dispositivo propio. Helo aquí. Hasta fecha reciente, nuestros enlaces y conexiones funcionaron de manera satisfactoria. Luego, empero, un adversario no identificado ha comenzado a causar daños considerables en los eslabones de la cadena y, sobre todo, a aniquilar sistemáticamente el eslabón principal. Nuestras comunicaciones han sido interferidas. Ha habido gravísimas filtraciones. Cinco hombres han muerto.

Los atentos oídos de Johnny recogieron a continuación el relato de las cinco catástrofes que había acarreado la muerte o la desaparición de Harry Lamotte en Budapest, Joe Cardiff en Albania y Howard Shelley, Peter Heuss y Paul Dysser, alias Josip Mostar, en Viena. Un relato de silencioso heroísmo, de oscuro cumplimiento del deber, de sufrimientos y penalidades abnegados, que el mando no conocería jamás.

Preguntó:

—¿Usted quiere que yo vaya a Viena y averigüe quién ha descargado esos golpes?

—Su misión tendrá dos partes: primera, identificar al adversario; segunda, eliminarlo.

Con mano firme, Johnny aplastó su cigarrillo en un cenicero.

—Usted no es tonto, general, no es un iluso. Sabe perfectamente con quién ha de verse las caras. Conoce a los hombres. ¿Cree verdaderamente que yo soy el tipo capaz de hacer eso? ¿Cree que tengo alguna probabilidad de triunfar en la empresa?

Parker le miró a los ojos.

—Sé el tipo que realmente es usted por debajo de su capa de frivolidad y despreocupación. Si no creyera lo que me pregunta no estaría ahora hablándole.

El periodista alzó dubitativamente los hombros.

—Bien, es usted quien arriesga más en la jugada: yo no arriesgo sino mi pellejo. Adelante.

—Esto es todo por el momento. Aquí tengo la documentación que más útil puede resultarle. Venga mañana por la mañana, estúdiela a fondo, y usted mismo fijará la fecha de su partida. Cuanto antes mejor, se lo advierto. Conviene que el dispositivo vuelva a funcionar, especialmente en lo que se refiere a Checoslovaquia. Uno de mis hombres opera en los laboratorios secretos de Schemnitz, donde está siendo experimentado un turborreactor que, según parece, revolucionará la técnica actual de fabricación de aviones de transporte y bombardeo pesado.

Johnny titubeó.

—¿Mañana? —repitió, pensativo—. ¿Por qué quiere usted que venga mañana?

—¿Qué le pasa?

—Preferiría empezar ahora mismo.

El general consultó, su reloj.

—¿Tiene alguna razón especial para ello?

—Una muy importante —dijo el periodista. Se notaba algo raro en su voz, pero Parker no pudo determinar qué—. Deseo estar a las dos de la madrugada completamente absorto en mi trabajo. No enterarme de que son las dos. Dejar que el tiempo vuele... hasta que sea demasiado tarde.

—No le comprendo.

—Demasiado tarde para enviarle a usted a paseo, general.

—¡Rogers!

—No me diga que le molesta la franqueza. Enciérreme aquí con los papeles, ordene que me traigan una botella de *whisky* y

desconecte el teléfono. Si el teléfono no puede desconectarse, arránquelo.

—¿Está loco?

Johnny rió sin alegría.

—Por supuesto que lo estoy. De lo contrario, no haría lo que hago por usted.

El general Parker le contempló un instante en silencio. Sus ojos de acero expresaban reprobación, pero concluyó por asentir.

—Como guste. Tendrá lo que pide. Instálese a su sabor. Yo duermo ahí al lado. No importa que me despierte si por algún motivo me necesita...

* * *

A las ocho de la mañana, cuando el general abandonó su dormitorio, el gabinete de la *suite* se hallaba lleno de humo y Johnny Rogers, con los ojos enrojecidos, leía y reflexionaba aún junto a la lámpara que no había apagado en toda la noche. En la botella quedaban apenas tres dedos de *whisky*.

—¿Ha extraído alguna conclusión? —preguntó Parker.

El periodista se desperezó.

—No hay posibilidad de muchas conclusiones. Parece claro que los servicios oficiales de contraespionaje no intervinieron, en Hungría y Albania, en los casos de Lamotte y Cardiff. Tampoco, naturalmente, intervinieron los austríacos en los, de Shelley, Heuss y Dysser. Sin embargo, las circunstancias que rodearon los tres asesinatos de Viena inducen a sospechar que éstos fueron cometidos por gente del país, particularmente el de Shelley. No cabe duda de que la intercepción y destrucción del dispositivo de ustedes, si a alguien interesa es a la Unión Soviética, y de ella proceden indiscutiblemente los golpes. Pero, en mi opinión, los agentes rusos eliminaron solamente a Lamotte y Cardiff; los agentes rusos directamente, quiero decir. Lo ocurrido en Viena, en cambio, da la impresión de ser obra de una organización clandestina inspirada y dirigida por los rusos, aunque compuesta por austríacos o refugiados residentes en Austria. Sería descabellado que un veterano tan bien informado, cauteloso y hábil como Howard Shelley se hubiera dejado sorprender por los rusos. El único

procedimiento para sorprender a un hombre como él es la traición. Contra los traidores no hay cautela ni habilidad que valgan.

—¡Precisamente! —exclamó el general, con calor—. Su opinión coincide punto por punto con la mía. Creo que tendrá éxito si esa idea preside su trabajo.

—Pienso, además, que constituyó un grave error enviar a Peter Heuss en las condiciones en que fue enviado —añadió Johnny—. Como agente colector, o sea como sustituto de Shelley, corría los mismos riesgos que este y estaba, como éste, aprisionado entre los límites de su misión. Forzosamente tenía que terminar como Shelley terminó, salvo que descubriera a tiempo a sus asesinos, cosa absurda, en la que el gran Shelley había ya fracasado. Admito que sea urgente restablecer los enlaces, pero, si quiere que yo triunfe en Viena, olvídense momentáneamente de esos enlaces y permita que me dedique concreta y abiertamente a la investigación. La hora de los enlaces vendrá luego.

—¿Dedicarse a la investigación abiertamente, Rogers?

—Eso he dicho, y eso debiera haberse hecho. Las autoridades austríacas presentaron la muerte de Shelley como un suicidio. Ustedes examinaron el cadáver, descubrieron que se trataba de un asesinato, y se limitaron a enviar una nota de protesta. Increíble. ¿Por qué no enviaron también un investigador? ¿Para qué sirve, por ejemplo, el

F. B. I.?

La notoriedad de Shelley como escritor lo hubiera justificado plenamente. Y ahora, pese al tiempo transcurrido, justificará que yo, Johnny Rogers, popular periodista y colega de Shelley. —Johnny apuntó acusadoramente con el dedo al pecho del general—, me presente en Viena para remover el asunto y fastidiar a los funcionarios que con tan acomodaticios escrúpulos le han dado carpetazo.

—¿Debo entender que se propone usted investigar abiertamente? —insistió, pensativo, el general.

—Usted padece deformación profesional —replicó el periodista—: la obsesión de la clandestinidad y el misterio. Austria es un país amigo y civilizado, ¿no? ¿Quién me impide realizar las oportunas pesquisas periodísticas para esclarecer la muerte de un famoso escritor? El mundo entero sabe que Johnny Rogers es un

impertinente, un entrometido, un fresco y un pelmazo. Los vieneses, que me han tenido entre ellos varios años, lo saben especialmente bien. ¿Por qué diantre se les va a ocurrir relacionarme con el Servicio Secreto mientras no me comporte de manera distinta de la acostumbrada en mí?

Los ojos del general Parker chispeaban ahora de satisfacción.

—Decididamente, Dunn se ha hecho acreedor a una gratificación especial por haberle recomendado. Tiene usted ideas. ¿Cuándo quiere emprender la marcha?

—¿Cuándo sale el primer avión?

—¿Por qué tanta prisa?

—¡Por la misma razón que me hizo anoche pedirle que desconectara el teléfono!

—No partirá usted antes de esta tarde —dijo el general, sonriendo—. Pero estará muy ocupado hasta entonces, no se preocupe. Las instrucciones que he de darle apenas nos dejarán tiempo ni para almorzar.

Johnny pensó vagamente en que las cosas habían cambiado mucho desde que Harry Dunn le prohibió en Roma poner los pies en Viena. Y mucho, muchísimo, desde que besó bajo la fronda de una madreselva los labios asombrosos de Hertha Von Goritz.

Pensar en aquellos labios le produjo una honda punzada de dolor. Pero se le calmó enseguida con un trago de *whisky*. Sabía hacía años que, a fin de cuentas, la vida era esto.

CAPÍTULO VIII

Un automóvil de la Embajada aguardaba a Johnny en el aeropuerto. Lo conducía un hombre joven, vigoroso y de aspecto eficiente, que dijo llamarse Tommy Fowler y desempeñar la secretaría de Asuntos Civiles. Habiendo leído el atestado del caso Shelley, el periodista sabía a qué atenerse respecto a 61.

—He recibido orden de ponerme a su disposición para cualquier cosa y en cualquier momento que usted me necesite —dijo Fowler, mirándole de reojo, mientras conducía en dirección al centro de la ciudad—. Naturalmente, también me han informado del motivo de su presencia en Viena. Puede usted llamarme a la Embajada. Si no estoy, allí le indicarán siempre dónde encontrarme. Me considero en servicio permanente a partir de ahora.

—Gracias. Conste, empero, que el motivo de mi presencia en Viena no es un secreto para nadie. Pienso ventilarlo lo más posible.

—¿Desea que le eche una mano para empezar?

—Prefiero relacionarme lo menos posible con la Embajada. No es mi sistema. Por otra parte, tengo en Viena viejos e influyentes amigos.

—Okey —asintió Fowler.

Detuvo el coche a la puerta del Hotel Nacional, donde Johnny había reservado telegráficamente habitación. Mientras el mozo se hacía cargo del equipaje, él entregó al periodista un paquete muy pesado en proporción a su tamaño.

—Las instrucciones que he recibido me ordenaban también poner esto en sus manos. Espero que le sirva.

—Gracias —repitió Johnny—. Gracias por todo.

Se despidió del atento funcionario, entró en el hotel detrás del mozo, firmó el registro y subió a su habitación. Era una buena

habitación del primer piso, de amplias dimensiones, confortablemente amueblada. Tenía un bello balcón sobre el jardín trasero del hotel, desde el cual se gozaba de una vista de la ciudad que alcanzaba hasta el Danubio; cuarto de baño propio, aire acondicionado y teléfono particular. El general Parker había dicho que no reparase en gastos, pero Johnny no reparaba en ellos nunca, aunque no se lo dijeran.

Abrió su maleta, colocó sus efectos en el armario, tomó una ducha y se mudó de traje. A continuación deshizo el paquete que le entregara Fowler. Contenía un revólver y una pistola automática, ambos nuevos; aquel de acero pavonado, calibre 38, y la segunda una primorosa arma de fabricación belga, calibre

9 mm,

cachas de madreperla, capaz para trece disparos. Johnny los examinó los dos con atención, casi con mimo. Parker le había hablado de aquellas armas, cuya principal particularidad consistía en que poseían un doble dispositivo de seguro. Sabía perfectamente por qué lo poseían y lo que había que hacer con él.

Luego se echó la pistola al bolsillo, descendió a la calle y se marchó a cenar al que en otro tiempo fue su restaurante preferido. Le satisfizo comprobar que todo en Viena estaba, no igual, sino mejor. La luz y la alegría habían aumentado, así como los signos externos de riqueza, comodidad y bienestar. El restaurante había sido restaurado y amueblado de nuevo desde la última vez que lo visitó.

Tomó un taxi después de la cena.

—Calle Magden, hacia el matadero —dijo al conductor—. Le avisaré cuando deba parar. Un poco más allá de la plaza de Halle.

Se recostó en el asiento, encendió un cigarrillo y distrajo sus ojos en la contemplación de las familiares perspectivas de la ciudad, sus esquinas inconfundibles, la silueta de sus tejados alzándose en la noche, las fachadas patinadas de gris por la humedad del Danubio.

El taxi se adentró en los arrabales populares, hasta que Johnny indicó al conductor que hiciera alto. Estaban en una manzana de modestas casitas de dos plantas, viejas y un tanto lúgubres.

El periodista comprobó el número que llevaba anotado en un fragmento de papel, rompió el papel y llamó a la planta baja de una de las casas.

Le abrió un muchacho como de dieciocho años que llevaba, en la boca un mondadientes. No parecía muy despierto.

—¿La señora Bluber?

El muchacho examinó a Johnny hurgándose con el mondadientes las muelas.

—Es mi madre. ¿Qué quiere usted?

—Soy un antiguo compañero del señor Shelley. Ella estuvo a su servicio... Necesito hablarle.

—¡Madre! —gritó el chico, con voz estentórea—. ¡Aquí hay un americano amigo del señor Shelley que quiere hablarte!

Se oyó ruido de platos y apareció una mujer restregándose las manos en un delantal. Era obesa, llevaba el pelo teñido de rubio para disimular las canas y no semejaba mucho más despierta que su hijo. Se azoró ante Johnny.

—¿Un... amigo del señor Shelley?

—Me llamo Rogers, señora. Acabo de llegar a Viena.

—Pase, por favor. Tendrá que disculpar... Terminábamos de cenar, y usted comprende...

Johnny se encontró en un humilde y destartalado comedor. La mesa estaba puesta todavía. Había un periódico deportivo junto al que debía ser el plato del muchacho, y un semanario de sucesos junto al de la mujer.

Ella le invitó a sentarse y se instaló rígidamente al borde de una silla, con las manos en el regazo. Su hijo se sentó a horcajadas en otra y miró al periodista como si pretendiera hipnotizarle.

—¿Tiene usted inconveniente en hablarme del señor Shelley? —dijo Johnny, con tono tranquilizador—. Me interesa todo cuanto se relacione con él: sus amistades, sus costumbres, cualquier detalle, aunque sea vulgar, que usted recuerde de su vida.

La señora Bluber puso una cara como si le planteasen un problema de matemáticas superiores. Comenzó por afirmar que no sabía nada de Howard Shelley; que él apenas paraba nunca en casa, que raras veces le veía, que ella se limitaba a acudir a primera hora de la tarde, hacer la limpieza del día y volver a marcharse dejándole preparado el té.

Pero Johnny estaba acostumbrado obtener informes de personas mucho más obtusas, y en ocasiones mucho más reacias que aquella mujer. Con paciencia y delicadeza transformó el interrogatorio en

simple conversación. La señora Bluber adquirió confianza. Rió una broma del periodista, y su hijo coreó su risa con una carcajada que hizo temblar las paredes. Johnny tenía muy en cuenta que ella era lectora de semanarios de sucesos y protagonista indirecta de un suceso. No resultaba difícil hallar un camino morboso que halagase su vanidad.

Sin embargo, era cierto que sabía de su expatrón muy pocas cosas. Shelley solía estar ausente. ¿Ella tenía llave de la casa? Sí, la tenía, y la entregó a la policía cuando ésta la interrogó. Howard Shelley no recibía visitas por la tarde, no guardaba documentos que ella pudiera curiosear. Baba poco trabajo. ¿Amigos? La señora Bluber no conocía a ninguno de sus amigos. Nunca había sorprendido en la casa la presencia de un intruso ni advertido nada fuera de lo normal; no, ni en vísperas de la muerte de Shelley.

—¿Mujeres? —preguntó Johnny.

—¡Oh, él era muy discreto en cuestión de mujeres! Pero yo sé — la señora Bluber guiñó un ojo — que sus asuntos con cierta señorita marchaban la mar de bien... Ella había estado en el piso varias veces, aunque nunca la vi. ¿Comprende, señor? Con alguna frecuencia encontraba platos sucios, botellas de champaña, cigarrillos..., señales de rojo de labios... El señor Shelley la invitaba a cenar. Me tuvo preocupada, puesto que, si usted le conoció, sabrá que no parecía un hombre así, dado a devaneos y aventuras, uno de esos que corren detrás de las faldas. Tenía que ser una cosa seria, me dije. Más adelante, por casualidad, le oí hablar con ella por teléfono. En dos ocasiones... Desgraciadamente, señor, hablaban en inglés. Tengo el oído acostumbrado al inglés, porque he servido casi siempre a extranjeros, sobre todo en tiempo de la ocupación, pero apenas entiendo una palabra.

—¿Cómo sabe, entonces, que hablaba con esa señorita?

—Por el tono..., la manera de hablar... Un hombre habla por teléfono con una mujer de manera distinta que con otro hombre, y muy distinta si hay algo entre él y la mujer. No sé si me explico...

—Se explica usted perfectamente, señora Bluber —el atestado del caso Shelley, recordó Johnny con interés, no mencionaba que hubiese una mujer en la vida del agente—. La felicito por sus dotes de observación. ¿Contó usted eso a la policía?

—No, señor. Nadie me lo preguntó.

—¿Recuerda algo más relacionado con la señorita? ¿Llegó a verla?

—No llegué a verla. Pero me pareció que el señor Shelley la llamaba Rita. Estoy casi segura de que su nombre era Rita, o a mí me sonó como Rita.

—Y salvo el nombre, ¿no entendió nada de las conversaciones telefónicas?

—Nada. Es decir... Oh, naturalmente, entendí el nombre del lugar donde supongo yo que quedarían citados. ¿Eso le interesa?

—¿Por qué no?

—Bien, pues fue el Glockner. ¿Lo conoce?

—No.

—Es un restaurante pequeño, un sitio caro. Está en la calle de Leoben, muy cerca de donde el señor Shelley vivía. Por cierto que una vez le vi salir de allí.

—¿Solo?

—Sí, solo.

—¿Era en ese restaurante dónde acostumbraba comer?

—No lo sé, señor, pero es posible.

La conversación prosiguió, en términos cada vez más amistosos. Duró todavía veinte minutos. Johnny fue invitado a beber un vaso de vino y tuvo nuevamente ocasión de escuchar las carcajadas del joven Bluber. No recogió, empero, otro dato que mereciese su atención. En cambio, a medida que progresó su conocimiento de la mujer y se percató de lo fantasiosa y arbitraria que era en sus juicios, de cuán inclinada se sentía a forjar tramas novelescas y a rodear de consecuencias sentimentales los más áridos sucesos, comenzó a dudar de que fuera cierta la historia de la «señorita» a quien Shelley recibía en su casa. Las referencias a ella resultaban demasiado vagas. De una mujer que no conocía el inglés no podía esperarse que hubiera identificado un nombre pronunciado en este idioma. En cuanto a la mención del Restaurante Glockner, podía ser pura invención, sugerida por el hecho de haber visto a Shelley salir de allí. ¿Qué pruebas había de que las «señoritas» invitadas a cenar por el agente fueron una sola y no varias? En tanto no hallaran confirmación por otros conductos más fidedignos, la existencia de Rita y la cita en el Glockner estaban totalmente en el aire.

Johnny se despidió de los Bluber, madre e hijo. Con una mueca

de complicidad deslizó un billete en la torpe mano del muchacho, y murmuró:

—Hazle a tu madre un buen obsequio, que lo merece, y cómprate tú lo que más te guste.

Por un instante temió que el chico fuera a abrazarle. Luego se libró de él y buscó refugio en el taxi que le aguardaba arrimado a la acera.

Durante el viaje de regreso al centro recapacitó acerca de la larga y deshilvanada conversación que acababa de sostener. De ser cierta la romántica hipótesis de la señora Bluber alusiva a Rita, su importancia era evidente. Ninguna mujer figuraba en la colección de informes que el general Parker le había dado a examinar. Ninguna había demostrado el menor interés por Shelley muerto. Si había realmente una mujer, ¿por qué permaneció eh el incógnito en tan críticas circunstancias? ¿Por qué ni siquiera le envió a Shelley unas flores?

¡Una de dos: o tal mujer era una fantasía, lo tenía motivos muy poderoso para guardar secreta su relación con un agente norteamericano!

El taxi se detuvo en la calle Leoben, frente al Restaurante Glockner, que estaba todavía abierto, con un par de coches estacionados a la puerta. Johnny pagó al taxista, añadió una propina considerable y entró en el local.

Era un establecimiento ultramoderno, completamente nuevo, decorado a la manera italiana, con una bella combinación de tonos azules y grises. Primero se encontraba el bar, y una media puerta batiente daba paso al comedor. Johnny se sorprendió de las reducidas dimensiones de éste. El ambiente era de absoluta intimidad. Había pocas mesas, tres de ellas ocupadas por gente que se hallaba ya al final de la cena. Gente rica. El dinero, el lujo, el capricho, se respiraban con el aire acondicionado.

El periodista ocupó una mesa junto a la pared. Observó inmediatamente que no eran hombres, sino mujeres quienes atendían al servicio. Había tres camareras. Por supuesto, cuidadosamente seleccionadas: a cual más bonita, con un aire, una soltura, una figura y una distinción que delataban larga y cuidadosa preparación en una escuela de modelos. Una de ellas se acercó a Johnny y le ofreció la carta con una deliciosa sonrisa.

Johnny, que ya había cenado, rechazó la carta con un ademán.

—No quiero más que champaña, y unos canapés para no beberlo a palo seco. ¿Es posible complacerme?

—Naturalmente, señor. Le traeré la carta de vinos.

La señora Bluber había calificado el Glockner de «sitio caro», y Johnny comprobó que no se trataba de una apreciación de mujer pobre al echar una mirada a la carta de vinos. Nunca había visto en Viena precios como aquéllos, a pesar de lo cual pidió sin pestañear el más costoso de los «bruts» franceses.

Había vaciado la mitad de la botella, y no quedaba, aparte la suya, más que una mesa ocupada, cuando volvió a llamar a la camarera con un signo.

—¿Podría usted procurarme un periódico de la noche? Empiezo a aburrirme...

—¿Espera usted a alguien?

—No, por desgracia. He entrado aquí porque me ha parecido... un refugio acogedor. Estoy solo en Viena.

Algo en los picarescos ojos de la muchacha reveló a Johnny que no era ni mucho menos la primera vez que encontraba a un cliente «sólo en Viena».

—Pues tenemos excelentes guías a disposición de los turistas extranjeros, señor. ¿O acaso conoce usted ya la ciudad? Habla alemán perfectamente...

—Detesto el turismo organizado. ¿Qué diría usted si le preguntase a qué hora termina su turno de servicio?

La sonrisa de la muchacha no sufrió el menor cambio.

—Diría que hoy prácticamente, no termina. Un amigo me aguardará a la puerta cuando salga.

Johnny enarcó las cejas.

—¿Hoy?

—Sí, hoy.

—¿Y a qué hora se inicia su turno mañana?

—A las cinco de la tarde.

—Eso representa tiempo más que suficiente para tomar un aperitivo, almorzar y ver lo que haya en Viena más digno de verse. ¿Puedo invitarla?

La camarera se encogió tranquilamente de hombros.

—¿Por qué no?

—¿A las once en el bar del Hotel Nacional?

—Muy bien, a las once.

Johnny hizo una mueca cuando ella se alejó. Demasiado fácil. La lista de invitaciones semejantes que aquella muchacha habría aceptado debía de formar un volumen tan grueso como la guía telefónica.

Pero no era la muchacha en sí quien le interesaba. Creía conocer bastante bien el carácter de Howard Shelley: un sibarita que adoraba el lujo, la selección y las gamas de colores suaves. Existiendo cerca de su domicilio un lugar como el Glockner hubiera jurado que Shelley no hacía sus comidas en otra parte. Y si era así quedaría cubierta una zona de su vida que todavía estaba en blanco; una zona a la que quizá pertenecía Rita, siempre que Rita no fuera una invención de la señora Bluber.

CAPÍTULO IX

A las nueve y media de la mañana se abrió para Johnny Rogers la puerta del despacho del inspector jefe Schultz. El corpulento y rubicundo policía estaba en pie frente a su mesa.

—Mi respetado amigo el señor Hoffan, del Ministerio del Interior —dijo—, acaba de telefonarme recomendándome encarecidamente que le atienda a usted en cuanto me sea posible. Bien, señor Rogers, ¿qué puedo hacer en obsequio de una persona que dispone de tan excelentes, por no decir poderosos valedores?

Johnny comprendió instantáneamente que la recomendación había molestado a su interlocutor. Una mirada le bastó para calibrar la soberbia que anidaba en su pecho.

—Hoffan me debe importantes favores, en efecto —replicó descuidadamente—. Supongo que le habrá informado de quién soy y a quién represento. Trabajo para la A. F. P.,

una agencia internacional de la que dependen ciento cuarenta y dos periódicos de un total de trece países. Mi entrañable amigo y colega Howard Shelley, uno de los más agudos talentos literarios de América, fue aquí víctima de un vergonzoso asesinato. El suceso me afecta personalmente y como elemento de una importantísima corriente de opinión pública mundial. Dado que, en el tiempo transcurrido, la muerte de Shelley no ha recibido de las autoridades vienesas la menor luz, he decidido emprender por mi cuenta una investigación. Para ella, inspector, espero su concurso.

Johnny había impreso a sus frases un tono deliberadamente fanfarrón, casi ofensivo. Vio la cólera bullir en el fondo de las azules pupilas de Schultz, y se preguntó por qué aquel hombre le inspiraría instintiva antipatía, sentimiento que era, a buen seguro,

recíproco.

En silencio, el policía contorneó su mesa, tomó asiento, se recostó en el respaldo y fijó en su visitante la mirada.

—¿Qué entiende usted exactamente por «una investigación», señor Rogers? —preguntó con fría amabilidad.

—¿Recibió usted, en el momento oportuno, una nota de protesta de la Embajada de mi país?

—Ciertamente.

—El texto de dicha nota, pues, le enteraría de que sus conclusiones respecto al caso Shelley no valen absolutamente nada. Howard Shelley no ingirió medicamentos somníferos en dosis excesiva. Fue asesinado por un especialista en ji-jitsu.

Una pálida sonrisa se deslizó por los labios de Schultz. Su mano se movió desdeñosamente.

—Señor Rogers, sus palabras no hacen justicia a la policía vienesa, ni mucho menos a mi conciencia profesional.

—No las dirijo contra nadie —respondió Johnny, desmintiéndose adrede con la expresión—. Me limito a exponer hechos... Busco a un asesino, inspector. Si a usted o a quien sea le conviene camuflar un asesinato en suicidio, es asunto suyo. Pero yo tengo detrás de mí a la indignada Opinión americana, a la de casi la totalidad del mundo civilizado, y asumo el deber de reivindicar la memoria de mi compatriota y perseguir al culpable de su muerte como un imperativo de conciencia. Con la colaboración de usted si es posible, o sin ella si es necesario, no descansaré hasta dilucidar la verdad oculta en esa tenebrosa historia.

En el nuevo silencio, más tenso que el anterior, los dos hombres se estudiaron con sorda hostilidad. Schultz, bajo su apariencia impasible, se hallaba vagamente turbado. El periodista a quien tenía delante era una personalidad internacional de primera importancia, por supuesto. Durante años, millones de lectores de todo el mundo habían visto su firma al pie de documentados reportajes y audaces artículos sobre los más apasionantes temas de la actualidad. Poseía influencia suficiente para que un personaje como Fritz Hoffman, situado en las altas esferas del Ministerio, se molestase en telefonar al jefe de la Brigada Criminal a primera hora de la mañana. La fuerza de la opinión que le respaldaba era enorme.

Y sin embargo, no era esto lo que preocupaba al inspector. En

aquel momento hubiera dado cualquier cosa por saber si, aparte su personalidad evidente, no poseía Johnny Rogers otra personalidad secreta; si emprendía su investigación en calidad de periodista o en calidad de algo más; si ignoraba lo más trascendental del caso Shelley, lo que hasta entonces no había sido mencionado; ¡que Howard Shelley era en realidad un superagente del Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos!

Schultz recordó por un momento que era él, él mismo, quien con sus propias manos había dado muerte a Shelley. Aquel engorroso fanfarrón buscaba a un asesino, y ni remotamente sospechaba que lo tenía delante...

Esta idea, que súbitamente le presentó la situación por el lado grotesco, le devolvió la serenidad.

—¿De qué manera puedo ayudarle, señor Rogers? —preguntó con irónica dulzura.

Aunque muy lejos de adivinar los pensamientos de su interlocutor, Johnny percibía que un elemento insólito flotaba en la atmósfera.

—Puede ayudarme —replicó— haciendo, simplemente, el trabajo que a la muerte de Shelley hubiera debido hacerse.

—Por lo que respecta a la Brigada Criminal, el caso está archivado.

—¿Me permitirá por lo menos consultar el archivo?

—No hay inconveniente, mientras lo consulte aquí. Me está vedado confiar documentos oficiales a personas ajenas.

—Lógico.

—Permítame un instante, entonces.

Schultz se levantó y abandonó el despacho. Johnny quedó solo, con los ojos fijos en la puerta, meditabundo.

En su camino hacia los archivos, el inspector se detuvo en el primero de los despachos de sus subordinados que encontró vacío. Descolgó el teléfono e hizo girar el disco rápidamente.

—¿Willie? —preguntó a media voz.

—Sí, al habla.

—Aquí Schultz. ¿Estás libre? ¿Ahora mismo?

—Si.

—Tengo en mi despacho a un periodista americano apellidado Rogers. Es alto, gallardo, rostro anguloso, cabello castaño, canas en

las sienes, vestido de gris. ¿Quieres ocuparte de él?

—Naturalmente. ¿De qué se trata?

—De seguirle hasta su residencia, asegurándote de que es su residencia. Transmite el informe al profesor Sissek. Y dile a Sissek que le veré esta tarde.

—Comprendido.

—El americano no saldrá de aquí antes de diez minutos — concluyó Schultz.

Momentos después colocaba ante Johnny la carpeta del caso Shelley. El periodista estudió calmadamente, con pacienzuda minuciosidad, cada uno de los documentos contenidos entre las cubiertas de cartón. Finalmente cerró el atestado, alzó la mirada al rostro del policía y declaró sin titubear:

—Con pesquisas como ésta, inspector, no haría usted en los Estados Unidos una carrera lo que se dice brillante.

—No tengo el menor empeño en hacer carrera en los Estados Unidos.

—Afortunadamente para usted. Y lo que me sorprende es que la haya hecho aquí. Los informes que yo poseía sobre la eficiencia de la policía vienesa eran excelentes, y siento profunda admiración por los colegas de usted que he conocido y tratado hasta ahora.

Schultz pareció a punto de replicar violentamente. Logró contenerse, sin embargo.

—¿Qué reprocha usted a mi pesquisa, señor Rogers?

Johnny se levantó.

—Si usted no lo sabe, no soy yo quien ha de explicárselo. Si lo sabe, sería una pérdida de tiempo para los dos. Volveré a visitarle, inspector, cuando mi investigación se encuentre más adelantada.

—Le recibiré con mucho gusto —aseguró el policía.

Fuera, en la calle, el aire de la mañana comenzaba a acusar el calor solar. Johnny detuvo un taxi y le dio las señas del hotel.

Algo ocurrió. Lo vio por el rabillo del ojo, y acaso en otro momento no le hubiera concedido importancia; pero sus nervios se hallaban excitados por la tensión que habían soportado durante la entrevista con el jefe de la Brigada Criminal y respondieron con mayor vigor al incentivo de la imagen captada. Esta imagen fue la de un hombre que echaba a correr, se metía en un coche azul y partía en seguimiento del taxi.

El periodista frunció el entrecejo.

—Tuerza a la derecha por la primera bocacalle —ordenó al conductor.

Éste obedeció, y el coche azul siguió detrás. Continuaba detrás después de haber Johnny ordenado tres veces la repetición de la maniobra. La situación era clara.

Un trecho más allá, el periodista hizo parar el taxi, pagó y lo despidió. Tenía delante una tabaquería. Entró en ella, y a través del cristal de la puerta vio al coche azul detenerse a corta distancia. Compró un paquete de cigarrillos y volvió a salir. Fingiendo mirar hacia otro lado, el hombre que le había seguido aguardaba sentado al volante.

Johnny, a partir de entonces, hizo el camino a pie. El hombre tuvo que abandonar su vehículo. Conocía bastante bien la técnica de convertirse en «sombra», pero no la dominaba, y el periodista estaba sobre aviso, de modo que sus maniobras resultaron hasta cierto punto torpes. Finalmente, seguido y seguidor llegaron al Hotel Nacional uno en pos de otro.

Mientras atravesaba el vestíbulo, pedía la llave de su habitación y ascendía los primeros peldaños, Johnny no volvió la cabeza ni una sola vez. Pero luego giró sobre sus talones, regresó y se encaminó al puesto de librería del hotel. Disimuló aparentando elegir una revista. El hombre del coche azul —un individuo de aspecto enfermizo, cargado de espaldas, que llevaba el sombrero echado hacia la nuca— estaba hablando con el empleado del mostrador de recepción. No le había visto. No se había dado cuenta de su regreso.

El hombre debió de averiguar lo que deseaba, pues agradeció la información con una pálida sonrisa y se retiró.

Johnny emprendió inmediatamente la contramaniobra. Salió detrás del desconocido, y no tuvo en seguirle la menor dificultad. El hombre no desconfiaba, se hallaba totalmente en las nubes. Pero, aunque hubiese desconfiado, el periodista no se hubiera dejado sorprender. En tiempos pasados, cuando él no era aún una primera figura en su oficio y las circunstancias mundiales eran mucho menos cómodas, había adquirido en actividades de aquella índole larga práctica.

A los pocos minutos, el hombre entró en un bar. Johnny,

ardiendo de curiosidad, vio que utilizaba el teléfono público. Pese a sus deseos, empero, le fue imposible acercarse y escuchar la conversación. No pudo siquiera adivinarla por el movimiento de los labios, pues el riesgo de que su vigilado le descubriese era demasiado grande.

El hombre abandonó el bar. Momentos después había alcanzado el punto donde dejó su coche, se instalaba en éste y lo ponía en marcha.

Johnny miró en torno buscando un taxi. No lo había. Transcurrieron unos segundos preciosos. Furioso, presenció cómo el coche azul se alejaba y desaparecía. Cuando al fin encontró el taxi, ya para nada le podía servir: del coche no quedaba ni rastro.

El periodista regresó cabizbajo al hotel. ¿De dónde había surgido aquel hombre y quién lo envió en su seguimiento? ¿Le seguía ya cuando abandonó su hotel aquella mañana, o iniciaba su trabajo en el momento en que él le descubrió, frente a la Jefatura de Policía?

Se inclinaba a suponer esto último. Resultaba descabellada la suposición de que, a las pocas horas de hallarse en Viena, sus emboscados enemigos, los asesinos de Shelley, vigilaran sus movimientos con tanta atención. El hombre del coche azul, aparentemente, se había limitado a comprobar su identidad en el Hotel Nacional y asegurarse de que se hospedaba allí. Por todo ello, Johnny suponía que solamente una persona pudo haberle enviado: Schultz.

Pero el hombre no era un agente de policía. Primero, porque no tenía la facha característica; segundo, porque, caso de serlo, existían noventa y nueve probabilidades sobre cien de que para seguirle hubiese utilizado, bien un vehículo oficial, bien un taxi, y el coche azul no era ninguna de las dos cosas; tercero, porque hubiera mostrado su placa o credencial al empleado del hotel; cuarto, porque ningún policía practicaba el arte de seguir en la calle a otro hombre de manera tan burda.

¿Schultz? ¿Qué motivo tenía Schultz para hacerle vigilar? Y si se trataba de él, ¿por qué no encomendó a un auténtico policía la tarea?

Johnny no encontró respuesta lógica a estas preguntas.

CAPÍTULO X

La joven entró en el bar con menos de cinco minutos de retraso. Era evidentemente, no ya una camarera sensacional, sino una mujer sensacional. Avanzó taconeando con alegre aire al encuentro de Johnny, y todos los hombres que estaban presentes, sin excepción, la siguieron con la mirada. Su ligero vestido había sido fabricado por alguien ducho en la materia, y ella lo llevaba exactamente como debía llevarse. Johnny tuvo de nuevo la impresión de que la muchacha había pasado, y no en vano, por una escuela de modelos. Él conocía muy bien este asunto.

Preguntó:

—¿Empezamos por confesarnos nuestros nombres? ¿O le parece prematuro aún?

—Me arriesgo —asintió ella—. Mi nombre es Inge Greber.

—Y el mío Johnny Rogers. Segundo episodio: ¿tomamos una copa?

La tomaron.

Inge estaba de excelente humor, irradiaba simpatía, chisporroteaban continuamente sus ojos azules. Johnny pensó por un instante en otros ojos azules que había dejado en Ginebra, pero el recuerdo no disminuyó la satisfacción que comenzaba a sentir.

La muchacha se mostró muy habladora. A las once y media abandonaron el bar del hotel, efectuaron un corto recorrido por la ciudad, y Johnny aceptó de buen grado que ella asumiera el papel de cicerone y le explicase cosas que de sobra sabía acerca de unos cuantos monumentos y edificios públicos. Luego almorzaron en un restaurante al aire libre. Johnny continuó prestando cortés atención a lo que Inge le decía de la catedral de San Esteban, de su antigua campana de

kilos de peso y de cómo la campana fue fundida con el bronce de 180 cañones turcos; de las famosas catacumbas; del castillo de Schweitzergarten y de lo que ocurrió durante la guerra con los riquísimos objetos de oro, plata, marfil y ámbar que encerraba; de las estatuas de José II, del príncipe Eugenio de Saboya y del archiduque Carlos; del barrio de Der Graben, que hasta el siglo XII fue un gran sepulcro; del templo votivo que el emperador Maximiliano de México fundó en la plaza de su nombre, y de una docena de temas semejantes.

Terminado el almuerzo, dieron un agradable paseo por el Prater, que se hallaba en la plenitud de su floración primaveral. La muchacha parecía conocer al dedillo sus obligaciones como guía. Estrictamente como guía. Johnny comenzó a arrepentirse de haberse embarcado en aquella morigerada e instructiva aventura.

Sólo cuando abandonaban ya el parque logró encauzar la conversación de manera que Inge hablase un poco de sí misma. Así supo que había nacido en Innsbruck, en el Tirol, que había querido dedicarse al cine y que, efectivamente, asistió a una escuela de modelos. Llevaba año y pico trabajando en el Glockner, o sea desde la apertura del restaurante. Afirmó que el empleo era mucho mejor que el que anteriormente desempeñara como maniquí en una casa de modas: buen sueldo, estupendas propinas y abundantes ocasiones de divertirse. Johnny pensó que ella tenía de la diversión, a juzgar por las horas que llevaba a su lado, una idea semejante a la que solían tener las colegialas. Toda la satisfacción que experimentó al verla aparecer en el bar se había ya esfumado. Uno podía llegar a fastidiarse de un rostro encantador y una figura seductora, un vestido insinuante y unas maneras gentiles si no encerraban más que alegres discursos acerca de cómo en el incendio del histórico Rinsteater murieron 400 personas o con qué largueza fundó en su solar un asilo el emperador Francisco José.

Pero, en esto, la muchacha preguntó:

—¿Se quedará usted mucho tiempo en Viena, Johnny?

Johnny respiró hondo.

—No, por desgracia —y se lanzó bruscamente al ataque—: He venido solamente para hacerme cargo de los asuntos de un compatriota, colega y antiguo compañero mío que falleció aquí

hace unas semanas. Se suicidó, según dicen.

El resultado que obtuvo le sorprendió:

—¿El señor Shelley? —preguntó enseguida Inge.

—¿Lo leyó en los periódicos?

—¡Oh, no! Es decir, sí, lo leí. Pero le conocía, además. ¡Un hombre tan interesante! Comía casi cada día en el Glockner. Vivía cerca... Me dolió mucho su muerte. Mucho. En el Glockner le echamos de menos.

Johnny asintió. No vaciló en mentir:

—Vivía muy cerca, en efecto. Fue después de haber visitado anoche su casa cuando vi el restaurante y se me ocurrió entrar.

La muchacha inquirió:

—¿Es cierto que se suicidó por amor? Francamente...

—¿Qué?

—Oh, no sé, me parece ridículo en un hombre de mundo como él. Hubiera sido una chiquillada. Estas cosas ya no se estilan, y menos entre personas como el señor Shelley.

—¿Quién ha dicho que se suicidó por amor? —Era la primera vez que Johnny escuchaba semejante suposición—. ¿Los periódicos?

—No, los periódicos no dijeron nada. Pero se rumoreaba en el Glockner. Mis compañeras... Y luego, ella dejó repentinamente de venir. No ha vuelto.

—¿Quién?

—La señorita Dayton.

—No conozco a ninguna señorita Dayton.

—¿No, de veras? Pues comían casi siempre juntos, y se veía que había algo entre los dos, ¡vaya si se veía! Ahí está el caso, ¿comprende? Él estaba enamorado de ella, ella lo estaba también de él. Dicen, sin embargo, que es una mujer casada. En América. Y muy decente. El señor Shelley, que la amaba locamente, quiso hacerla su esposa, y como el marido de América se negó rotundamente a conceder el divorcio, pues de ahí vinieron todos los males.

Johnny se preguntó atónito de dónde habría salido aquel fantástico folletín. De la mente y las habladurías de las camareras del restaurante, sin duda. Pero había en la historia un elemento de fundamental importancia, y era la relación de Shelley con una mujer. La señora Bluber no se había equivocado.

—Esa señorita o señora Dayton, ¿se llama Rita por casualidad?

—Sí, Rita Dayton. O sea, que la conoce.

—Recuerdo haberla oído mencionar. ¿Dónde vive?

—En el mismo barrio. En un edificio de apartamentos muy moderno, en la calle Schneeberg, cerca del Fransring... Es el único edificio moderno de la calle.

El periodista rió.

—¿De todos los clientes del Glockner saben las camareras tantas cosas?

—De algunos. Usted vio que es un sitio caro, un sitio de lujo. La clientela habitual es muy reducida y se compone toda de personas importantes. Entre ellas, el señor Shelley y la señorita Dayton eran los únicos extranjeros. Venían desde que el restaurante fue inaugurado y estaban siempre juntos, de modo que llamaban la atención; y aunque no hubieran estado juntos la hubieran llamado...

—¿Por qué?

—No eran tipos corrientes. Él era guapo, rebosante de personalidad, todo un carácter... A las chicas nos tenía locas. Ella es muy vistosa, muy elegante, se la tomaría por una artista de cine. Un poco postiza, pero quizá de esto sólo nos damos cuenta las mujeres.

Johnny recogía aquellos datos con fingida indiferencia, disimulando su apasionado interés. ¡Rita, la misteriosa amiga de Shelley, existía en realidad! ¿Quién era? ¿Cómo explicar que ni el atestado del general Parker ni el del inspector Schultz mencionasen para nada su nombre?

Y el enigma mayor de todos: ¿por qué Rita Dayton no había dado la menor señal de vida al morir Shelley, suspendiendo incluso sus comidas en el Glockner?

Inge consultó su relojito de pulsera y descubrió que eran ya cerca de las cinco. La conversación murió. Tomaron un taxi al comienzo del Nobelprater para dirigirse a la calle Leoben.

Mientras el vehículo corría hacia el centro de la ciudad, la muchacha dijo:

—Debo pedirle disculpas, Johnny. Anoche le mentí.

Él descubrió que, absorto en sus pensamientos, casi había olvidado su presencia. Se volvió a mirarla. Halló en sus pupilas una luz especial, burlona, pero no solamente burlona, que le recordó la

expresión que ella adoptó la víspera cuando le oyó decir que estaba solo en Viena. Había sido una expresión que duró un breve instante.

—¿En qué me mintió?

—En lo del amigo que me esperaba al terminar el trabajo. Hoy he comprobado que sus intenciones son honestas y que verdaderamente deseaba ver Viena en compañía. Anoche... Bien, una chica que aprecie en algo su propia dignidad no sale de noche con un hombre a quien acaba de conocer. Primero quería ponerle a prueba. Perdóneme por haber exagerado la nota.

Johnny comenzó a ver con nuevos ojos a la muchacha.

—De modo que ha exagerado la nota.

—A primera hora de la mañana me he comprado una guía de la ciudad. Le he colocado a usted todo lo que he conseguido aprenderme de memoria, y usted me ha escuchado como si le relatara la historia más interesante del mundo. He sido insulsa, ingenua, pueril, fastidiosa, y en ningún momento ha demostrado usted aburrirse. Se lo agradezco de corazón.

—Así, ¿no hay un amigo que la espera al terminar el trabajo?

—No lo hay.

—Nos queda por ver lo más interesante de Viena: la Viena nocturna. No sé todavía si estaré libre esta noche, pero, si lo estoy, ¿puedo llamarla al Glockner?

—Puede.

El taxi se detuvo ante el restaurante.

—Relatada por usted —dijo el periodista—, la historia de las calles, los monumentos y los edificios de la ciudad es realmente la más interesante del mundo. No tengo nada que perdonarle, Inge.

Ella emitió una risita ahogada.

—Es usted un encanto de hombre —replicó—. Merece... un premio por lo que ha soportado.

Se inclinó y besó a Johnny. No fue un beso de colegiala. No se parecía en nada al beso de una colegiala.

Luego, eludiendo el abrazo de él y riendo alegremente, abrió la portezuela del taxi y se escabulló.

Johnny la vio desaparecer por la puerta del Glockner y esbozó una divertida sonrisa. Creía conocer a las mujeres, y sin embargo cada nuevo contacto con ellas le deparaba una sorpresa maravillosa.

El taxista preguntó en tono de complicidad:

—¿A dónde ahora, señor?

Cada nuevo contacto, una sorpresa. ¿Qué sorpresa le depararía Rita Dayton?

—Tome la calle Schneeberg en dirección al Fransring. No sé a qué número voy. Es un moderno edificio de apartamentos, el único edificio moderno de la calle.

No era difícil localizarlo. El taxista, aunque no dijo nada, debía de conocerlo, pues efectuó la carrera sin titubear. Al apearse comprendió Johnny que no había error posible: se trataba de un gran bloque funcional alzado en uno de los muchos solares abiertos por la guerra, que contrastaba con la arquitectura del señorial distrito como hubiera contrastado un

cow-boy

en medio de una asamblea de patricios romanos.

—Cuatrocientos nueve —respondió automáticamente el conserje cuando Johnny le preguntó por Rita Dayton.

No había dicho que se hubiese ausentado de Viena, no había pretendido averiguar qué quería él de ella, ni alegado que debía anunciarle para saber si podía ser recibido. Nada.

—Cuatrocientos nueve —repitió Johnny al ascensorista.

¿Estaría persiguiendo una quimera? ¿Terminaría su pretendido misterio con una explicación vulgar?

Salió del ascensor en el cuarto piso, avanzó por el pasillo y llamó a la puerta 409.

La puerta tardó un poco en abrirse, pero se abrió.

Allí estaba ella.

—¿Rita Dayton?

—Sí. ¿Un compatriota?

Era indiscutiblemente el tipo de mujer, acaso el único tipo de mujer, capaz de atraer a un hombre como Howard Shelley. No una jovencita: tenía treinta años, o más, aunque la edad se le notaba solamente en la madurez y profundidad de la mirada, en el aplomo, un poco en la actitud. Exquisita. Combinaba en su persona el atractivo natural del sexo con el atractivo cultivado del espíritu. Al instante se la adivinaba inteligente y de vuelta de muchas, muchísimas cosas de la vida.

Llevaba un vestido color hoja seca, un collar de perlas en torno al cuello y un audaz dije donde destacaba un enorme y

deliberadamente tosco rubí.

El periodista se presentó:

—Soy Johnny Rogers, de Nueva York. ¿Estorbo?

—Un compatriota nunca estorba. Iba a salir y he de terminar algo antes, pero no importa. ¿En qué puedo servirle?

—Deseo decirle unas palabras.

Johnny se sintió examinado, estudiado, analizado y clasificado. Los pardos ojos de Rita Dayton llegaron hasta el fondo de su ser.

—Pase. Tendrá que excusarme si escribo mientras habla. Es tan urgente... Entre, por favor.

El apartamento se alquilaba sin duda amueblado, pero su inquilina le había añadido detalles personales del mejor gusto. Johnny admiró las pinturas abstractas colgadas de las paredes. Eran muchas, y todas buenas. El amplio cuarto de estar tenía muebles cómodos, sobrios, modernos, racionales.

Rita había estado escribiendo en una larga mesa de trabajo. Se colocó nuevamente detrás de ella y, con un signo, le indicó al periodista los sillones. Como si con ello creyera cumplidos los deberes de la hospitalidad, empuñó la estilográfica y se inclinó sobre una hoja de papel.

Durante dos o tres minutos esperó vanamente Johnny a que ella le dirigiese la palabra. Por fin se decidió él a romper el silencio:

—Acaso conozca usted mi nombre como periodista: Johnny Rogers de la
A. F. P.

y la revista «Monthly Mercure». He venido a Viena para realizar una investigación sobre la muerte de Howard Shelley.

La mano de la mujer se inmovilizó. Cesó el rasgueo de la pluma.

—¿Y bien?

—Será mejor que permanezca quieta —dijo suavemente Johnny—. Las manos encima de la mesa, por favor... Espero no equivocarme al suponer que puede usted aportar un testimonio inédito al asunto que he mencionado.

La automática belga de
9 mm

había salido del bolsillo del periodista y apuntaba directamente a la bella cabeza de Rita Dayton.

CAPÍTULO XI

En el curso de una transformación insensible, los pardos ojos de la mujer se habían endurecido hasta semejar cuentas metálicas. Primero se posaron en el arma, luego en el rostro de Johnny.

—Conozco a muchos periodistas —dijo glacialmente Rita—, y a ninguno he visto emplear esos métodos.

—Nunca es tarde para ver cosas nuevas.

—Nunca, en efecto. Pero ¿me permite terminar mi carta? Un instante nada más.

—Siga.

La pistola continuó apuntando mientras ella ponía tranquilamente fin a su tarea, doblaba la carta, le metía en un sobre y escribía, cerraba y franqueaba éste. Luego, con la misma tranquilidad, la mujer se levantó, colocó un cigarrillo entre sus labios y le prendió fuego con un encendedor de oro. Salió de detrás de la mesa y fue a sentarse frente al periodista.

—Así, pues —dijo—, realiza usted una investigación sobre la muerte del pobre Howard. ¿Desde cuándo está en Viena?

—Llegué ayer tarde.

—Ya. ¿Es Tommy Fowler quien le envía?

—No, ¿por qué?

—Entonces, ¿cómo ha venido a mí?

—Por una razón matemática: uno más uno, dos. Pero prefiero hacer yo las preguntas. ¿Quién es usted exactamente, señorita Dayton? ¿Qué hace en Viena?

Rita cruzó sus piernas enfundadas en nylon. Su pie comenzó a moverse acompasadamente. Johnny tuvo que hacer un esfuerzo para continuar mirándole a los ojos, no sin advertir que unos centímetros de encaje blanco aparecían por el borde de la falda.

Ella dijo:

—No sé qué contestarle, señor Rogers. No acabo de entender si me toma usted el pelo, si es un pobre ingenuo, o si es tan listo que me sobrepasa. ¿Realmente no le ha hablado Fowler de mí?

—No tengo nada que ver con Fowler.

—¿Seguro que no? Bien, ¿con quién tiene usted que ver?

—¿Por qué no se limita a contestar mis preguntas, señorita Dayton?

—Porque no sé exactamente cómo hacerlo, ya se lo he dicho. Es cierto que conozco su nombre y que leo con gran placer sus artículos. Sin embargo... ¿Qué le parece si, antes de seguir adelante, me probara usted su identidad?

Todavía con la pistola en la misma posición, Johnny sacó su pasaporte y se lo arrojó a la mujer al regazo. Ella lo estudió un momento, pensativa. Asintió.

—Se me ocurre una idea —añadió—. Tome usted el teléfono y llame a Fowler. A esta hora le encontrará todavía en la Embajada. Pregúntele acerca de Rita Dayton, jefe del departamento de Relaciones Públicas de las «Orverseas Airlines». El teléfono está ahí, en mi mesa. De lo que Tommy Fowler diga depende el curso futuro de nuestra conversación.

El periodista titubeó.

—Le llamaré, pero no por ello le quitaré a usted ojo.

—¡Oh, ya supongo que no me lo quitará! —rió Rita—. ¡Qué demonio, es usted el periodista más asustadizo que he conocido! ¿O va a resultar que lo de periodista le sirve solamente de tapadera? No me sorprendería que fuera usted el último descubrimiento de ese cabezota de Parker...

Durante un segundo Johnny se sintió desconcertado.

Pero su actitud no cambió por la inesperada mención del general Parker y, levantándose del sillón, retrocedió hasta la mesa. No dejó de mirar a la mujer mientras marcaba el número de la Embajada.

—Con Tommy Fowler —pidió—. Rogers al aparato.

—Un momento.

Sonaron una serie de clics, y luego la agradable voz del secretario de Asuntos Civiles:

—¿Qué hay, Rogers? ¿Desea algo?

—Sí. Me encuentro ahora en el apartamento de Rita Dayton. ¿Le

indica este nombre alguna cosa?

—Naturalmente... Pero ¿por qué la pregunta? ¿No está ahí Rita? Las últimas palabras de Fowler denotaban una vaga inquietud.

—Sí, la tengo delante. Es que he sabido que frecuentaba asiduamente el trato de Shelley...

—¿Se burla usted de mí?

—No.

—¿Me necesita Rita?

—¿Es... es amiga suya?

El secretario soltó la carcajada.

—Pregúnteselo a ella —dijo.

Y cortó la comunicación.

Rita Dayton sonreía franca y abiertamente.

—Permítale un descanso a su artillería, Rogers. Las flores huelen mejor en la obscuridad de la noche.

La frase semejó golpear la conciencia del periodista: ¿era una de las dos contraseñas de identificación de emergencia que le había dado el general!

—Pero sus colores se aprecian mejor a la luz del día —replicó. Mirando con asombro a la mujer, devolvió la pistola a su bolsillo—. ¿Quién infiernos es usted, Rita Dayton?

—El imbécil de Parker pudo prever que nos encontraríamos e informarle debidamente —dijo ella, envolviendo en ironía su disgusto—. Ya que las cosas han llegado tan lejos, le comunicaré que soy F.

S. Veinte,

de la Seguridad Nacional. Y usted, por lo visto, es el sucesor de Howard y de Peter Heuss.

Johnny se mordió los labios. No en vano aquella mujer le había producido la sensación de hallarse ante una persona superior. Tenía que ser superior para pertenecer a la Agencia de Seguridad Nacional, el más cerebral de los servicios secretos, especializado en códigos y en el estudio e interpretación de documentos difíciles. Los agentes de la

A. S. N.

eran las células nerviosas, las porciones de materia gris de un organismo en el que el resto de los agentes representaban el papel de músculo. Nunca se los encontraba en la acción, pero estaban

siempre detrás de la acción.

—Mi enhorabuena —dijo el periodista— estupendo empleo, si los hay, para que lo desempeñe una muñeca como usted. Ahora me explico por qué su nombre no aparecía en los informes que he examinado, aparte un montón de otras cosas que no alcanzaba a explicarme. Perdóneme si me he conducido como un paleta.

—No es culpa suya —respondió la mujer. Descruzó con arte las piernas, aplastó el cigarrillo en un cenicero, se levantó y fue a abrir las puertas de un pequeño bar—. Puesto que el hielo se ha roto, celebrémoslo con un trago. ¿Qué le apetece?

—*Whisky*.

Ella preparó las bebidas.

—Me alegra saber que un hombre de su talento está en el servicio, Rogers, pero saberlo ha sido una sorpresa. Lo ignoraba.

—No estoy en el servicio —aclaró él.

En pocas palabras expuso su verdadera situación y la índole de la misión que el general Parker le había confiado.

—Es un honor, ciertamente, ocupar un puesto en el que han fracasado dos agentes veteranos, especializados y aguerridos —comentó Rita con gravedad—. Puede usted sentirse orgulloso de ello, pero, en el fondo, creo que Parker le ha jugado una mala pasada... Oh, conozco a Parker muy bien: estuve cinco años a sus órdenes antes de ser transferida a la Seguridad Nacional. Lo que ha hecho con usted ha sido utilizarle como carne de cañón. Apuesto a que no quiere correr el riesgo de perder ni uno más de sus selectos y bien entrenados hombrecitos... Le compadezco, Rogers. El eslabón de Viena es en nuestra cadena un eslabón de sangre desde que el enemigo ha conseguido interferir nuestras conexiones.

Johnny hizo una mueca.

—O sea, que el general me envía al matadero porque me considera, aunque apto, menos valioso que sus agentes. Eso no resulta muy noble en él, ni muy halagador para mí.

Ella le miró a los ojos.

—No. La nobleza y el halago no existen en nuestra profesión. Yo diría que afortunadamente.

—Entiendo. —Johnny tomó el vaso de *whisky* que Rita le ofrecía, y bebió un sorbo—. ¿Sabe usted algo de esa interferencia de las conexiones? ¿Ha hecho alguna pesquisa por su cuenta?

—Me están prohibidas las pesquisas: no tengo derecho a comprometer mi propia posición. Me ocupo de otra cosa.

—¿Ce qué?

—Esa clase de preguntas no existe tampoco en nuestra profesión. ¿Usted sigue alguna pista, Rogers? Prescindiendo, naturalmente —el tono de la mujer adquirió una nota de burla—, de la que le ha conducido a mí, la sospecha número uno.

El periodista se encogió de hombros.

—Estoy dando los primeros pasos... He visitado al inspector jefe Schultz, de la Brigada Criminal. Su papel en el asunto Shelley no me parece claro del todo. Digamos que fue, por lo menos, precipitado: Schultz canceló la investigación a consecuencia de un veredicto basado en diagnósticos médicos indirectos, no en una autopsia concienzuda, y no ha vuelto a abrir aquélla a pesar de que el resultado de nuestra autopsia le llegó con una nota de protesta de la Embajada. Esto se explicaría si actuara bajo presión de alguna autoridad gubernamental deseosa de eludir las graves responsabilidades que comporta el asesinato de un personaje famoso como Shelley. Pero estoy seguro de que la presión no existe. Schultz puede haber conseguido una cierta tolerancia, un cierto grado de manos libres, pero no se le ha presionado. Y un policía de corazón, en tales circunstancias, rechaza la tolerancia y procura no dejar un asesinato impune.

Rita se aproximó a la mesa, tomó un nuevo cigarrillo y lo encendió con la mirada fija en Johnny.

—Quizá Schultz no sea un policía de corazón.

—O quizá sea un traidor —añadió rápidamente él—. Sólo un traidor hubiera logrado sorprender a Shelley.

—Sin embargo —observó la mujer—, dudo que hubiera entre Shelley y él ningún contacto, y sin haberlo no habría tampoco sorpresa.

—¿Shelley le dijo a usted algo referente a sus investigaciones?

—La última vez que le vi no había obtenido aún el menor fruto. Estaba alerta, pero era en vano. —Rita consultó su reloj y lanzó una exclamación ahogada—. Lo siento, Rogers, tendré que despedirle. He de ordenar un par de cosas y salir disparada, o llegaré tarde.

Él suspiró. Terminó de un trago el *whisky*.

—Lo había olvidado. Me marchó.

—Ha sido un placer conocerle —ella le tendió sonriendo la mano—, y crea que usted me inspira... una mezcla de simpatía y compasión. Pero, en la medida de lo posible, manténgase apartado de mí. Quizá andando el tiempo, si cambian las circunstancias y ni usted ni yo dejamos en esto la piel, podamos renovar nuestra amistad.

Johnny la miró de pies a cabeza, deteniéndose en las curvas de su figura, en las delicadas líneas de su rostro, en su boca a la vez dura y sensual, en sus ojos escrutadores.

—¿Hubo algo entre usted y Howard Shelley? —preguntó—. ¿Hubo alguna relación sentimental?

Vio que los ojos se obscurecían, que se apagaba su brillo como si los velase una nube de dolor. La sonrisa se heló en los labios.

—En nuestra profesión no existen las relaciones sentimentales —fue la abrupta respuesta.

Johnny pensó más tarde en esta respuesta, y sintió por Rita Dayton lo que ella decía sentir por él: una mezcla de simpatía y compasión. Algo estaba muerto bajo el bello exterior de aquella mujer. Su inteligencia, su hermosura, su responsabilidad, su energía, su éxito y todo cuanto el mundo podía ofrecerle no la compensarían de la muerte que llevaba en el alma.

CAPÍTULO XII

Inge fue muy breve por teléfono cuando el periodista la llamó para concertar la cita de la noche. Estaba ocupada. Terminaría a las diez. Johnny podía esperarla en el Quick Bar, en la misma calle Leoben, tres manzanas más arriba que el restaurante.

Tendido en la cama de su habitación del hotel, Johnny fumaba y meditaba. Echaba de vez en cuando un trago de *whisky*. Experimentaba una profunda desazón, un íntimo malestar que no sabía a qué atribuir. Ni siquiera la perspectiva de explorar la Viena nocturna en compañía de la Inge nueva que al final de su paseo se le había revelado le confortaba.

En un momento determinado descolgó otra vez el teléfono, marcó el número de la Embajada y pidió comunicación con Tommy Fowler.

—¿Aclaró lo de Rita? —le preguntó el secretario inmediatamente.

—Sí. Fue un defecto de información. Supe que ella se relacionaba frecuentemente con Shelley, y seguí una pista falsa. Me pareció... una mujer excepcional.

—Lo es. No se encontrarían muchas mujeres capaces de desempeñar un cargo como el suyo. Y no me refiero a su empleo en las «Orverseas Airlines».

—Ya supongo que no. ¿Rita estaba enamorada de Shelley?

—No lo sé. ¿Por qué, Rogers?

—Rumores que he recogido. No tiene importancia, es sólo mi curiosidad profesional, que me empuja siempre a meter las narices en la vida privada de la gente... Atiéndame, Fowler. ¿Puede usted averiguar discretamente el domicilio particular de Schultz, el inspector jefe de la Brigada Criminal?

—Claro que sí.

Johnny dio el número de su teléfono.

—Llámemme en cuanto lo sepa. Estaré aquí hasta las ocho.

Fowler llamó a las siete y media.

—Konrad Schultz vive en las afueras, en Waffens, donde tiene una casita de su propiedad. Las señas exactas son: número 15, calle Mittentag, Waffens.

—¿Teléfono?

Fowler añadió el número del teléfono.

—Gracias —dijo el periodista, tomando nota—. Me convendría disponer de un coche, Fowler, a ser posible con matrícula austríaca y que no llame demasiado la atención. ¿Puede usted también resolverme eso? Si no puede, trataré de alquilarlo.

—¿Cuándo lo quiere?

—Ahora, o lo antes posible.

—¿Está usted en su hotel?

—Sí.

—Se lo enviaré dentro de quince o veinte minutos. Haré que le dejen las llaves en el mostrador de recepción.

—Es usted una joya, Fowler.

—Soy un redomado holgazán —replicó el secretario—, pero mi única probabilidad de serlo, a gusto reside en ayudarle a usted a liquidar pronto nuestros problemas.

Johnny se desperezó, se sacudió la modorra tomando una ducha fría, se afeitó y se vistió. Eran aproximadamente las ocho cuando bajó al vestíbulo, y el empleado de recepción tenía ya las llaves del coche solicitado: un «Olympia» gris seminuevo, con el depósito de esencia lleno a rebosar.

Hasta cerca de las diez, el periodista mató el tiempo visitando los lugares de la ciudad de los que más grato recuerdo conservaba. Vio alguna que otra cara conocida, aunque esquivó adrede cualquier encuentro que turbase su soledad. Su desazón no se había calmado. En vano intentó descubrir si nuevamente tenía una «sombra», por si fuera ésta la causa de su inexplicable e instintivo malestar. Pero, si alguien le vigilaba, era mucho más hábil que el sujeto enfermizo que le siguió al salir de Jefatura, puesto que ahora no se dejó sorprender.

A las diez menos cuarto se encontraba ya en el Quick. Bar, un

pequeño local elegante, escasamente concurrido a aquella hora. Un amplificador, en discreto volumen, emitía música suave. Lo bañaba todo una agradable media luz. Una pareja conversaba en voz baja.

Johnny pidió *whisky* y oyó distintamente el tintineo del hielo cuando el barman lo echaba en su vaso. El ambiente comenzó a tranquilizar sus nervios. Los tenía tranquilos, y estaba bebiendo un segundo *whisky*, en el momento en que Inge hizo su entrada.

La muchacha aceptó tomar una copa. Estaba mucho más bonita que por la mañana, como generalmente suele ocurrirles a las mujeres. La luz artificial realzaba su tentadora belleza rubia. Y ya no era, sobre todo, la colegiala rebosante de soporífera alegría que Johnny había tenido que soportar.

Él empezó a darse cuenta de esto cuando ella dijo:

—Confíese la verdad, Johnny: ¿conoce usted o no conoce Viena?

—La conozco —confesó sonriente.

—¿También la Viena nocturna?

La expresión que tuvieron sus ojos cuando le besó en el taxi había vuelto a reaparecer.

Johnny se encogió de hombros.

—Hace algún tiempo viví aquí más de tres años seguidos. Luego, cortas estancias. Pero Viena no es nunca la misma...

Inge le interrumpió echándose a reír.

—En serio que es usted un encanto de hombre. Bien, puesto que conoce Viena mejor que yo, ¿cuál será nuestro programa? ¿Le seduce admirar la iluminación de las Casas Consistoriales? ¿Prefiere que bailemos vales en un club tirolés?

Él la miró a los ojos. Eran azules. Frunció un instante el entrecejo cuando el recuerdo de otros ojos azules acudió a su memoria.

—Quizá conozca bien Viena —dijo lentamente—, pero no la conozco bien a usted. Creo que nuestro mejor programa sería practicar un poco de turismo personal. En un lugar tranquilo, por ejemplo.

Los ojos azules sostenían su mirada por encima del vaso en que Inge bebía sorbo tras sorbo.

—¿Le gustaría ir a mi casa? Es un lugar tranquilo.

—La idea me parece excelente, en particular porque tendré la satisfacción de saludar a sus familiares...

Los ojos azules chispearon.

—Vivo sola.

Johnny sacó un billete y lo depositó en el bar en pago de los tres *whiskies*.

—Vamos. Me he procurado un coche. Daremos primero una vuelta por la ciudad.

Sostuvo abierta la puerta del local para que saliera la muchacha, y la siguió al exterior. La vida era esto. Hacía una noche tirando a calurosa; la primavera se percibía como un cosquilleo estimulante en el aire, como una especie de perfume... Johnny había conocido muchas noches parecidas a aquélla. Todas comenzaban del mismo modo, todas terminaban igual. Nueva York, París, Roma, Londres, Viena, ¿qué importaba dónde?

Hasta que, de pronto, uno se cansaba. Nunca hasta entonces había pensado en que uno podía cansarse, pero así era.

Se aproximó al «Olympia» en pos de Inge. La precedió al dar los últimos pasos, antes de inclinarse para abrir la portezuela. Y súbitamente oyó a la muchacha exclamar con voz ahogada:

—¡Johnny! ¡Cuidado!

Quiso volverse y sacar la pistola, todo a un tiempo, sintiendo que el desasosiego y la inquietud que tanto le habían molestado reaparecían en forma de violenta señal de alarma. Pero no llegó a volverse ni a empuñar el arma: algo golpeó la parte posterior de su cabeza y le dejó paralizado, sumido en un torbellino de sombras y luces.

El golpe no había sido fuerte, aunque sí muy hábil. Johnny no perdió del todo la consciencia. Notó que unas manos le sostenían por los sobacos para que no cayese y adivinó que a su lado se producía un forcejeo. Otras manos le cachearon y le quitaron la pistola.

Alguien dijo:

—Metedlos en su mismo coche. Nadie nos ve. De prisa.

Y otra voz:

—Viene uno por allí.

—¡De prisa!

Johnny recobró por entero la lucidez sentado en el asiento trasero del «Olympia». Había un hombre a su lado, que le incrustaba en las costillas un objeto duro. Una presión en sus

muñecas le indicó que estaba maniatado, y al bajar la vista observó que con unas simples vueltas de alambre, procedimiento rápido y eficaz, aunque no duradero.

El coche acababa en aquel momento de abandonar la calle Leoben. Ocupaban su asiento delantero tres personas más: un hombre que conducía, Inge, que permanecía inmóvil, con la cabeza apoyada en el respaldo, y otro hombre en quien Johnny creyó reconocer al que le había seguido por la mañana.

Preguntó:

—¿Qué significa esto?

—No arme ruido —respondió inmediatamente el individuo que apretaba un objeto contra sus costillas—. Soy muy impresionable, ¿sabe? Eso que nota ahí, ese contacto, es una pistola.

—Entonces, ¿se trata de un atraco?

—Se trata de narices. Cállese.

Johnny preguntó:

—¿Está usted bien, Inge?

Vio que la cabeza de la mucha se movía, pero no obtuvo contestación verbal.

El hombre de la pistola rió.

—A las mujeres les da a veces por chillar. Es mejor amordazarlas antes de que empiecen.

El periodista dijo aún:

—Sospecho que comenten un error. Ni yo llevo encima tanto dinero como para justificar este despliegue de fuerzas, ni, en caso de que se trate de un secuestro, habrá nadie dispuesto a pagar rescate por un pobre periodista y una camarera de restaurante.

—¡Cállese!

Johnny calló.

Observó que el coche se adentraba en el casco antiguo de la ciudad bordeando Der Graben y perdiéndose en un dédalo de calles de dirección única. Observó igualmente que otro coche marchaba delante de ellos, haciendo su mismo camino: casi constantemente se divisaban sus luces de cola.

Momentos después, en una plazoleta, donde ya el otro coche estaba parado, el «Olympia» se detuvo. Johnny se apeó bajo la amenaza de la pistola. El lugar era recoleto, silencioso; sólo a cierta distancia, en una casa de vecindad, se veía luz por una ventana

abierta y se oía el sonido de un receptor de radio. El periodista sintió la tentación de emplear con el hombre de la pistola alguna treta, de emprender la fuga o dar un grito, pero se contuvo al ver sus ojos. Eran los ojos de un homicida; a juzgar por sus pupilas, además, de un homicida con la sangre envenenada por las drogas.

Los dos ocupantes del asiento delantero se apearon, custodiando entre los dos a Inge, pese a que ella no parecía en situación de ofrecer resistencia ninguna. Un aumento de la presión de la pistola ordenó a Johnny que empezase a andar. Lo hizo. Todo el grupo se puso en marcha, primero por una calle oscura, luego por un callejón y a lo largo de la tapia que cerraba el solar de una vieja casa arruinada por la guerra. Había una brecha en la tapia, por la que se entraba al solar. En un ángulo de éste se alzaba una garita enterrada a medias bajo un montículo sembrado de hierbajos. Johnny no necesitó ver los restos del rótulo sobre la herrumbosa puerta para comprender que se trataba de un antiguo refugio antiaéreo.

La puerta estaba abierta. Cuando traspuso el umbral, y se adentró en un tramo de pasillo, y pisó los peldaños de la escalera que descendía más allá, a la luz de la linterna encendida por uno de sus captores, el periodista cerró y apretó los puños en un arrebato de silenciosa cólera. El hecho de que aquellos hombres no hubieran tomado la menor precaución para ocultarles a él y a Inge el trayecto recorrido hasta allí, significaba que no les importaba que lo recordaran más tarde. Porque no habría un más tarde. Porque no volverían a salir del subterráneo vivos.

Al pie de la escalera, después de otro corto pasillo, se hallaba el refugio propiamente dicho, iluminado por una lámpara de petróleo puesta en el suelo, que estaba parcialmente encharcado. Enormes manchas de humedad dibujaban formas monstruosas en las deterioradas paredes de cemento.

Junto a la lámpara aguardaba un hombre, que era, según Johnny supuso, quien les había precedido en el otro coche y abierto las puertas del lugar. Tenía un aspecto miserable, enclenque y pobretón, y una cara como de comadreja, con un bigote hitleriano bajo la prominente nariz y una cicatriz curva en la macilenta mejilla.

Sus ojos como brasas y la cruel sonrisa que tensaba sus labios le

infundían, empero, irresistible personalidad.

CAPÍTULO XIII

El hombre dijo:

—Poned a la chica en ese rincón —la fuerza y autoridad de su voz eran extraordinarias—, y tú, Willie, procura que no estorbe.

Willie, el individuo cargado de espaldas, condujo a Inge al rincón señalado y se quedó junto a ella. De sus dos compañeros, uno, sin que se lo ordenara, desapareció, probablemente para montar guardia en la puerta exterior del refugio.

—Saca todo lo que lleve en los bolsillos —le ordenó al otro el hombre de cara de comadreja, señalando a Johnny.

El periodista preguntó:

—¿Quién es usted y qué objeto tiene este secuestro?

—Soy Wladimir Sissek, modesto profesor de idiomas, señor Rogers. En cuanto al objeto de este secuestro, no es otro que facilitar una conversación entre usted y yo.

Johnny guardó silencio mientras el pistolero que hasta allí le había custodiado cumplía la orden de Sissek. Miró a Inge. Rígida junto a la húmeda pared, la muchacha fijaba en él sus azules ojos aterrorizados. Había en el recuerdo de Johnny otros ojos azules que acaso no volviera a ver jamás.

—Una conversación entre usted y yo, sea usted quien sea —dijo finalmente—, no requería estos preparativos, pero, si hemos de celebrarla, permita antes salir a la chica. Ella no tiene por qué estar aquí.

—Lo siento. Es ya demasiado tarde.

—Repito...

—No gaste saliva en vano, señor Rogers. La va a necesitar.

El pistolero colocaba en tierra, cerca de la lámpara, los objetos personales del periodista. Sissek se inclinó para coger la cartera y el

pasaporte, que examinó sin mucha atención.

—Para que sepa usted a qué atenerse —añadió—, le informaré de que, sin proponérmelo, pues lo consideré una gran desgracia, fui yo el responsable indirecto de la muerte de su colega y compatriota Howard Shelley, muerte que, si no me equivoco, está usted investigando con extremado celo profesional. Otra tanto puedo decir respecto al dramático fin del caballero americano de origen austríaco que asumió la sucesión del señor Shelley. Peter Heuss era su nombre.

—Un nombre que no me dice nada —mintió Johnny, esforzándose para no traicionar su emoción.

—Muy posible, pero poco probable. Señor Rogers. —Sissek pestañeó y acentuó su grasienta sonrisa—, esta conversación está encaminada a proponerle a usted un trato, y creo conveniente que comencemos por él. Sé que es usted el nuevo agente-pivote de los servicios norteamericanos en Viena. Sé también de qué manera organizan ustedes su trabajo, y si dispusiera de tiempo podría obtener apetitosas ventajas de la situación. Desgraciadamente, mis superiores me piden cuentas con gran urgencia. Con muchísima urgencia. Ello me ha obligado a forzar los acontecimientos y llevar a la práctica este secuestro... No ignora usted que Viena es, por decirlo así, una ciudad especializada en secuestros, ¿verdad, señor Rogers? En fin, salta a la vista que está usted ahora a mi merced, que tengo sobre su persona indiscutible derecho de vida o muerte. ¿Le interesa en tales condiciones una negociación?

Johnny examinaba a su interlocutor con avidez. Todo cuanto le había dicho sobre la interferencia de la red americana por una organización enemiga era poco. Él llevaba en Viena algo más de veinticuatro horas, no pertenecía al servicio secreto oficial, se había presentado con un pretexto perfectamente plausible y públicamente confesado, fue enviado con total independencia de las conexiones y los enlaces habituales. Sin embargo, ¡los asesinos de Shelley y Heuss le habían ya descubierto! ¿Cómo era posible semejante cosa? ¿De dónde procedía la terrible eficacia de aquel grupo?

Tenía delante al hombre que decía haber descargado los más duros golpes al sistema del general Parker: un encanijado profesor de idiomas, pobremente vestido, que usaba como cuartel general un ruinoso subterráneo vienes, ¡y que tenía en jaque continuo a las

fuerzas del Pentágono en Europa Oriental, derrotándolas cada vez que se lo proponía! Aparte los agentes rusos por cuya cuenta operaba —los «superiores» a que él mismo se había referido—, ¿de dónde sacaba su mortífero poder?

Sissek repitió su pregunta:

—¿Le interesa, señor Rogers?

Johnny se estremeció.



—Aunque lo mencionó.

—Creo que mi respuesta depende, en último término, de la mercancía que haya que negociar.

—Su vida y su libertad a cambio de una información —dijo el hombrecillo, en correcto inglés.

El periodista enarcó las cejas. Luego comprendió: Sissek empleaba tal idioma para ocultar a Inge aquella parte de la conversación. La vida y la libertad de la muchacha se incluirían, pues, en el trato.

—¿Qué información?

—Un nombre, un dato. Eso es todo.

—Una traición, en otras palabras. También yo tengo superiores que me piden cuentas. Las traiciones se pagan demasiado caras.

—Pero pueden ocultarse. Y yo, señor Rogers, hago pagar más caras aún las negativas.

—No creo en su promesa de libertad.

—No está en condiciones de elegir, se lo he advertido. Reflexione.

—He reflexionado toda una vida. Me niego. La muerte no me asusta.

Sissek rió ahogadamente.

—Prescinda de frases melodramáticas, se lo ruego. Me gusta la objetividad. Tengo un problema que he de resolver, y trato de hacerlo por la vía más cómoda para los dos. Antes de que la noche haya transcurrido —la voz del profesor se apoyó significativamente en cada palabra— debo averiguar el hombre del agente colector que los servicios secretos norteamericanos han introducido en Checoeslovaquia central. ¿Está claro?

Súbitamente, Johnny comprendió: ¡Schemnitz! ¡Los laboratorios de Schemnitz, donde se ensayaba el nuevo turborreactor! Los agentes soviéticos habían descubierto que un agente enemigo operaba en aquella zona y pretendían proteger el secreto del trascendental invento checo. Este propósito guiaba los actos de Sissek. Sabiendo lo que sabía de la organización americana en Viena, Sissek, interceptando los contactos del agente-pivote, hubiera terminado por averiguar lo que deseaba, pero los rusos tenían prisa, y él se había visto obligado, para complacerles, a operar contra reloj. Dos sucesivos fracasos le habían demorado, pues fracasos fueron, y no éxitos, las respectivas muertes de Shelley y Heuss. A Howard Shelley, que se hallaba en guardia y buscaba el origen de las filtraciones del sistema, debieron de matarle porque se lanzó sobre la buena pista y estaba a punto de descubrir la verdad; es decir, Sissek eligió el asesinato como mal menor, que él mismo

acababa de calificar de «gran desgracia». Otro tanto habría ocurrido con Peter Heuss, cuya suerte Johnny desconocía.

Ahora ya la cosa no tenía demora. Los rusos apremiaban. Sissek se había arrojado sobre el sucesor de Shelley y Heuss apenas supo que había puesto los pies en Viena.

Johnny se pasó la lengua por los labios.

—¿Se da usted cuenta de la situación en que me coloca? —dijo.

—Oh, naturalmente que me doy cuenta, señor Rogers.

—Lo dudo. Es una situación sin salida, o sin otra salida que el suicidio. Ceder a sus pretensiones equivale a ser fusilado por traición, o a suicidarse para evitar el fusilamiento; no ceder... usted sabe a qué equivale mejor que yo. No soy un niño ni un cobarde. De hombre a hombre le digo que, obligado a elegir, prefiero la muerte con honor.

—¿No le parece que la idea de la muerte le obsesiona? —preguntó burlonamente Sissek—. La situación de usted tiene, por el contrario, una salida lógica, que muchos hombres han utilizado, todos los cuales continúan viviendo y gozando de buena salud. Usted no es un espía profesional, según mis noticias. ¿Qué juramentos, qué códigos, qué deberes le obligan? Ninguno: su propia conveniencia, condicionada por el azar geográfico de haber nacido en los Estados Unidos y no en otro lugar del globo. ¿Qué vale eso? Sea sensato, señor Rogers. Su única posibilidad de seguir viviendo y gozando de buena salud, como otros que se encontraron en esta situación antes que usted, consiste en prescindir del azar geográfico, cambiar de campo y entrar secretamente en nuestras filas. Le garantizo que su talento será en ellas justamente apreciado. No olvide que ha perdido la partida y debe afrontar las consecuencias de la derrota.

—Puedo haber perdido la partida —replicó Johnny, pensativo—, pero usted no la ha ganado, ni la ganará si muero.

Sissek se encogió de hombros.

—Me resignaré a esperar a su sucesor, como le he esperado a usted desde la muerte de Heuss. Tarde o temprano conseguiré lo que busco.

—Ésa es una hipótesis gratuita.

—Desengáñese. Estoy lo bastante bien organizado para triunfar.

Hubo un silencio.

Johnny sintió que un sudor helado comenzaba a bañarle la piel. La discusión con Sissek había introducido en su ánimo la convicción de que, en efecto, la única forma de evitar una muerte estúpida e inútil —puesto que el hombrecillo estaba «lo bastante bien organizado para triunfar»— era ceder a sus pretensiones. Pero ni siquiera este recurso le quedaba: ¡ni siquiera el recurso de la traición! Él no era un auténtico agente-pivote, no era el exacto sucesor de Howard Shelley y Peter Heuss. De acuerdo con su propia solicitud, el general Parker le había enviado a Viena únicamente para que investigara el asesinato de Shelley. Nada sabía del funcionamiento de la red, salvo unas pocas generalidades; ignoraba todo lo referente a enlaces, contactos, consignas, ¡y jamás había oído mencionar el nombre del agente que operaba en Schemnitz!

Lo dramático era que Sissek nunca, ¡nunca!, creería que lo ignoraba. Cuando, en Ginebra, pidió él a Parker que le mantuviese al margen del mecanismo de la red, lo hizo para gozar de mayor protección. Ahora resultaba que había en realidad firmado su sentencia de muerte.

Durante unos segundos terribles, Johnny, oprimido polla garra de la angustia, estuvo a punto de perder la serenidad y derrumbarse interiormente por primera vez en su vida. Morir por no revelar un secreto era heroico, noble, admirable; pero ¡morir por un secreto que uno no poseía era una calamitosa ridiculez!

Tenía que existir una solución. Aquello no podía ocurrirle a él, un hombre hasta entonces mimado por la fortuna... Desesperado, Johnny miró en torno. Tres enemigos: Sissek, junto a la lámpara; Willie, custodiando a Inge, al fondo; y el pistolero de ojos homicidas, arma en mano, a escasos metros. Inge, amordazada con un pañuelo y maniatada con un trozo de alambre, se apoyaba aterrorizada en la pared.

En el suelo, entre Sissek y la lámpara de petróleo, estaba todo lo que contuvieron sus bolsillos. Una de las cosas que estaban allí era su pistola.

Johnny entornó los párpados. Su pistola. El corazón comenzó a latirle con violencia.

¡Tenía que existir una solución!

—Me canso ya de esperar, señor Rogers —dijo Sissek.

—Lo siento —replicó el periodista. Iba recobrando rápidamente

el dominio de sus nervios—. Me veo obligado a confesar que sus argumentos no tienen realmente vuelta de hoja. La pena es que se asientan sobre una base falsa. Usted mismo ha dicho que yo no soy un espía profesional. En efecto, soy sólo un periodista más o menos bien informado. Estoy en Viena para esclarecer el asesinato de Shelley, no como agente-pivote de la red americana. Desconozco totalmente...

Un juramento del hombrecillo le interrumpió.

—¡Esto no es una farsa infantil, señor Rogers! ¡No siga por ese camino! —Los ojos de Sissek llamearon en un arrebató de furia—. Sepa que estoy violentándome a dialogar con usted por consideración a los reproches que se me hicieron cuando su colega Heuss murió. Trato de mostrarme civilizado y de emplear la persuasión intelectual, ¡pero éstos no son mis métodos!

Sissek se aproximó a la pared y, con el pie, empujó unos objetos hacia el círculo de luz de la lámpara. Eran un estuche de cuero, un hornillo de petróleo y dos instrumentos de terrorífica apariencia.

—Heuss quiso mostrarse heroico —siguió diciendo, con la voz temblorosa de cólera—. Le aplicamos un tratamiento de suero de la verdad, pero el tiempo apremiaba... Recurrí a los sistemas tradicionales. Aprendí de los nazis a torturar a un hombre, señor Rogers, ¿comprende usted? Heuss se me deshacía materialmente entre las manos. Perdió el juicio. En un descuido se arrojó contra uno de mis ayudantes, que estaba armado, pero no para arrebatarle el arma, ni para intentar huir, que era imposible, sino para buscar en la muerte el fin de sus indescriptibles sufrimientos. Consiguió su propósito y murió, pero el descuido no volverá a producirse. Y esta vez, por añadidura, la presencia de su bella acompañante me permite la posibilidad de ensayar con usted un nuevo método de tortura: el indirecto... Vea aquí —el huesudo dedo de Sissek señaló unas manchas oscuras que aparecían en el cemento del suelo—: esto es sangre de Heuss. Aquí mismo sufrió su agonía.

Un brillo de locura apareció en la mirada de Johnny, que iba de las siniestras manchas al hornillo y los instrumentos, y de éstos nuevamente a las manchas. De su frente chorreaba el sudor.

—Usted gana —dijo roncamente.

Sissek enderezó la cabeza.

—Soy hombre que reconoce sus errores: el método de persuasión

psicológica da, evidentemente, mejores resultados. ¿Bien, señor Rogers?

Johnny hizo un esfuerzo por hablar:

—Mi hoja de ruta y la lista de mis contactos, toda la información que poseo sobre nuestro dispositivo, están en mi automática... Dentro de una bala simulada, la última, al fondo del cargador.

El hombrecillo se agachó y recogió el arma. No vio cuán tensos estaban los músculos de su prisionero, cómo sus manos se agitaban aflojando el alambre que ceñía sus muñecas, ni hasta qué punto cambiaba en un instante la expresión de su rostro. No vio sino la bella pistola en cuyo interior esperaba encontrar lo que tanto había codiciado.

Sissek manipuló con dedos expertos el mecanismo de la automática y dio un tirón seco al cargador.

¡Una formidable explosión sacudió el aire confinado del subterráneo!

Los efectos fueron pavorosos. A consecuencia de la primera explosión estallaron inmediatamente la lámpara de petróleo, un bidón de este combustible y el hornillo. El refugio quedó convertido en un infierno de llamas.

En el mismo instante en que estallaba la pistola se libró Johnny del alambre que le ataba las manos. En medio del alucinante fragor que siguió, saltó hacia el atónito pistolero que había estado vigilándole, le derribó, le arrebató el arma y descargó en su cabeza un culatazo que dejó el hombre inmóvil.

El guardián de Inge, tembloroso, aturdido por las explosiones y por la fantástica dispersión de fuego, había conseguido sacar un revólver. Johnny, desde el suelo, disparó dos veces contra él. No esperó a verle caer. Su pasaporte y demás objetos estaban quemándose junto a los restos de la lámpara. Corrió hacia allí a través de las llamas, los pisoteó para apagarlos y los recogió.

Sonó un tiro. Atraído por el estruendo, el hombre que antes subiera a vigilar la entrada había vuelto a bajar. Johnny sintió el silbido de la bala junto a su oreja, se revolvió furiosamente y envió al hombre, encuadrado en el hueco de la puerta, tres consecutivos disparos. El hombre gimió lastimeramente, se doblaron sus rodillas, desplomóse de bruces al suelo sobre un reguero de petróleo ardiente. Estaba ya muerto cuando las llamas prendieron en sus

cabellos y sus ropas.

A los pies del periodista yacía Wladimir Sissek hecho un guiñapo. La pistola convertida en granada se le había llevado la mitad de la cabeza. Le rodeaba un mar de sangre, la cual manaba a borbotones de su cuello destrozado.

La bella automática belga había cumplido una de sus dos misiones. La otra misión era la de disparar como una pistola corriente. Si no se tomaba, empero, la precaución de accionar el dispositivo de doble seguro de que estaba dotada, un cartucho de dinamita estaba en su interior. El general Parker había aleccionado convenientemente a Johnny sobre los secretos recursos de las armas que le serían entregadas a su llegada a Viena.

Notando que la falta de oxígeno y el negro humo del petróleo comenzaban a asfixiarle, el periodista se arrodilló junto a Sissek y registró sus bolsillos apresuradamente. Lo primero que encontró le llenó de asombro: era una foto suya, de la que sin duda el hombrecillo se había valido para identificarle. Su rostro se ensombreció mientras la examinaba, y no apartó los ojos de ella hasta que el humo le hizo toser. Entonces reunió el resto del contenido de los bolsillos y se enderezó, dispuesto a abandonar aquel antro de muerte.

¡Fue al dar el primer paso hacia la puerta cuando advirtió que se había olvidado de Inge!

La muchacha estaba tendida en el suelo, junto a la pared, en una zona afortunadamente preservada de las llamas. Acuciado por el remordimiento, Johnny corrió hacia ella. La halló inconsciente, e hizo una mueca al ver sus ropas manchadas de sangre. Desgarró las ropas en busca de la herida. Sangraba abundantemente, pero era una herida superficial y no peligrosa: un fragmento de metal o del cemento desprendido de las paredes habían alcanzado a Inge en el hombro. Fueron probablemente el susto, la expansión del aire o el humo los que la privaron de conocimiento.

Al levantarla en sus brazos pensó Johnny que le había proporcionado a la pobre chica una experiencia que no olvidaría jamás. Recordó sus propias sensaciones al salir del Quick Bar: fuese en Nueva York, París, Roma, Londres o Viena, todas las noches comenzaban del mismo modo, todas terminaban igual. Bien. Aquella noche había sido una excepción. Nada de lo que debía

ocurrir había ocurrido.

Dejando atrás el horno subterráneo con sus cuatro cadáveres, donde acababa de pasar los momentos más apurados de su vida, el periodista condujo a Inge escaleras arriba. La puerta exterior estaba cerrada. Ante ella se acumulaba el humo, la atmósfera era asfixiante. A tientas encontró Johnny el cerrojo, con la llave puesta, y abrió. Aspiró aliviado el aire fresco.

Pero en el mismo instante vio a un hombre que avanzaba en su dirección a través del solar.

Retrocedió al tramo de pasillo y dejó a Inge en tierra. Empuñó la pistola de que se había apoderado en el sótano, en la que debía quedar por lo menos una bala. Pero no disparó contra el hombre que se aproximaba. A aquel hombre quería cazarlo vivo, ¡porque era el inspector jefe Konrad Schultz!

Johnny aguardó silenciosamente en la obscuridad. Sus presentimientos no le habían engañado: Schultz formaba parte de la organización de traidores. Esto explicaba sobradamente su innoble proceder en relación con el asesinato de Shelley.

Experimentó un odio violento contra aquel cínico y vanidoso canalla. Lo que más le repugnaba en el mundo era la hipocresía, la doblez, la bajeza disfrazada de dignidad. Hallar un criminal entre las filas de quienes tenían el deber de defender la justicia y el orden le sublevaba el ánimo. A un Wladimir Sissek, a un hombrecillo oscuro y miserable que había vendido su maléfico genio a quienes estaban dispuestos a pagar por él, podía excusarle; a Konrad Schultz, jefe de la Brigada Criminal, policía pagado por la sociedad para reprimir a sus enemigos, no.

El inspector llegó en aquel momento a la puerta, la encontró abierta, percibió el humo que ascendía del sótano, y se detuvo.

—¡Karl! —llamó—. ¿Estás ahí, Karl?

Johnny comprendió que necesitaba hacer algo. Un segundo más, y Schultz se retiraría o sacaría un arma.

—¡No se mueva, Schultz! —ordenó—. ¡Le tengo encañonado! ¡Separe las manos del cuerpo!

El policía dio un ligero respingo, pero obedeció.

—¿Quién es usted?

—Johnny Rogers.

—No comprendo —dijo Schultz, tras una pausa.

—Es fácil de comprender. Su amigo Sissek y sus tres ayudantes están abajo. Los cuatro han muerto.

Schultz acogió la noticia guardando un silencio mucho más largo que el anterior. Johnny, que no quitaba ojo a su corpulenta silueta, le vio estremecerse.

Por fin dijo con voz sorda:

—Perfectamente, señor Rogers. Sé perder una partida. Me tiene a su disposición.

El periodista titubeó un instante. Luego avanzó, traspuso el umbral y rodeó al inspector para cachearle por la espalda.

Schultz semejaba haberse desinflado. Miraba al suelo, abatidos los hombros, relajados los músculos. De su irritante gallardía no quedaba la más leve sombra.

Pero aquella actitud era una trampa, que Johnny descubrió demasiado tarde. No supo exactamente cómo sucedía. Situado a espaldas del policía, le mantenía encañonado con una mano y comenzaba con la otra a tantear sus ropas para averiguar si estaba armado, cuando Schultz efectuó un brusco movimiento. Johnny se encontró de pronto apresado y volteado. Cayó de espaldas. A duras penas había conservado el dominio de sí mismo imprescindible para no soltar la pistola, pese a que, en el curso de la misma maniobra, su enemigo había intentado arrebatársela.

¡Schultz era un maestro del ji-jitsu! En una fracción de segundo se percató el periodista de la importancia de aquel hecho. Un maestro del ji-jitsu había dado muerte a Howard Shelley. ¡Schultz! ¡Fue Schultz! ¡Él estaba ahora peleando con el asesino material del escritor! ¡Con el hombre en cuya búsqueda había ido a Viena!

El policía le saltaba encima mientras él pensaba esto, y era evidente que no se proponía recurrir al ji-jitsu esta vez, pues empuñaba un oscuro revólver. Johnny vio ante sí la redonda boca del cañón del arma. Se apartó, contorsionándose locamente, al mismo tiempo que sonaba el disparo, y el fogonazo se produjo tan cerca de sus ojos que le deslumbró. Schultz le descargó un rodillazo en el abdomen. Johnny comprendió que su propósito de capturarlo vivo se había frustrado. De un manotazo alcanzó a desviar el revólver, que le apuntaba de nuevo. Apretó el gatillo de la pistola.

Oyó al policía emitir un extraño ronquido. Le rechazó de un empujón y se puso en pie. En tierra, Schultz sufría unas

convulsiones raras: se le doblaba la espalda en arco y, desorbitando los ojos, movía las mandíbulas y la glotis como si quisiera tragar alguna cosa. Luego expelió una bocanada de sangre y no se movió más.

Johnny se agachó para registrarle. Estaba haciéndolo cuando le llegaron los lejanos gritos de una mujer y, más lejanos todavía, los sonos estridentes de un silbato. Se encendieron luces en las casas próximas. Lo que no habían conseguido las explosiones del sótano, ahogadas bajo tierra y por la metálica puerta del refugio, acababan de conseguirlo los tiros: entre el vecindario cundía la alarma.

Reunido el botín que los bolsillos de Schultz le ofrecieron, el periodista regresó en busca de Inge. Casi tropezó con ella. La encontró en el hueco de la puerta, pálida, oprimiéndose con una mano el hombro herido, pero repuesta ya de su desmayo. Su cara expresaba asombro y horror infinitos.

—Johnny —susurró.

Él la ciñó con un brazo la cintura.

—Todo ha terminado bien. Vámonos de aquí cuanto antes... De prisa, o habré de tomarla en vilo otra vez. No tenga miedo.

La sostuvo y la guió rápidamente a través del solar. Si la policía le sorprendía cerca del cadáver de Schultz, la catástrofe que se desencadenaría no tendría remedio. Konrad Schultz había sido policía él mismo. Ninguna historia de rivalidades entre agentes secretos extranjeros justificaría ante las autoridades austríacas la muerte nada menos que del jefe de la Brigada Criminal. Todo lo contrario.

El silbato, coreado ya por otros, sonaba en las inmediaciones. A los habitantes de las casas vecinas les había sobrado tiempo para presentarse en el solar, y si no lo habían hecho aún era probablemente porque no se atrevían. Estaban escarmentados. Tiroteos en la noche y sucesos inexplicables eran demasiado frecuentes en Viena, la ciudad donde el telón de acero tenía tantos orificios como un colador.

Johnny suspiró nerviosamente al trasponer la brecha de la tapia. No había nadie en el callejón. Si conseguía alejarse unos metros, y si el estado en que se hallaba Inge pasaba inadvertido, el peligro se habría evitado.

—Vamos —apremió a la muchacha, sintiéndola desfallecer—.

No puedo tomarla en brazos ahora. Llamaría la atención.

A pesar de su apremio, hubo de conducirla casi en volandas hasta la primera esquina. Encontraron algunos transeúntes a los pocos metros, pero resultó fácil engañarlos fingiéndose una pareja de enamorados. Habían transcurrido varios minutos desde el intercambio de disparos, y aquella gente no estaba asustada ni sorprendida.

A Johnny, sin embargo, le costó media hora de rodeos, retrocesos y paradas, dar con la retirada plazoleta donde habían quedado los coches. Ahora había tres, uno de ellos un suntuoso «Mercedes». Inge caminaba como una sonámbula. Aunque su herida parecía carecer de gravedad, al periodista le preocupaba la prolongada pérdida de sangre.

Metió a la muchacha en el «Olympia», cuyas llaves estaban puestas en el contacto. Empuñó el volante. Una maravillosa sensación de libertad, un desbordamiento de vida, como una embriaguez, le acometió cuando por fin se vio fuera del dédalo de callejuelas y conduciendo por la tranquila avenida Wilhelm Kessel. Atravesó buen trecho de la ciudad, apretando el acelerador a fondo, por el mero placer de sentirse vivo, aunque también por la necesidad de serenarse. La espantosa pesadilla del refugio subterráneo había dejado en su espíritu turbadoras huellas. No podía creer que hubiera ya acabado, que hubieran muerto sus enemigos, que de un solo golpe hubiese saltado el cáncer que corría el dispositivo americano de seguridad en Europa Oriental; ni que él, un simple periodista afortunado, hubiese triunfado donde legendarios soldados clandestinos como Howard Shelley fracasaron y perecieron igual que ratas en una ratonera.

Un gemido de Inge le sumió por entero en la realidad. Entonces detuvo el coche frente a un café. Antes de apearse examinó en el espejo retrovisor cuál era su propia apariencia después del combate en el subterráneo y la lucha contra Schultz. No vio graves desperfectos. Ordenó su cabello y sus ropas, restregó las tiznaduras de su cara, y enseguida se apeó, corrió al café y se encerró en la cabina telefónica.

Llamó a la Embajada y preguntó por Tommy Fowler. No estaba, pero el empleado de servicio nocturno le dio el número donde podía encontrarle. Le encontró.

—¡Oh, Rogers, me volvía loco tratando de localizarle! —exclamó el diplomático, apenas Johnny se hubo identificado—. ¡Tengo para usted una comunicación urgente y según creó, de la máxima importancia! ¿Me oye? ¿Está escuchándome?

—Sí, pero...

—¡Aguarde! El general Parker ha comunicado desde Ginebra que no debe usted volver al hotel... sí, a su hotel, el Nacional, bajo ningún pretexto, hasta nuevo aviso. He destacado un hombre allí para prevenirle si usted regresaba.

—¿Qué demonio significa esa orden? —inquirió Johnny.

—No lo sé.

—¿No ha dicho el general los motivos?

—No.

—Pero ¿es que está loco?

—No lo sé, Rogers. Cumplo instrucciones, nada más.

El periodista respiró profundamente.

—Muy bien, ahora escúcheme usted a mí. Y prepárese. ¿Puedo hablar con entera libertad?

—Adelante.

Con la precisión y la claridad adquiridas en muchos años de improvisar teléfono en mano crónicas sensacionales, Johnny hizo un relato de lo sucedido desde que salió del Quick Bar en compañía de Inge: el secuestro, las proposiciones de Sissek en el refugio, la explosión, la fuga, la lucha contra Schultz.

El primer comentario de Fowler fue una serie de exclamaciones, seguidas de un entusiasta juramento. Añadió:

—¡Hay que informar inmediatamente a Parker! ¡Y a Washington! ¿Realmente debo creer lo que me dice, Rogers?

—¡No informe a nadie todavía! Atiéndame, por favor. En primer lugar, tengo conmigo a una muchacha herida que sufre una hemorragia importante. No sé qué hacer con ella. ¿Puede usted prestarme ayuda?

—Claro que sí. Llévela al Hospital Americano, yo cuidaré de que el asunto no trascienda. Allí nos encentraremos. Llamaré ahora por teléfono para que le aguarden.

—Gracias. Otra cosa: las autoridades vienesas tardarán algún tiempo en reaccionar por lo ocurrido en el refugio. He dejado a Sissek y a Schultz sin documentación. Quizá identifiquen pronto al

inspector, pero no a Sissek, lo cual nos da margen para registrar sus respectivos domicilios y hacernos con la prueba fundamental, la evidencia clave de todo este asunto...

—¿De qué está usted hablándome?

—Del origen de las filtraciones que se producen en nuestra red de espionaje. Sissek y Schultz no eran peligrosos por sí mismos, pero disponían de un arma secreta que les proporcionaba inmenso poder. Si no conseguimos averiguar qué arma era ésta, Fowler, todo el esfuerzo habrá sido vano, y el éxito de esta noche no habrá servido para nada. Tarde o temprano resurgirá la organización. Volverá a causar el mismo daño que ha causado hasta ahora.

—Comprendo.

—Si no hallamos esa evidencia en casa de Sissek o de Schultz, habremos fracasado. Pero ha de ser un golpe rápido, por sorpresa, antes de que entre nuestros enemigos cunda la alarma. Habrá que reducir a las personas que vivan allí, caso de que esos hombres no vivieran solos. Yo me encargo de la acción, aunque necesitaré su colaboración pasiva, y también la de Rita Dayton.

—¿Cómo? ¿La de Rita?

—Si capturamos documentos, el caso entra en su jurisdicción. Además, ella era... digamos una buena amiga de Howard Shelley. Estoy seguro de que le proporcionaremos un gran placer invitándola a participar en la aniquilación del culpable o los culpables de su muerte. ¿Usted ha mirado alguna vez a Rita al fondo de los ojos?

—Sí.

—Ya sabe entonces lo que quiero decir.

—Conforme. La avisaré inmediatamente.

—Más vale que no pierda tiempo avisándola. Salga enseguida hacia el Hospital Americano. Nos veremos allí, e iremos a casa de Rita juntos.

—Como guste. Pero, recuerde..., ¿me oye, Rogers?

—¿Qué?

—No debe volver al hotel hasta nuevo aviso. Órdenes estrictas.

—¿Qué demonios quiere que haga yo en el hotel? —exclamó Johnny, irritado.

Cortó la comunicación y regresó corriendo al coche.

CAPÍTULO XIV

El médico de guardia dijo que no había peligro, que la hemorragia se había atajado por sí sola y que el fragmento de metralla incrustado en el hombro de Inge sería extraído con la mayor facilidad.

—El asunto es confidencial, doctor Holborn —dijo Fowler—. Espero de usted la máxima discreción. Yo me ocuparé de prevenir a los familiares de la joven.

—Vive sola —intervino Johnny, y no pudo reprimir una sonrisa al pronunciar estas palabras—. Trabaja en un restaurante. Hasta las cinco de la tarde estará libre de servicio. Téngala usted incomunicada, doctor, y mañana hablaremos nosotros con ella y la aconsejaremos sobre la explicación que debe dar de su accidente.

El médico asintió:

—Estoy a sus órdenes.

Los dos hombres abandonaron el hospital. A la puerta aguardaba el gran «Cadillac» blanco y azul del diplomático.

—¿Ha concretado usted ya sus planes, Rogers? —Fowler, sentado al volante, ofreció al periodista un cigarrillo momentos después de haber puesto el coche en marcha—. He reflexionado acerca de su proyecto de asaltar el domicilio de esos hombres, y la verdad, resulta... tan desusado... tan poco convincente...

—¿Se le ocurre una idea mejor?

—No se trata de eso.

Hubo un silencio, mientras Fowler conducía en dirección a la calle Schneeberg.

—Asumo la entera responsabilidad —dijo luego Johnny—. Usted no habrá de intervenir en nada: basta con que me facilite los medios para llevar a término la operación. Rita queda igualmente al

margen, en reserva, por si con posterioridad la necesitamos.

El secretario sacudió la cabeza.

—No veo claro, francamente.

—¿Quiere hacerme el favor de no preocuparse más? Usted es un hombre extremadamente hábil, Fowler, un muchacho lleno de recursos... Si yo le pidiera un avión para salir de Austria, ¿podría tenérmelo dispuesto en media hora?

Fowler se sobresaltó.

—¿Quiere un avión?

—Se me ha ocurrido hace un momento la idea de que, según el cariz que tomen los acontecimientos, me será muy útil. ¿Puede conseguírmelo?

—En media hora, no. Quizá en una hora. Pero no le comprendo a usted, Rogers. Me da la sensación... de que oculta usted algo, de que no es sincero conmigo. Tengo el presentimiento de que las cosas no van bien, o por lo menos de que no son lo que parecen.

Johnny rió sin alegría.

—No haga caso de presentimientos —el moderno bloque de apartamentos surgió entre los edificios de la calle Schneeberg—. Bien, hemos llegado.

Fowler detuvo el coche. Sin hablar, los dos hombres se apearon, entraron en la casa, tomaron el ascensor de servicio nocturno y avanzaron por el pasillo del cuarto piso. Johnny apretó el botón del zumbador de la puerta 409.

La puerta se abrió casi enseguida, y Rita Dayton hizo un gesto de sorpresa al verles. Llevaba un vestido de tela adamascada, sin mangas, muy escotado, y un exótico collar en torno al cuello. Sostenía en la mano un vaso de *whisky*. Su atuendo, su maquillaje y su peinado eran impecables.

—Celebro no encontrarla acostada, Rita —dijo Fowler—. Tenemos que hablarle de algo muy importante.

—He ido al teatro —replicó ella. Su dura y escrutadora mirada pasaba alternativamente del diplomático a Johnny—. Entren. Ha de ser algo realmente importante, ¿no?, para que se decidan a hacerme esta visita.

—Lo es.

Johnny se encontró de nuevo en el amplio cuarto de estar decorado con pinturas abstractas. Sus ojos recorrieron los cuadros.

—¿Quieren beber algo? —preguntó Rita.

La voz traicionaba su desconcierto, pero no era ella la única persona desconcertada. También lo estaba Fowler.

Éste dijo:

—Creo que... no hay tiempo que perder. ¿Habla usted, Rogers?

—Será mejor que, ante todo, se ocupe usted de ese asunto del avión —respondió el periodista—. Ahí, en la mesa, hay un teléfono.

Fowler le miró con el entrecejo fruncido.

—¿De veras teme necesitarlo?

—Sí.

—Perfectamente —el secretario se aproximó de mala gana a la mesa—. Usted sabrá lo que hace.

—¿Qué pasa? —preguntó Rita.

Johnny se volvió hacia ella. Era, sin disputa, una mujer superior, una criatura excepcional, fuera de serie. Su delicada belleza física no impedía advertir la finura de espíritu que ocultaba en su interior.

Pero algo estaba muerto, completamente muerto en su alma.

—Se ha producido un cambio radical en la situación —dijo el periodista lentamente—. La organización enemiga ha saltado. Esta noche, a las diez, he sido secuestrado por un sujeto llamado Wladimir Sissek. La suerte me ha favorecido y he conseguido escapar dejando muerto a Sissek, a tres de sus ayudantes y a su colaborador Konrad Schultz, jefe de la Brigada Criminal. ¿Recuerda lo que hablamos de Schultz, Rita?

—Sí —musitó la mujer. La sorpresa la había aturdido—. Pero ¿usted ha hecho eso? ¿Usted solo?

—Con un poco de suerte.

Ella fue a sentarse en el brazo de un sillón. Estaba pálida.

—¡Dios mío, Rogers! ¿O sea que era Schultz, el propio Schultz, quien operaba contra nosotros? ¿Fue él quien hizo matar a Howard?

—Fue él personalmente quien le mató, ¿pero la organización enemiga la dirigía Sissek?

—¿Quién es Sissek?

Tommy Fowler daba por teléfono órdenes apremiantes.

Johnny replicó:

—Más tarde se lo explicaré todo. Lo urgente ahora es que, muertos Sissek y Schultz, se nos presenta una ocasión única de registrar sus domicilios y reunir cuantas pruebas tuvieran ellos en

su poder. Les quité las llaves, les quité lo que llevaban en los bolsillos... Yo daré el golpe, o los dos golpes, para ser exacto, pero necesito a Fowler para que me guarde las espaldas y me facilite la retirada en caso de apuro, y a usted si, como espero, capturo alguna documentación.

Fowler terminó su conversación telefónica. Rita inquirió:

—¿El avión es para facilitarle a usted la retirada?

—Una precaución de emergencia.

La mujer, indecisa, reflexionaba. Una arruga vertical surcaba su frente.

El diplomático se acercó a ella.

—¿Qué opina de esto, Rita?

—No sé qué opinar. —Rita se encogió de hombros—. Rogers no es un profesional, quizá por ello sus resoluciones me sorprenden. Pero, puesto que ha hecho lo que dice haber hecho esta noche, no hay motivo para que no me inspire confianza. A mi modo de ver, no se puede actuar tan a la ligera, tan sin preparación, sin cálculos, sin horario, sin previsión de contingencias. Sin embargo, puede que ello sea solamente mi modo de ver.

—Gracias —dijo el periodista. Su tono denotaba impaciencia—. ¿Vamos ya, entonces?

Ella dejó sobre el bar el vaso de *whisky* que conservaba en la mano, se levantó y se dirigió a la mesa. Pasó tras ésta y se inclinó para abrir uno de los cajones, del que tomó un cuaderno de notas y una estilográfica.

Johnny hizo girar entre sus dedos la pistola que acababa de sacar del bolsillo. Preguntó:

—¿Necesita un arma, Rita? Puedo prestarle ésta.

—¿Qué haría yo con un arma? —replicó la mujer secamente—. Estoy a su disposición —salió de detrás de la mesa y cogió de un sillón su bolso y su ligero abrigo—. Cuando guste.

El periodista echó a andar hacia la puerta.

—Usted sabrá lo que hace —murmuró Fowler.

Y le siguió.

Bajaron a la calle en silencio. Se instalaron los tres en el amplio asiento delantero del «Cadillac», Rita entre los dos hombres.

El diplomático puso el coche en marcha.

—Bien, Rogers, usted manda —dijo, maniobrando para

apartarse de la acera—. ¿A dónde?

—Al aeropuerto —respondió Johnny a media voz. Y añadió con amargura—: Es inútil resistirse, Rita. La estoy encañonando.

Ella no contestó, aunque su cuerpo quedó rígido como si se hubiera convertido súbitamente en estatua. Fowler exclamó:

—¿Qué diablo...?

—Siga, no sé preocupe. No vamos a registrar ninguna casa: la hipótesis de que allí encontraremos pruebas del origen de las filtraciones es infantil. Me ha servido solamente de pretexto. Esa prueba la tengo ya en mi poder.

—¿Está loco?

—¡Siga hacia el aeropuerto, Fowler! Wladimir Sissek llevaba consigo una foto mía, que alguien, con exceso de celo, le había proporcionado para que me identificase; y digo exceso de celo porque no sólo su amigo Schultz, sino uno de sus secuaces, que había estado siguiéndome, me conocía de sobra. Aquella foto la tomó Rita cuando la visité esta tarde, valiéndose de un abultado encendedor de oro que disimula una microcámara ¡dos veces me retrató, para mayor seguridad! Un exceso de celo... En el fondo de la foto aparece una de las pinturas abstractas que decoran las paredes de su cuarto de estar. Me lo pareció cuando la vi. He comprobado hace un momento que no me equivocaba.

Fowler se apartó instintivamente de la mujer.

—Rita —susurró, consternado.

—No se lo reproche —añadió Johnny—. La culpa es de quien coloca a muchachas como ella en puestos de tanta responsabilidad. He experimentado por mí mismo los métodos persuasivos de Wladimir Sissek, y le aseguro que si Rita cayó en sus manos...

—¡Pero fue ella la responsable de la muerte de Shelley! ¡La responsable de tantas muertes!

—Y las lleva en el alma para siempre jamás, Fowler. Shelley sólo pudo caer a consecuencia de una traición. Rita jugaba con él. Era el único tipo posible de mujer capaz de jugar con él. Quizá llegó a amarle, y sin embargo...

—¡Cállese! —gimió súbitamente ella—. ¡Por piedad, cállese, Rogers!

—En su profesión no existen las relaciones sentimentales —concluyó el periodista—. Dese prisa, Fowler.

Fowler se dio prisa. Pisó frenéticamente el acelerador. Su mayor deseo, el mayor deseo que nunca experimentara, era poner fin cuanto antes a aquella angustiosa situación. Ni una vez miró a Rita a la cara. No hubiera podido mirarla ni aunque su cara fuese lo último que había de ver en el mundo.

—La llevaré a Ginebra y la entregaré al general Parker: él decidirá lo que se debe hacer —dijo Johnny al joven diplomático, mientras, en el aeropuerto, aguardaban el fin de los preparativos de vuelo del «Dakota» militar norteamericano—. Apenas nos separemos de usted, sírvase comunicar al general nuestra inminente llegada. Y una vez más, amigo, gracias por todo.

Con su eficiencia característica, Fowler resolvió los postreros trámites. Pero lanzó un hondo suspiro de alivio cuando el «Dakota» despegó y desapareció en la obscuridad de la noche.

* * *

El general Parker, con Collins y dos más de sus ayudantes, esperaba en el aeropuerto de Ginebra. Mientras sus ayudantes se ocupaban de Rita en la misma portezuela del avión, él estrechó la mano de Johnny.

—Tommy Fowler me ha informado —dijo—. Algún día, Rogers, recibirá usted su recompensa por esto. Creo que las palabras están de más, sobre todo. —Parker sonrió— porque supo usted cumplir la principal de mis órdenes.

Johnny se sentía rendido de cansancio. El viaje desde Viena, a solas con la mujer en el frío e incómodo aparato, había sometido sus nervios a espantosa tensión. Fue la gota de agua que desbordó el vaso de aquella alucinante noche.

—Sí —respondió distraídamente—. Vámonos, general. Me caigo de sueño, me abraso de sed. Necesito una cama y un tonel de *whisky*.

—Me refiero —prosiguió Parker, como si no le hubiera oído— a la orden de que, hasta nuevo aviso, no pusiera usted los pies en el Hotel Nacional.

—¿Cómo?

—¿No le dio Fowler esa orden?

—Sí, me la dio.

—Bien, Rogers, pues sospecho que las cosas se habrían complicado notablemente si no la hubiera cumplido. Poco después de marcharse usted averigüé el motivo de su empeño en desconectar el teléfono de mi gabinete, de su extraña conducta, de su prisa por abandonar Ginebra... Sin embargo, no pude impedir que la condesa Von Goritz partiese hacia Viena siguiéndole los pasos. Se hospeda en el Hotel Nacional. Pensé que corría el riesgo de que usted me enviase a paseo si se enteraba, de manera que... ¡Rogers! ¡Eh, Rogers! ¡¡Rogers!!

Johnny Rogers avanzaba a largas zancadas hacia el «Dakota», cuya tripulación terminaba en aquel instante los preparativos para emprender el vuelo de regreso.

Ya no sentía sueño, ni sed. Hertha Von Goritz le aguardaba en el Hotel Nacional de Viena. Había ido a Viena en su busca.

Ciertamente, existían en el mundo seres que no se arrepentían nunca de vivir. Hertha era uno de aquellos seres. Él era otro. ¡Qué encuentro! Lo había sabido desde el primer instante, desde que la besó bajo las frondas de madreSelva. Por algo sus ojos azules no se le habían borrado aún de la memoria.

¡Sesenta millones de marcos por la borda! ¡Al diablo!

Johnny se echó a reír mientras trepaba por la escalerilla del avión. ¡Qué encuentro! En París, Nueva York, Londres, Roma, ¡en la propia Viena!, ¿qué importaba dónde?, centenares, miles de noches habían comenzado del mismo modo y terminado igual.

Pero a partir de ahora todo sería diferente.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona, 1924-1996).

Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William O'Connor.

Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).